


Luis Alberto Sánchez

# LOS SEÑORES



mosca azul editores



Digitized by the Internet Archive  
in 2024

<https://archive.org/details/lossenores0000luis>







L. A. SANCHEZ / LOS SEÑORES

PRIMERA EDICION  
LIMA, 1983

©  
MOSCA AZUL EDITORES SRL  
CONQUISTADORES 1130, SAN ISIDRO  
LIMA, PERU

PQ  
8497  
S245  
S4  
1983

**Luis Alberto Sánchez**

# **LOS SEÑORES**

**Relato esperpento**



**mosca azul editores**

*La ruda desnudez de  
la verdad bajo el diáfano  
manto de la fantasía.*

Eça de Queiroz

Si algún personaje o hecho pudiera confundirse con la realidad, se trataría de mera coincidencia.



## ESCENARIO

La ciudad bosteza bajo un cielo porfiadamente plumizo.

—Plomizo, no: grisáceo.

—Ya te salió el europeo, infeliz alienado. Gris significa en francés: borrachín, indeciso; grises son los parques de París en otoño. Gris se apellida un insigne pintor cubista catalán. Rubén Darío gran europeísta, escribió una "Sinfonía en gris mayor".

—Pero, en esa "Sinfonía en gris mayor" se alude al cielo como una lámina de plomo.

—Mira, plomo es un metal de nuestra entraña. Ser **muy plumo** significa en Chile ser muy pesado, como ser **muy pluma** quiere decir ser leve, gracioso, ameno. Conque, repito, la ciudad bostezaba bajo un cielo porfiadamente plumizo. Y no me interrumpa si digo plumizo o plomo.

Por el norte, Lima descansaba la cabeza en un cerro ocre y también plomo, el San Cristóbal. A los pies de éste, la Alameda de los Descalzos, con sus doce bellas estatuas de mármol representando a las doce estaciones del año. De ahí al Puente de Piedra, edificado por el Conde de Superunda, diez cuadras, o sea un kilómetro. Pasando el Puente, del Palacio hasta el Paseo Colón: trece cuadras. Más allá del Paseo Colón empezaba la zona semirrural de Lima: la hacienda de Lobatón, la Lince, de José Leal, la de Orrantía, la de los Condes de San Isidro, la de Oyague, la de Mata Lechuza, la de Pando.

De Oeste a Este: por una punta la Estación de Monserrate y la curtiembre de Matienzo, cerca de la estación de La Palma. En el otro extremo, las cinco Esquinas, donde se iniciaba el foráneo barrio del Cercado, vivero de indios. Cerca, fuera del ám-

bito ciudadano, el Cementerio. El Chirimoyo era también sector rural. La Victoria empezaba a poblarse y constituía un ente industrial, de textiles. La Plaza 2 de Mayo era uno de los límites, al oeste. Su antípoda era el Hospital Dos de Mayo, al este. No existían las avenidas de La Colmena, Alfonso Ugarte, Leguía o Arequipa, ni Uruguay, ni España, ni Progreso o Venezuela, ni Bolivia, ni Unión. La carretera del Callao empezaba en la Plaza 2 de Mayo. Los balnearios de Chorrillos, Barranco y Miraflores estaban muy lejos de la urbe.

En la esquina de las calles de Quilca y Belén había una estación de tranvía para Magdalena Vieja. El carrito era tirado por dos mulas; conducía hasta 16 pasajeros. Las mulas se recambiaban a la altura de la actual Plaza Bolognesi, inaugurada sólo en 1905, y otra vez en Magdalena, cerca de la Quinta de Bolívar. Ahí empezaba Magdalena Nueva, concentración de quintas de propietarios italianos. La carretera ofrecía reposo en el Hotel Francés y más adelante en el Lido de Venecia, que llevaba a San Miguel. Las quintas tenían cancha de bochas, donde se entretenían los domingos los italianos del lugar. Bebían vino Moscato y Chianti, aguardientes de Malatesta, Queirolo, Picasso y Rubini.

Las calles de la ciudad estaban sólo empedradas, con redondas pero agresivas piedras de río. Un tranvía iba desde los Descalzos hasta el Paseo Colón, cruzando por el Jirón Central o de la Unión. Otro regresaba por el costado que hoy se llama Carabaya. Una línea transversal unía Matienzo con la Plaza Buenos Aires, otro regresaba por la calle paralela, los chicos subían y bajaban de los tranvías sin esperar que éstos se detuvieran. Los tranvías llevaban una trompa metálica en la delantera para recoger a algún desprevenido e impedir que muriera triturado por sus pesadas ruedas.

¿Iglesias? Tantas como hogaño. Teatros, no tantos como ahora. Cines, apenas dos. ¿Restaurantes? Varios de excelente comida: el Maury, el Cardinal, el Europa, el Raimondi y desde 1910 el del Parque Zoológico, el Estrasburgo, el Maximiliano en la bajada del Puente.

Las mujeres usaban talles de avispas y desparramados senos; sombreros alones con alfileres largos y puntiagudos; velos sobre el rostro; faldas largas, tacones aperillados. Los hombres lucían bigotes engomados, sombreros de fieltro o paja, bastón de gancho o con puño de plata, a veces escarpines, siempre chaleco. Los coches tenían dos formas: o victorias como landós, o berlinas. Algunos señores usaban carretelas de un solo caballo: eran los elegantes. Altos y decorativos braquetes de hierro sostenían los faroles del gas, como alumbrado público.



Al Callao se iba en tren o en tranvía: toda una excursión. Los franceses eran dueños de los mejores negocios de peluquería, ropas de mujer, confiterías, compitiendo en lo último con los suizos. Los ingleses se encargaban de los bancos y las compañías industriales.

El cielo era plomizo, la ciudad también. En verano emigraba todo el que podía hacia la costa. En invierno se usaban zapatones de jebe, paletós y a veces paraguas. Las lloviznas eran sin embargo leves. La ciudad tenía el cielo plomizo. El atuendo también. No el alma, leve, fisgona, hipocritona e intrigante. Plomo y pluma, bostezo y arrumaco. Las nubes se desleían en el fondo incoloro del cielo. Los pianitos ambulantes amenizaban hasta el anochecer las calles somnolientas. Los monitos sacaban la suerte, siempre grata. Al anochecer, el aire se poblaba de pregones. Las puertas eran altas, sólidas. Detrás de las rejas las núbiles amantes ofrecían la mano, los labios y lo que se pudiera, a sus galanes empinados en el afán de traspasar las rejillas y vencer los enrejados y las virtudes no muy tercas de sus enamoradas. Laudable ejercicio de voluntad, imaginación y manos. La ciudad estaba bañada por un reflejo plomizo. Plomo, color nacional.

La Plaza de Armas, situada a una cuadra del río y del viejo Puente de Piedra, albergaba el Palacio de Gobierno, atrio por medio, vecino de la Catedral y del Cabildo. El Palacio era una casona de dos pisos, maltrecha. En su puerta principal, sobre la Plaza, había un centinela permanente, rifle en mano, kepís hasta las cejas, zapatones de cuero grueso y olor a auquérido. Junto a él, sin mirarlo, desfilaban de uno a otro rumbo, viudas peticionarias cubiertas de pies a cabeza por negras mantas de vapor, cesantes desastrados, pimpantes jovencitas de sombreros como nidos de pájaros y ojos pintados con hollín. A cada lado de la puerta, en el segundo piso, ventanas. El muro de abajo carecía de éstas, excepto unas claraboyas enrejadas.

La Catedral tenía dos torres desvencijadas y plomizas. El Palacio lucía un olor entre ocre y plomo sucio. El atrio de la Catedral estaba formado por una magnífica escalinata de piedra y arriba una Plazoleta. Los portales sostenían sendos segundos pisos color tiempo de olvido. En uno de ellos, sobre la calle de Bodegones, estaba el Club de la Unión, frente al cual, treintiseis años antes, habían sido arrastrados los cadáveres de los hermanos Gutiérrez, para ser colgados de las torres de la Catedral, convictos de motín y de asesinato del Presidente Balta. Poco más allá, destellaban los vestidos y juguetes importados de Alemania y Francia por la Casa Oechsle.

La Municipalidad ocupaba el edificio que hacía esquina entre el Portal de Escribanos, la Calle Correo y Palacio. Tenía un largo balcón al cual asomaban las autoridades edilicias en cada efeméride más o menos gloriosa. Al centro de la Plaza susurraba una fuente de hierro diseñada por un artista italiano del siglo XVII, fugacidad del tiempo, cuando era virrey don García Sarmientos de Sotomayor y Henríquez de Luna conde de Salvatierra. En torno de ella, unas bancas de madera con soportes de hierro, aguantaban a los ociosos de la villa. Una docena de palmeras alzaba sus copas dando sombra a las bancas sucias y descascaradas. Para alumbrar de noche, unos cuantos faroles empinados en postes de madera. En torno a la Plaza se empezaba a sustituir el pavimento de piedra rodada por el de adoquines de asfalto.

Los domingos dialogaban, desde el tope de sus mástiles, las banderas rojiblancas izadas en el Palacio de Gobierno y la Municipalidad, a las seis eran arriadas mientras la guardia de Palacio acometía a tambor y trompeta la Marcha de Banderas. El plomo tedioso cedía el puesto al anochecer funerario. Las damitas zandungueras irrumpían su último contoneo como saludo a la bandera. Las viudas huían a sus quehaceres, graznando como lechuzas. Poco a poco empezaba el lento y amarilloso parpadeo de la farolería a inundar la ciudad con sus pestaños. Sonaba el silencio. Como en los tiempos del virrey el toque a "vísperas" daba fin a la jornada.

Los pecadores empedernidos acudían a la primera tanda de la zarzuela, a celebrar los chistes del cómico Carlos Rodrigo, las carantoñas de la tiple española Emilia Colás, la voz sopránica de la Galimendi; poco después las primeras representaciones de la *Viuda alegre*, con Arsenio Perdiguero y Amalia Colón. Los gallinazos, conspicuos agentes de honras fúnebres callejeras, descansaban en los basurales de Monserrat. Las lechuzas y los murciélagos irrumpían señoreándose de las sombras. En casi toda la ciudad se rezaba el rosario, y en casi toda también se iniciaba el dulce placer cotidiano que tiene por aula la alcoba y por altar el lecho. Todo en gris mayor, como el paisaje rubeneano; todo en plomo, muy plomo mayor.

Ciento veinte mil almas se apretujaban, sin empujarse mucho, en la que llamaban su ciudad capital, en su Lima.

—¿Ciento veinte mil no más?

—Acaso menos, hombre, acaso menos. Ocupaban un área de ocho kilómetros cuadrados, poco más que un barrio contemporáneo. Pero la flor y nata de la villa, unos diez mil blancos de alto y mediano linaje, reinaban sin corona, haciendo sentir su peso sobre otros cuarenta mil blancos más o menos claros,



de linaje menos brillante y el resto de diverso color, olor y grosor.

—Ay, así era de ploma y monótona la Ciudad de los Reyes donde imperaban “los señores”. El que no lo fuese — y lo eran muy pocos — podía encomendar su destino a Dios siempre, claro está, que su fe no fuese poca.



## CAPITULO I / EL PASEO

—Mírelo, mírelo, es él, ¡qué bien camina! Es un dandy.

—Pero al viejo edecán se le enreda la espada entre las piernas.

—Calla, envidioso, lo dices porque es muy buen mozo.

—No hay burro feo.

Carmen Rosa miró airada a su acompañante, Víctor Torres, flaco y verde, quien corrigió:

—Desde luego, el señor Pardo es muy inteligente: lo dije por decir.

—Buenos días, Excelentísimo señor.

—Buenos días, mi amigo.

—Buenos días, señor Presidente.

—Buenos. Qué bien se le ve, doctor Pérez.

—Dios guarde a su Excelencia.

—Y a usted, amigo general.

—Buenos días... Dios lo guarde.

—Muchas gracias. Adiós.

Erguido desde su achaparrada estatura, hinchado el pecho como buche de pavo de Noche Buena, taconeando hasta hacer gemir a las baldosas de la acera, había salido de Palacio por la Puerta de Honor, acompañado por su edecán, rumbo a su casa para el almuerzo, el gallardo y joven Presidente de la República. Cruzó la calle con aire resuelto. Había sólo un coche en la calzada. Lo tiraban dos caballejos flacos como el negro auriga que se inclinó hasta el suelo para saludar a Su Excelencia. Este echó una mirada a la vieja casa de los Aliaga, sus parientes y fundadores de la ciudad. Otro saludo. Lo hizo con el tongo en alto, co-

mo quien celebra una victoria. En la esquina del Correo había un grupo de gentes. Algunos se hicieron los desentendidos. —Seguro que son zambos pierolistas, dijo el edecán. El Presidente cruzó impasible la calzada y entró en el Portal de Escribanos con paso firme y rápido.

Su Excelencia tendrá unos cuarenta y dos años. Vestía de oscuro y usaba cuello postizo doble, cuya abertura permitía asomar el nudo de la corbata comprada en París. Movía los brazos cadenciosa, pero moderadamente. El bigote aún negro, retorcido y engomado coronaba la boca de trazo firme y labios delgados. Al caminar levantaba con brío la punta de los pies, calzados con botines de capellada de gamuza. Taconeaba duramente.

El edecán tendría unos setenta años. Era flaco, alto y algo encorvado. Vestía dolman azul oscuro, pantalones rojos con franja negra, kepís bicolor: la parte baja casi negra, la superior encarnada. Sobre el pecho le volaban los cordones dorados de su condición de servicio oficial. Llevaba la espada bajo el antebrazo. Su Excelencia le distinguía con su afecto. El coronel Felipe Neri Huguet, a punto de retirarse ahora, había sido treinta años atrás ayudante del padre de su Excelencia, también Presidente de la República, y lo había visto caer fulminado por el disparo alevé del sargento Montoya, en las puertas del Senado de la República. Después vino la guerra. Su Excelencia era un adolescente. La madre horrorizada por su repentina viudez, prefirió llevarlo a Europa. El coronel sabía que Su Excelencia regresó apenas le fue posible disponer de su albedrío. No bien ganó las elecciones, hacía casi cuatro años, le llamó como su edecán.

En la puerta de un largo callejón, donde se leía la palabra "Renacimiento", un hombrecillo pequeño, delgado, de anteojos, canoso, agitó el sombrero y con tono ceceoso saludó: ¡Qué Dios le cuide, Señor Presidente! —¡Qué le cuide a usted, don Felipe! El señor Pro agradeció la gentileza presidencial. Al cruzar la calzada en la esquina de Mantas frente a la cigarrería de Miguel Benavides, el celador de posta saludó al Señor Presidente, poniéndose en posición de firmes y llevándose la vara de la ley a la altura de la sien, pegada al kepís. Su uniforme semejaba el de los agentes de la "Sureté" francesa, con escaarpines o polainas blancas y una cadena de la cual colgaba el pito de ordenanza que descansaba en el bolsillo. —Es un cholo bien plantado, comentó Su Excelencia. Casi todos los de su talla son de Caja-marca.

Su Excelencia, flanqueado por su edecán atravesó la esquina de Mantas y el Portal de Botoneros y enfiló por la calle de Mercaderes. Al llegar a la altura de la peluquería de Guillón distinguió a su amigo Garfías. Este hizo una venia hasta el suelo: —Dios lo guarde don José. —Hola, Garfías, qué bien se le ve.



Dé mis saludos a doña Margarita.— Muchas gracias, señor. El Coronel Huguet miró de reojo a la fotografía Dubruilo Courret, donde se retrataban todas las celebridades de la época. Era un edificio de dos pisos con un balcón en forma de ánfora, demasiado retorcido. De la acera del frente, de la puerta de la Joyería Rosemberg y Wallace brotó el moreno y pequeño señor Rosemberg con su rostro torcido, para saludar al jefe de Estado. Una dama decorada con rubores de muñeca de biscuit asomó la nariz e hizo un guiño de simpatía. — ¡Es la señora Viana de Lima! apuntó el coronel.— Ah, Grimanesa. Acaba de llegar de París y está cuajada de joyas. No sale de la Rue de la Paix.

Antes de cruzar hacia Mercaderes, se detuvieron frente al establecimiento de las gotas amargas de Leonard. Su jefe, el señor Castillo, un pierolista empedernido, pequeño de estatura, blanco de tez, anteojado, con bigote corto pero copioso, conversaba con un hombre largo, pálido, feo, bigotudo, de cabellos crespos.— Ese es Clemente Palma, hijo de don Ricardo, el tradicionalista, también pierolista. El coronel avisaba a su jefe acerca de un bache en el camino. El señor Castillo saludó con elegancia, pero sin efusividad. Clemente Palma hizo un ademán, se quitó el sombrero y se lo volvió a encajar. El Presidente se sacó el tongo, lo levantó hasta donde alcanzaba el brazo y siguió su camino.

Desde la camisería de García Hermanos salieron varios parroquianos a ver pasar al Jefe de Estado. En el fondo de la tienda Nicasio García, español entendido en menesteres de ropa masculina, y su principal empleado, don Enrique Reyes, saludaron al señor Presidente. De la Botica Inglesa que ya dirigía Otto Wagner, farmacéutico alemán entregado a la propaganda de los ingleses y casado con una dama criolla de Barranco, salió a la puerta pero no quiso mirar al señor Pardo.

Pasaron frente a la "Ville de Lyon". — Me gustaría que les pidiese muestras de guantes de previll, son muy buenos y vienen directamente de París. El coronel Huguet musitó: Sí Pepe, así se hará. El coronel por disciplina le trataba con ritual respeto; pero por afecto no podía, a veces, dejar de tutearlo. — ¿Ha visto usted, señor, que en la puerta de la imprenta de "Prisma" estaba el portugués? — Claro que sí, pero me hice el desentendido. Me han contado que prepara otra revista y un diario independiente, ¿habráse visto cosa igual? Habían llegado al fin de la cuadra de Mercaderes. De un lado estaba la sastrería Mavila, al frente de del francés Charles Masson. En la esquina la tienda "The Smart". El escaparate lucía una batería de corbatas de seda policromada sobre fondo oscuro. Había también unos guantes tiesos y una camisa de etiqueta. El señor Ortega, su administrador, salió y aplaudió como si estuviese en una manifestación. El Presidente agradeció con amistoso gesto de la diestra.

Cruzaron la bocacalle de Jesús Nazareno e ingresaron a la calle de La Merced. Justamente frente a la iglesia estaba la plazuela de la misma. En el fondo un edificio de tres pisos. La parte del centro ostentaba un cartel en el que decía "La Colmena, Sociedad Anónima". —Ahí está Piérola, detrás de los vidrios, está más chiquito que nunca, del tamaño de su pera. El Presidente sonrió levemente de la ocurrencia del Coronel Huguet. —Creo que le falla la vista: no es don Nicolás, es Isaías, su hijo, y no tiene pera ni crespos sobre la frente, es pequeño y de pelo negro. El coronel se volvió al edificio para cerciorarse. Alguien había cerrado violentamente la contraventana. Siguieron. A la puerta del Convento, hizo una venia el padre Ruiz, prior de la cofradía. El presidente saludó con el sombrero en alto y la cabeza erguida. Desde la otra acera, de la puerta de la antigua casa de los González Prada y desde la Librería Científica Francesa de E. Rosay salieron tenues aplausos. El Presidente enarcó el pecho, apretó el firme paso y ondeó la mano derecha con amistoso ademán. Cruzaron frente a las Empresas Asociadas y la tienda de los Botto, ya en la calle de Baquijano. Antes, sintieron un hálito de rechazo al pasar frente a **La Prensa**, fundada hacía poco precisamente para oponerse a Pardo y defender a Piérola. El dueño del periódico era un primo del Presidente, Pedro de Osma, pequeño, ancho, bigotudo y calvo y pisafuerte como él; pero, además, algo trompudo. Nadie salió a la puerta para ver el paseo matinal de Su Excelencia. Al llegar a la esquina, antes de doblar hacia Mantequería de Boza, miró a lo alto y vio el amistoso gesto con que la familia del doctor Odriozola le rendía homenaje. Avanzaron por Mantequería de Boza. Ya estaban en tierras derechas como los caballos en su último tramo, olisqueando la meta. En la cuadra de Bejarano había una sola puerta abierta que llamó la atención presidencial al aparecer en el zaguán un caballero de bigote gris, muy acicalado y gentil: el doctor Alzamora. Ciertamente, era don Lizardo, magistrado de la Corte, hermano de Issac, quien fuera candidato opuesto a Pardo dentro del Partido cuatro años antes y que se había expatriado a Norteamérica.

La calle de Gallinazos tampoco ofrecía un cuadro muy alegre. Sólo encontraron al doctor Villegas y a sus hijas Oderay y Berenice, muy ceñidas de talle y anchas de esperanzas y cadenas.— 'Buenos días, Excelencia.— Dios se los dé a usted, doctor. — Esa Oderay es la que toca el piano, informó el coronel Huguet.— No está mal, no está mal, y saludó ceremoniosamente.

Por la larga cuadra donde tuviera su biblioteca el famoso padre jeronimita Fray Diego Cisneros, allá en los finales del siglo XVIII, las casas de dos pisos con largos balcones corridos, de

madera, con celosías, daban un ambiente moruno a la calle. Cerca de la esquina, la casa de los González Olaechea y Olaechea, partidarios de Piérola, dejaba ver su balcón abierto y solitario. El cachaco de la esquina piteó largamente fiulí, fiuliiií fiuliú y saludó con la vara apoyándola a la altura de la sien derecha, avisando al celador de la siguiente esquina que pusiera atención: se acercaba Su Excelencia, ligeramente sudoroso a causa de la caminata.

El edecán iba tieso como una antorcha junto a Su Excelencia.— Hace calor, ya viene el verano más fuerte, la canícula. Por la esquina de Sagástegui avanzaba una victoria con pasajeros vestidos de blanco y gritando a todo pulmón: "O yankee doo-dle..." Silbaban y vociferaban a todo pulmón.— Son marineros de la Escuadra del Almirante Evans, dijo el coronel, y me parece que andan medio chispas.— Con tal de que no cometan alguna tropelía y resulte un conflicto como el de Valparaíso, comentó el Presidente. El coche pasó entre chirridos, jipíos, silbos, clamores y palmoteos. Dejo atrás una larga huella apestosa, como de azufre y estiércol.— Caballos mal educados, comentó el coronel. Su Excelencia muy dignamente fingió sonarse las narices para tapárselas del mal olor exhalado por los jarnelgos.

—Vivan las muchachas peruanas— gritó un marinero batiendo su gorrito al Presidente.— Borrachito de miércoles, murmuró el coronel. Pero ya había pasado la victoria. El cochero, que reconoció al Presidente, trataba de explicarles la situación a los pasajeros de su bamboleante carricoche. En uno de los balcones asomó una negrita de morros color de guinda y echó a rodar sus ojazos por cuencas blancas y desiertas que entoldaban unas pestañas de terciopelo.

—Detras está el doctor Olaechea, anotó el coronel. Los Olaechea eran pierolistas. Los Gonzáles Olaechea, no. Don José prefirió ignorar el incidente y siguió pisando solemne y fuertemente como si recién empezara su caminata. A la puerta de la Empresa de Agua surgieron varios empleados. Todos hicieron una venia cuasi japonesa a Su Excelencia. El agitó la derecha amistosamente. Se había cansado de sacarse el tongo para saludar a sus espontáneos simpatizantes.

Cuando llegaron a la Plazuela de Santa Teresa, en la reja del templo se amontonaba un grupo de mujeres con negras mantas de vapor y faldas largas color oscuro, y los hombres de cuello y corbata, todos de cara compungida. Acababa de regresar a la iglesia el palio bajo el cual el párroco había ido a administrar el viático y la extremaunción a un indio moribundo. Los hachones se alineaban contra el muro. Su Excelencia se había sacado el sombrero y pasó con la cabeza descubierta. El coronel



llevó la mano derecha a la visera de su kepís. Sonó otro fiulí fiuliiii del cachaco de la esquina; la casa de la familia estaba a media cuadra. Era de un solo piso, pero los muros se alzaban a seis metros del suelo. El portón tenía cuatro metros de altura y tres de ancho, con macizo aldabón de bronce ornamental. Al oír el silbato del celador, la puerta se abrió como por ensalmo. Un mayordomo salió hasta la calle para recibir al amo de la casa. La calle estaba solitaria: ni un guardia, ni un soldado, ni un soplón, ni un coche. Resonaban las pisadas arrogantes del Presidente sobre el pavimento pulido y caluroso.

El coronel siempre tieso dejó el paso a Su Excelencia. Era un mediodía espléndido. El primer patio relumbraba de sol. Desde la galería adyacente descendió una joven señora, de cabello oscuro y ángulo facial ligeramente alargado, seguida de sus tres pequeños hijos. Vestía, con sencillez, blusa y falda. Los niños: cazadora el mayor, de blusa los otros y todos de pantalón corto. Su Excelencia besó en ambas mejillas a su esposa. Luego se agachó para besar a los pequeños. El menor estiró la mano y cogió el bigote de su padre. El mayor cumplía con el rito de desenganchar la espada reglamentaria del coronel Huguet.

—Han tardado un poco. ¿Pasó algo?

—No, Carmen, es que hemos tenido muchos encuentros.

En el reloj del comedor sonó una campanada y un pájaro de cuerda lanzó un sonoro cucú. Su Excelencia pasó al retrete para lavarse las manos. La mesa lucía sobriamente adornada con cubiertería con vajilla de plata. De la pared pendía un paisaje firmado por Enrique Barreda, primo hermano del Presidente, y un retrato de mujer de impecables líneas y lujoso marco signado por Daniel Hernández. Cada cual ocupó su puesto en torno de la mesa. El mayordomo trajo una sopera de porcelana humeante y olorosa.

—Que bien huele el “bouillón”, dijo su Excelencia.

—Es una “sopa parmentier”, como a ti te gusta, explicó la señora.

—Que cosa es el “bouillón”, preguntó el segundo de los niños. El mayor le hundió el codo en las costillas: nunca se debía preguntar a los mayores ni mucho menos a gritos.

—Garfias telefoneó cuando pasaste frente a Guillón. Dijo que había rumores de un ataque, que él te seguiría de cerca y que debías andar con más guardia.

—Creo que el coronel Huguet se basta solo. El coronel sonrió satisfecho: Ya sabe usted señor que mi vida está a su disposición. El rumor de las cucharas ahogó la emocionada respuesta de la señora.



Una mosca revoloteó agresivamente sobre la cabeza del coronel.

—Señor, quizá usted no vio al señor Vernal, en la puerta de su casa, junto a la tienda de “El Pergamino”, casi frente a **La Prensa**.

—Lo vi, pero yo estaba más atento a la imprenta. Me pareció que mi queridísimo primo Pedro se metía rápidamente para no tropezar conmigo.— Así es, señor, pero no estaba solo.— Ah, sí, ya sé, le acompañaba Ulloa, el director me pareció más pálido que nunca.

—Claro que debe tener algo en el hígado, pero escribe muy bien, lo leen mucho, debería ser tu amigo, José. Hubo un corto silencio de voces mas no de cucharas. El mayordomo servía el vino. De la calle, rompiendo la silenciosa calma de aquella hora propicia a la siesta, como eco, amortiguado por la distancia y el rumor de los comensales, llegó un grito: ¡Ricos alfajores. . . empanaditas de Santa Clara. . . Pan de Guatemala uuuh!

Los niños se miraron con incontenible codicia. El eco repitió: ¡Pan de Guatemala uuuh! —¡Ni que fuese la hora del lonche!, comentó la señora observando a sus hijos. Otro silencio: Ha pasado un ángel, comentó el coronel. Su Excelencia, con el plato ladeado para secarlo mejor, extraía la última cucharada del sabroso “bouillon”.

El mayordomo atento como un guardameta de cricket, se apresuró a retirárselo, experto y pronto como un resorte bien lubricado. Su Excelencia bebió un sorbo de vino, haciendo una venia a su esposa y al coronel.



## CAPITULO II / "PELANDO LA PAVA"

A las 12 y 15, puntual como el "reloj" de Koenisberg, aparecía en la esquina de Ibarola y Monopinta, el flaco y modesto estudiante Víctor Torres, empleado del Ministerio de Gobierno. Hacía diariamente el mismo recorrido del señor Pardo, aunque no tan saludado. Desde la calle de Pescadería hasta Monopinta había que caminar unas doce cuadras que, a paso de paseante en corte, representaban veinticinco minutos cuando menos. La sirena de la Fábrica San Jacinto sonaba cuando Víctor embocaba en la calle de Pilitricas. A veces entraba en la bodega del bachiche Copello a comprar cigarrillos "La Mutua" o "Negro Bueno". Sacaba la figurita que venía dentro y probaba uno de los pitillos con una larga bocanada. Consultaba el reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco, asegurado por una cadena de plata, con brújula al centro, heredada de su padre, el mayor Sebastián Torres. Copello, hombre grueso, sonriente, de cara redonda y ojos cristalinos, le agregaba una caja de fósforos "El Sol". — Buen apetito, don Víctor. Don Víctor seguía su rumbo por Matajudíos y Pilitricas, al llegar a Villegas cruzaba la calzada. El vinero Pietro, gordo como un tonel, con cada antebrazo como pata de sofá, le saludaba con un éstentóreo:— ¡Bon giorno, dottore! Víctor respondía: ¡Chao, pichín! Ambos reían de su travesura. Torres seguía por Monopinta. Al pasar frente a la casita de reja de doña Elvira "la larga", casi tropezó con "Pavo zonzó", el hijo de doña Elvira, prostituta arrepentida, consagrada al tontonazo de su hijo.

Del ancho zaguán de la casa de los Maldonado salió un

grito: —¡Víctor, apúrese que Carmen Rosa se ha metido ya en su casa! Víctor cruzaba de una acera a otra. En el umbral de mármol de la casona de Gutiérrez de la Quintanilla observaba el vaivén de la gente el gringo Stevenson, un detective norteamericano, llegado para comunicar su ciencia a los policías criollos. —Good morning, mister Torres. —Buenos días, mister.

Enseguida olisqueaba la ventana de reja de la casa siguiente. Detrás de la tupida rejilla que impedía ver desde la calle el interior de las habitaciones, le hacía señas una muchacha de buen talante, muy blanca y de ojos rasgados. —¿Me esperaste mucho? Ya me iba adentro, han llamado a almorzar. —Anda pues, pero espérame a la salida. —Tardaré una hora escasa. —Aquí estaré.

Víctor Torres cruzaba de nuevo hacia su casa. Portalón ancho, patio empedrado, dos ventanas de reja, y una verja alta y gruesa dividiendo el primer patio. La sala olía a vejez. Los muebles de terciopelo, que fue dorado, con ribetes carmesí, bostezaban a través de las ventanas. —Llegas a tiempo, gruñó una anciana de doble trenza y de moreno color. —Me demoré observando el paseo del Presidente. Por cierto que me pareció que Isaías de Piérola lo siguió largo trecho. Debe estar tramando algo. —No seas mal pensado.

En una fuente de porcelana, larga, humeaba el sancochado. —No me pongan gordo; prefiero yuca, papa y col.

—¿Pasó el Presidente por el centro?

—Claro que sí.

—¿Y hay alguna noticia sensacional?

—Ninguna, excepto que es una imprudencia exponerse en la calle con la única custodia de un viejo achacoso. Un día de estos le pasará un percance.

—Que Dios se haga el sordo a lo que dices, mamá.

—Yo no he dicho nada.

—¿Realmente la candidatura de Leguía está muy en frío?

—Yo creo que no habrá quién se la caliente. Es de cajón.

Comieron con entusiasmo. Víctor se anegaba de salsa y camotes. Al terminar tomó una taza de té.

Víctor solía volver al Ministerio a las 3, pero antes tenía que conversar con Carmen Rosa que lo esperaba tras la rejilla de la ventana, fresca, rozagante, pensando en él, sí, sólo en él, flaco, pomuloso, oscuro y avariento.

—¡No te apures tanto, Víctor, te vas a atorar!

No se atoró, acabó pronto y salió como alma que lleva el amor. De la ventana del frente ondeó una mano. Víctor atravesó velozmente. Apenas acertó a saludar al Notario Prieto, el vecino del frente que, muy de chaqué y ceremonioso, salía tam-

bién a su trabajo. Ella le tendió los labios como pudo, entre las rejas del postiguito del costado. El estiró los suyos de bastante alcance. —Tengo que irme rápido. El ministro anda molestando, algo raro pasa, y además debo salir a clase con el doctor Romero. —¿Cuándo vas a acabar con la universidad? —Dos años más. —Eso lo vienes diciendo hace mucho, y no tienes cuándo pedirme. —Este año te pido formalmente, espero que tu mamá no se oponga. —De eso me encargo yo. —¿Y tu abuela? Ella sólo quiere a los que van a misa. —No, no, ella no se mete, y mi abuelo está de mi parte —de nuestra parte— subrayó ella con amorosa insistencia.

El feo galán aprovechó la circunstancia para apretarle la mano. En ese momento sintieron una fuerte carraspeada; por la acera pasaba el Notario Prieto, con su chaqué color plomo oscuro, sus gafas de marco de oro, su bamboleante figura, su considerable abdomen y su tongo bien calado. Era una regla de tráfico que nadie mirara a los que “pelaban la pava”, para no interrumpirlos. Derechos de juventud. Víctor acercó la boca, como pudo, estirando los bellos por entre la abertura de la ventana. Encontró la tibia respuesta de unos labios jugosos y ávidos. —Me voy, amor, tengo que estar en el Ministerio y después asistir a clase. —No veo la hora de que dejes de ser estudiante. —No te imaginas cómo me harta esto de tener que ir a clase. —Tus compañeros ya son profesionales, tienes que aplicarte, si no... (Ella sonrió mostrando los blancos y perfectos dientes en alegre rendimiento. El estiró la mano para tocarla). —Ahí viene ese mirón del poeta, susurró ella.

Por la acera, entre regüeldos nada poéticos, avanzaba el poeta del barrio, Varela, Vareleta, con los ojos entornados como hechizados, la melena revuelta y grasienta, el aire dramático, regulares las facciones y medidos los pasos, vestía de negro, como un esperpento de Goya. No se detuvo, pero echó una mirada de reojo que equivalía a una profanación. —Nadie mira, sólo este tipo, se quejó Carmen Rosa. Víctor argumentó: —Se cree un dios porque escribe de vez en cuando unos versitos. —Tú deberías escribir versos para mí. Víctor se despedía en ese momento. Al parecer no alcanzó a escuchar aquella queja.

Don Albino Carranza era el nuevo Director de Gobierno, sucesor del jorobado Gamio. Carranza descendía de una estirpe de intelectuales. No por eso parecía más inteligente que sus antecesores. Víctor Torres llegó al Ministerio para firmar el libro de asistencia y marcharse a clase. —El Director quiere hablar con usted, señor Torres. Víctor pensó: ¡qué horror, conoce mi nombre! —Muchas gracias, allá voy. Abajo, en el patio de la Intendencia, había un piquete de gendarmes. Los caballos habían producido su cuota de guano para el engrandecimiento de la



economía nacional. Olía a boñiga y amoniaco. Los caballos, enjaezados, pastaban tristemente los tercios de pasto que les alcanzaban los albeizares. Torres desfiló por altos corredores, cuyo piso parecía desmoronarse con el peso de los caminantes. Se detuvo frente a una oficina, para acceder a la cual había que subir por una pequeña gradería de cinco peldaños. Arriba se leía: "Dirección de Gobierno". Un conserje le detuvo, al lado tenía un centinela con bayoneta calada. —El señor Director quiere verme. —¿Su nombre? —Victor Torres, Oficial Primero de la Dirección. —Un momento, señor Torres.

El Director estaba sentado ante un escritorio de los llamados "estilo ministro", tapizado de verde, encaramado en un sillón giratorio, demasiado chirriante. Tenía sobre el tapete una lámpara eléctrica con pantalla verde. Detrás, en la pared, el retrato del Presidente Pardo, factura de Courrett. Carranza era un hombre de mediana estatura, de bigote canoso, cabellos duros, grises, cortados al estilo militar. —Lo he llamado, señor Torres, porque me han hablado de usted. Me han dicho que es usted estudiante de Jurisprudencia, y que deberíamos usar su experiencia de abogado... aunque no lo sea todavía y quisiera darle una oportunidad en esta misma Dirección. También me ha dicho el doctor de la Riva Agüero que usted tiene dificultades para seguir sus cursos porque trabaja aquí. Usted comprende, la labor es la labor, pero a nosotros nos interesa tener buenos asesores, hombres que conozcan bien la **administración** (puso énfasis en administración) y tengan título, de manera que quisiera ayudarle... Torres no se puso rojo porque carecía de hemoglobina suficiente para esos dispendios.

—Señor, muchas gracias, pero no comprendo.

—No se achique, amigo Torres, ya está la resolución tomada. Sólo hace falta que usted nos indique su horario. Siempre que no sea exagerado.

—Señor, yo sólo necesitaría parte de la mañana, así no haré como hasta ahora: un año cada dos.

—Bueno, en ese caso usted tendría que quedarse en la oficina hasta las ocho de la noche y compensaría el tiempo. Torres pensó: —Con esta condescendencia en lugar de naranja pareceré limón. —Está muy bien, señor. —Agradézcaselo al doctor de la Riva Agüero, aunque todavía no es doctor, sino bachiller; pero Pepe es una lumbrera. —Así es, señor. —Bueno, y a propósito; usted sabe que hay rumores de que los demócratas andan conspirando, tal vez en la Universidad usted podría enterarse de algo. —Señor, yo sólo entro y salgo de clases, no me quedo en los patios. —Bueno, claro, pero ahora, podría usted darse un tiempo adicional. Víctor pensó: Este lo que quiere es un soplón a

cambio de correrme el horario, porque no me van a perdonar un sólo minuto.

—No lo tome a mal, señor Torres, se lo he dicho porque sé que usted es un hombre de la causa y ésta se ve amenazada por Piérola. El señor Leguía, que sucederá a Su Excelencia el señor Pardo, pertenece también a la causa. Ya usted ha visto que ha sido ministro de los dos últimos gobiernos.

Víctor Torres deseaba ardientemente que terminara la entrevista. Dios oyó sus pensamientos.

En la oficina todos lo esperaban con ansiedad. —¿Hay rumores de revolución? ¿Para que te ha llamado el patrón? —Cojudeces, cosas del servicio. —Algo pasa, Víctor; dicen que hoy, en el centro, el Presidente oyó dos o tres silbidos y que regresó por otro jirón, por Divorciadas, Filipinas y Bodegones. Lo acompañaba un ayudante de campo. El telégrafo está muy activo. Han llamado al Prefecto de Cerro de Pasco, al de Lambayeque y al de Arequipa, se encerraron con el Ministro casi dos horas después de saludar al Presidente.

Cuéllar, un borracho que olía a pisco, desde su butaca, sin moverse del escritorio, dijo con estridente voz: —Ustedes saben, yo soy de Camaná y simpatizo con don Nicolás. El no hará una revolución. Es un caballero. Ya ha sido dos veces Presidente. —Una, cholo, sólo una, la otra fue dictadura. —Como quieras, el hecho es que se mandó dos veces, la tercera le ganaron a la mala. —No es cierto; Pardo le ganó con la ley. —No hablemos de eso, mejor, pero después de dos gobiernos y una derrota ilegal y a los setenta, ya no le quedan ganas. —Eso te crees tú... ja, ja, ja cantaba la rana... —Ustedes son unos desgraciados.

Carmen Rosa se hallaba en la ventana desde las seis, acechante tras las celosías de apretada urdimbre de zinc. El farolero había pasado ya, cargando su escalerita. Todavía quedaban mecheros de gas alumbrando las calles. En las casas había de los dos sistemas: gas y electricidad. El zaguán olía fuerte a anhídrido carbónico: —Hay escape de gas, sentenció la chola que fue a abrir la llave del medidor. Carmen Rosa atisbaba inquieta. Era una muchacha hermosa, fresca y apasionada. A las seis y media pasó otra vez el poeta Varela que habitaba la casa vecina. Este distinguió la silueta de Carmen Rosa e hizo un profundo saludo: —Muy buenas noches, ¡Ay cómo haría yo para que Dios me mirase como mira a otros que no lo merecen...! Carmen Rosa tiró el ventanillo en abierto signo de desprecio. El poeta llegando a la puerta de su casa volvió el rostro y se quedó mirando con ojos aborregados hacia la ventana vecina.

Había pasado la tamalera. Desde lejos se anunciaba con su clásico pregón de: ¡Revolución caliente, música para los dientes, azúcar, clavo y canela para rechinar la muela!

Violentemente irrumpió en la calle la flaca silueta de Torres. Desde la esquina cruzó la acera. Estaba agitado. Golpeaba el piso con el bastón. —¿Cómo estás, paloma?, el ministro me ha demorado. —¿Pasa algo? ¿Por qué has tardado tanto? —Perdóname, pero el ministro me llamó para hacerme una consulta especial por encargo del Presidente. —¡Huy, qué bueno, seguro que te ascenderán y... nos podremos casar! —Claro que sí, por eso he aceptado lo que me proponen, el informe especial, pero no sé... —Ay, tú no quieres que nos casemos. Víctor había hundido la mano a través del ventanuco, por la rejilla. También hundió los labios, los belfos, en un supremo esfuerzo por alcanzar un beso.

El poeta Varela había desaparecido de su improvisada posta.

## CAPITULO III / LA AFRENTA DE CORPES

Detrás de los cristales de su oficina, don Nicolás había observado atentamente el paseo de Su Excelencia. Esa mañana don Nicolás había despertado de mal humor. Todo parecía indicar que la próxima jornada electoral sería como la de cuatro años antes. Había salido de su casa temprano y se dirigió a la iglesia de San Francisco, a pocos metros y en la acera del frente de su vieja residencia en la calle del Milagro. El "Califa" se acercaba a los setenta, tenía el cabello gris, enrollado un mechón sobre la frente, como robacorazones. El afilado mentón desaparecía bajo una perilla blanquecina que daba a su rostro la forma de corazón. Los ojos vivaces parecían fatigados. Había adelgazado pero conservaba su empaque habitual. Pequeño de estatura, más pequeño aún que su rival y vencedor. Caminaba erguido con una mano metida entre las solapas, a la altura del diafragma, como un Napoleón de similor. Lo acompañaban sus dos hijos: el uno, más delgado y chiquitín que el padre, de ojos encapotados y además uncioso; el otro, pequeño, pero rechoncho, de nariz respingona; largo y ancho el labio superior, daba la impresión de un felino bien nutrido. Don Nicolás entró a la iglesia con su hijo mayor. El otro se dirigió con paso rápido hacia sus oficinas de La Colmena, en la Plaza de la Merced.

Don Nicolás oyó la misa, teniendo frente a él, en primera fila, un reclinatorio con cojín de terciopelo rojo en el cual hincó sus flacas rodillas. Su hijo Amadeo, a su vera, con la cabeza doblada sobre el pecho o alzándola hacia el Tabernáculo, seguía apasionadamente el sacrificio de la Misa. Vibraron las



rituales campanillas, cayeron sobre los fieles las litúrgicas bendiciones. Don Nicolás no comulgó, su hijo sí. Salieron pausadamente. En el atrio, el Prior los despidió con respeto. Un coche de punto los aguardaba. El cochero, negro veterano de la montonera del 95, saludó con el chicote en alto y, descubriéndose lleno de entusiasmo invitó: —Don Nicolás, patrón, jefe, suba usted a mi coche, permita que lo lleve a donde usted guste, por favor jefecito. La voz del negro parecía un lamento. Don Nicolás recordó: — Tú estabas en Cocharcas, con el coronel Mateo Vera, ¿no es cierto? —Sí, mi jefe, ahí lo esperamos toda la mañana y entramos juntos hasta allá y guiñó un ojo señalando el cercano Palacio de Gobierno.

Amadeo dijo en voz baja a su padre: —Papá, acepta el ofrecimiento, se va a ofender si no lo haces. —Pero tú sabes que me gusta caminar. —Acéptalo jefe, rogó el hijo. Don Nicolás puso el pie en el estribo, la victoria se ladeó pese a tan frágil carga; subió también Amadeo. El negro feliz dijo: ¡gracias!, chasqueó el látigo y arreó a los caballos. Nunca se sintió mejor tripulado su bajel de tiro.

Las calles estaban aún vacías. La gente saldría a contonearse a las once: eran apenas las nueve. Entraron por Desamparados, frente a la iglesia de ese nombre y la vieja estación del Ferrocarril Central, dieron la vuelta por la calle de Palacio y siguieron por el Jirón de la Unión.

Circulaban a esa hora pocos carruajes. El trote de los caballos repicaba sobre el pavimento. El señor Guillón se asomó a la puerta de su tienda y saludó con una profunda reverencia: Bon jour, Monsieur Guillón, exclamó don Nicolás desde el carruaje. El señor Dubrueil fue más obsequioso, hizo una venia y agitó la mano diciendo: —Bon jour Monsieur le President. De la "Ville de Lyon", de "La Ville de París" y "The Smart" salían voces de salutación. El coche se detuvo frente a la iglesia de La Merced. Un lego de cara transparente, con los enormes zapatazos asomados al filo de la todavía blanca sotana hizo un ademán familiar con la mano. Don Nicolás descendió lentamente, siguiendo a su hijo que lo había hecho con una velocidad ratonil. Estaban frente al edificio de La Colmena. El portero, un cholo maduro con uniforme color kaki, abrió la puerta de par en par. Don Nicolás entró paso a paso y con su perentoria voz nasal reiteró: —Buenos días, Cayetano, ¿cómo está su esposa? —Bien gracias, don Nicolás, ¿cómo está la señora doña Jesús? —Muy bien, rogando a Dios...

Empezaba la mañana. En el segundo piso, donde tenía su escritorio, lo esperaban ya algunos correligionarios, amigos y clientes. La compañía se había formado con el primordial ob-

jeto de abrir una avenida gigantesca que atravesara Lima desde la entrada a la carretera del Callao, partiendo del Monumento al Dos de Mayo, hasta el Hospital del mismo nombre, recorriendo unas veinte cuadras. Habría que demoler manzanas enteras; partir en dos largas calles de densa demografía; realizar obras de pavimentación, agua y desagüe; instalar cañerías de gas y conexiones eléctricas: un plan gigantesco, semejante al que llevara a cabo el Barón Haussmann en París. Parte del programa, el referente al Paseo Colón, estaba cumplido desde el segundo gobierno de Piérola. Este debería llevarlo a cabo como empresario privado. "La Colmena S.A." había sido constituida con ese fin. Don Nicolás ejercía su presidencia, pero la pérdida del poder político suele acarrear graves consecuencias para los negocios. Los entusiastas accionistas de los primeros años habían disminuído su actividad y sus aportes desde 1904. La derrota electoral rebotó en una visible fuga de asociados financieros. Eran días difíciles y había que pensar en las próximas elecciones. Un poco tarde para probar de nuevo fortuna.

El hijo Isaías, que le había precedido, conversaba a puerta cerrada con un hombre de pelo rojizo, blanco de tez, bigote ralo, ojos achinados, de buena estatura, sólidos hombros. Había otro más bajo y regordete, de ojos almendrados y labio superior largo, que se veía muy excitado: —Ya no se puede aguantar más, estos cogotudos nos van a hacer cisco si no les damos una lección. Hay que pararles los machos. El de ojos chinoscos asentía y echaba leña a la pequeña hoguera del regordete: — Mira, Isaías, tu padre se pasa de noble, pero los Pardo no merecen sino leña. Fíjate lo que hicieron con tu mamá: a doña Jesús la metieron en la Intendencia para que informase sobre el asesinato de Manuel Pardo... ¡Qué insolencia!... ¡A una señora como doña Jesús! Isaías se puso lívido al acicate de aquel recuerdo funesto. —Te sobra razón, Orestes, pero nadie tiene pantalones. Aquí uno debe hacer todo. —Yo te acompaño, Isaías. —Ya sé, Orestes, que puedo contar contigo. —Y conmigo también, dijo una voz al tiempo que aparecía en el marco de la puerta un hombre, alto, macizo, pero fino, de rostro rosado, cabellos grises, bigote y patillas de contrabandista. —Hola, coronel, ¿qué hace usted aquí a estas horas? —Pues, he venido por lo mismo que seguramente ha traído a Orestes: debemos actuar. No le digamos nada a don Nicolás, pero actuemos.

En ese momento llegaba don Nicolás con Amadeo a "La Colmena".

El reloj daba diez campanadas. Los limeños empezaban a

abandonar sus cómodas mansiones. La calle se veía matizada de gente. Matizada tan solo.

Don Nicolás discutía con sus ayudantes sobre el programa de "La Colmena".

—Un gran plan, concedió el coronel que era Leoncio Lanfranco, pero no está a la altura del prestigio del "Califa". ¡Piérola está llamado a gobernar a los urbanizadores, pero no a ser un urbanizador más! Isaías pestañó con rapidez. Orestes Ferro lo miraba sonriendo mefistofélicamente, y, sonriendo así, dijo: —¡Aquí hay que dar un campanazo! La insolencia hay que castigarla con audacia. A lo mejor Augusto nos da el ejemplo.

Nombrar a Augusto fue como una banderilla de fuego para Isaías. Augusto era Augusto Durand, antiguo teniente de don Nicolás, pero ahora uno de sus rivales. —Estás hablando zonceras (entonces las personas decentes no decían "cojudeces"). Los demócratas tenemos suficiente de esto (y se tocó las bragas) para que nadie nos dé lecciones.

El trabajo absorbió por un par de horas a los contertulios del edificio La Colmena. Don Nicolás presidía desde el escritorio principal las actividades. Su hijo Amadeo había cruzado la calle y se hallaba en celestes diálogos con el Prior de La Merced, de quien era amigo.

Daban las doce. La calle hervía bajo el sol estival. Desde la ventana se veía salir interminablemente, aunque con cierta parquedad, a fieles de la iglesia de La Merced. De cuando en cuando, digamos cada cinco o diez minutos, una victoria tirada por caballos flaquísimos surcaba las ondas del Jirón de la Unión, al que ya empezaban a afluir los ociosos mas ociosos de la ciudad. Desde el balcón, don Nicolás divisó a una señora llena de áfeites, algo rubia, que cruzaba la calzada contoneando las caderas.

Hubo un corto silencio: —No cabe duda, exclamó Lanfranco, ésta es la tierra de la Perricholi. En ese momento como encuadrado por la mira de un fusil, apareció pasando por la puerta de La Merced, sacándose el sombrero en señal de respeto, la sagrada pareja formada por el Presidente y su viejo Jefe de la Casa Militar. Pardo pisaba con denuedo las atormentadas y místicas baldosas de la entrada del templo. —Ahí lo tienen, palangana como siempre y taconeando para que todo el mundo sepa que se acerca: ahí tienen al civilista.

Ferro, con la pequeña nariz pegada a los cristales de la ventana murmuró: —Cualquiera con un poquito de cojones, un poquito no más, podría abofetearlo. Y miró a Isaías de reojo.



Aquella otra mañana no había sol. La calle de Mercaderes estaba en toda su plenitud. Los hombre caminaban más de prisa y usaban muchos de ellos gabán o sobretodo ligero. Algunos se abrigaban los tobillos con escarpines de paño, en su mayoría de color plomo, aunque algunos los usaban de color patito, esto es, yema de huevo apagada. Las mujeres lucían el pasito punteado, saltadito y pieles que les rebozaban el rostro. No pocas llevaban con gracia, como un cetro, liviano paraguas. *Le dernier cir de la mode*: todo como en París. Había llovizado un tanto. De las nubes plomizas bajaba, como una cortina impalpable, una neblina pegajosa y diluyente. Lima tenía también su "fog", como Londres. Los caballeros vestían de oscuro; ellas también. El Jirón estaba en su apogeo. La Confitería de Broggi y Dora, socios suizos, abría sus puertas —las de la Confitería y las del salón de helados, a su vera, en Espaderos. No había en ella lugar para nuevos parroquianos. El aire olía a almendra, azúcar, crema de leche, chocolate y vainilla.

Parado a la puerta de la confitería de Kleim, en la misma acera y calle, había un grupo de periodistas. El que menos usaba unos bigotazos copiosos y retorcidos, de mosqueteros sin batallas. Tenían altos cuellos dobles y sombreros de fieltro ligeramente alones, borsalinos y algunos Lock. Discutían con entusiasmo rayano en el furor los acontecimientos del día. Se hablaba de una montonera en la serranía de Huánuco, levantada por Durand, que era hacendado productor de coca en aquella zona. —Seguro que Piérola anda metido en eso. —No, don Nicolás está cansado; lo he visto pasar hace un rato de regreso a su casa.

Cubierta por una mantilla muy de La Giraida, torera y beata, pasó una modesta empleada donde Oechsle, muy pintiparada, rojizo el hociquito y parado el delator trasero afroide. —Es la hija de la Aguantarrifles, dicen que en la cama es pistonuda... Diez ojos se prendieron del talle y la zandunga de la mocita que pasó muy compuesta, sin reparar en el bochinche involuntario que su paso y su meneo provocaba. Se oyeron unos gritos. Unos hombres pasaron a la carrera, agarrándose el saco con una mano, al parecer sumamente excitados: ¡Agárrenlo... por ahí van! ¿Dónde está? Nadie había visto pasar a ningún sospechoso. ¿De qué se trata? ¿Qué pasa? Los acezantes perseguidores explicaron a las volandas: —Es Isaías de Piérola... ha agredido al Presidente.. Su Excelencia está ileso... Ahí viene el coronel Huguét.

Al pasar frente a Guillón, mientras respondía a los salu-



dos del amigo Garfias, del diputado Cáceda, del propio Monsieur Guillón, del banquero Lenci, rompiendo el grupo, se había proyectado un hombre pequeño, echaba rayos por los ojos y tremendas lisuras por la boca. Se acercó rápidamente al señor Presidente y le asestó dos retumbantes bofetadas, mientras se le oía decir: —Toma, ésta por mi madre y ésta por mí. Y desapareció a la carrera, mientras el coronel Huguet desenvainaba su chafarote para castigar al agresor de la esquina. Atónito, no acertó a capturar al hombrecillo pequeño y atrevido que, a todo el correr de sus piernas, se perdió no se sabía cómo.

Don Nicolás recibió la noticia del incidente pocos minutos después. Se hallaba en su casa de la calle del Milagro, disponiéndose a almorzar. Abrió tamaños ojos y se cogió la barbilla grisácea: —¿Dónde esta mi hijo?... ¿lo han apresado? —No, señor, ha desaparecido. —Necesito saber de él; esto es otra guerra civil contra nosotros. Amadeo se paseaba por la habitación con las manos cogidas a la espalda. Un enorme Corazón de Jesús presidía la escena desde un cuadro pendiente de lo más alto de una de las paredes empapeladas color rojo oscuro, con dibujos oro viejo. —Hay que hablar con el Superior de San Francisco, sugirió nervioso y místico Amadeo. El caudillo hizo un gesto vago. Uno de los asistentes a la escena enunció su propia teoría: —Ojo por ojo y diente por diente, don Nicolás; nos han afrentado con exceso, tenía que suceder. El "Califa" tampoco añadió comentario alguno a tan original y autóctona sentencia.

Víctor Torres pasó como una exhalación por la esquina de siempre: Pilitricas y Monopinta.

El pichín de la vinería de don Bartolo, al frente, entre Monopinta e Ibarola, le gritó: —¡Ciao, don Vittorio, véngase a probar una guinda magnífica!... —No pichín, estoy muy apurado. —Sempre apurato e amarrete, gruñó el pichín alzándose de hombros.

Víctor cruzó la acera. En la ventana ya estaba a la espera Carmen Roca.

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿No sabes lo que ha pasado? Isaías de Piérola le pegó una cachetada al Presidente y ha escapado. Nos retuvieron en el Ministerio dando órdenes. Don Nicolás ha desaparecido de su casa. Se ha hecho humo. Esto nos va a dar más trabajo y estar en guardia.

—Pero... no hoy, oh no ... ¿no te acuerdas?

—Cómo no me voy a acordar amorcito, esta noche te pido.  
¿Está tu mamá preparada?

—Sí, todo está listo para las ocho y media.

—Entonces voy a cambiarme para volver.

Cruzó de nuevo la acera. El poeta Varela desde el postigo de su casa de la señora de Portalanza, lo miró con cierta impertinencia. Carmen Rosa tiró el ventanillo de ese lado en tremenda señal de desprecio. Víctor había desaparecido en su zaguán.

Pasó un borracho mascullando lisuras. Junto a un poste, un hombre flaco, mal trajeado, canoso y barbudo se encarnizaba pegándole de palos al impenetrable metal. —Zua, zua, pica Felipe, pica. Los muchachos del barrio le gritaban: —¡Diablo músico, pica, Felipe, Diablo músico! El vejete les contestaba horribles palabrotas y seguía flagelando al poste. Un perro que se aprestaba a levantar la pata contra el poste la bajó sin evacuar su carga y desapareció dando aullidos: ¡Pica, Felipe, pica...!

Torres reapareció en la puerta de su casa. Era la hora de la cita. Cruzó por tercera vez de acera a acera. La ventana del amor estaba cerrada. El portón se hallaba abierto de par en par. Rebrillaba en el primer patio el reverbero de gas. Antes de llegar a la ancha reja en cuya parte superior se leía, escrita en caracteres férreos: 1876, Víctor se acercó a una puertecita a la izquierda. Era una mampara de vidrios pavonados. Tocó suavemente con los nudillos de la diestra. Emergió como por ensalmo Carmen Rosa y se dieron un apretado pero rápido beso. —Entra, amor. —Gracias, mi vida.

El saloncito tenía muebles Art Noveau, comprados donde Almuelle y Brou. De la pared colgaba un retrato grande del padre, ya difunto. Carmen Rosa se sentó en el sofá, junto a Víctor. Enseguida dijo: —Voy a avisar a mamá.

Doña Clara era una señora hermosa. Tenía el color de capulí, los ojos grandes de párpados gruesos, mirada suave, la nariz era recta, bien cimentada, la boca regular, de labios ligeramente gruesos. Lucía un lunar al lado derecho de la boca. Los cabellos muy negros se anudaban en un moño. Vestía de negro: falda casi a los tobillos, blusón de seda hasta las caderas. Una cadena de oro con un medallón rompía la monotonía luctuosa de su atuendo. —Mi mamá, Víctor. —Mucho gusto, señora, es un gran honor. La conversación se inició parsimoniosamente. Vaguedades. Preguntas por la familia. —Mi madre no ha venido porque está muy achacosa, pero me pidió decirle que apenas se sienta mejor tendrá mucho gusto en pedir a

usted que la reciba.

Silencios, reojos, suspiros, sonrisas, todo en el más perfecto aire bobalicón que se pueda pensar. Al fin, el pedido formal. El estaba estudiando jurisprudencia hacía cinco años, no había terminado porque tenía que trabajar en el Ministerio. Esperaría a terminar para casarse, cuestión de un par de años. Mientras tanto quería visitar la casa y ser recibido formalmente como novio. Doña Clara escuchaba seria, un tanto cohibida. Si Carmen Rosa está de acuerdo, podremos conversar más adelante. Carmen Rosa dijo que sí, llena de rubor y de sonrisas. El se atrevió a cogerla de la mano. Doña Clara hizo como que no veía, pero no pudo evitar enjugarse una lágrima. Llamó en voz alta: —Celia, ven. Celia era la otra hermana. Llegó con actitud de paloma compungida. Doña Clara invitó: —¿Una copita para celebrar? Víctor se sintió capaz de romper su abstinencia alcohólica. Lo que diría el pichín de don Bartolo si lo viera... Trajeron una charola de plaqué con cuatro copitas de hermoso cristal, llenas de un oloroso pisco de uva Italia. —Es un poco retumbante, como dice mi abuelita, comentó Carmen Rosa. —Sonaremos mejor, aventuró en son de chiste Torres. —¡Salud! Salud, ¡Salud por los novios! —Por usted, señora. —Por él —señalando el retrato. —Por nuestra felicidad.

Nadie se acordaba de la histórica cachetada de Isaias de Piérola.

## CAPITULO IV / EL JOVEN NAPOLEON

La bofetada rebotó hasta los Cárpatos, cuantimás a las serranías de Huánuco, entonces a seis días de Lima, caminando a pata, es decir a lomo de mula y como una llapita en ferrocarril para modernizar la locomoción trasandina.

En Huánuco solía residir, a menudo, el Diputado por la provincia; lo era (y tenía numerosas haciendas de coca) Don Augusto Durand (de la coca se extrae ese polvo blanco que se llama clorhidrato de cocaína que por aquélla época no redituaba como ahora). Dicho esto con las menos palabras posibles: Don Augusto Durand, a quien sus aúlicos llamaban "el doctor" y "Napoleón", supo de la hazaña de Isaías en agravio del presidente Pardo. Durand se apretó la nariz con el pulgar y el índice de la diestra, según era su tic favorito y sonrió con sorna. Tenía a su lado a Godofredo Ruiz Eldredge, cuarentón canoso, tieso, de ojos grandes, con corbata blanca de plastrón, como las que usaba González Prada, y muy emponchado a causa del frío serrano que se entrometía por las costuras de la ropa. —Mire, Godofredo, esa cachetada va a ser histórica. Liquidada al mismo tiempo a Pardo y a Piérola. A Pardo, porque se pierde el respeto al apellido, y a Piérola porque lo coloca frente a Pardo en una posición desventajosa. Creo, don Godo, que es la hora de armar la nuestra. Pardo se va y nos quieren endilgar a Leguía, su compinche, pero a Leguía lo odian los contribuyentes y eso habrá que aprovecharlo. ¿No le parece oportuna una nueva montonera? . . .

Don Godo, es decir Godofredo Ruiz Eldredge, se lo quedó



mirando sin entender muy bien. Tenía la barba crecida y el bigote desnivelado. Los ojos que brillaban enormes bajo las espesas cejas se detuvieron en Durand interrogantes: —Tenemos que dar un golpe de audacia. Hay que usar el ferrocarril, ya pasaron los tiempos de Mateo Vera y Marta la Cantinera. Con el ejército reformado y el general Muñiz a su cabeza, no podríamos durar. Un golpe de mano sería el triunfo; los franceses de la Misión Militar no se arriesgarían contra lo consumado. Hay que pensar en eso. Don Godo recibió instrucciones de regresar a Lima, observar el ambiente, coordinar a los amigos y volverse donde Durand, pero ya no a Huánuco, sino para quedarse solamente en Cerro de Pasco.

Durand era hombre relativamente joven. Tendría cerca de cuarenta años. De talla regular, robusto, carirredondo, nariz aguileña corta, ojos vivos, bigote breve, con un lunar en la parte inferior del cachete derecho; caminaba de prisa, mirando de soslayo; hablaba con cierto dejo andino. Había empezado su carrera política al lado del "Califa", de Piérola, a los veintitrés años. Su monotonía fue de las más célebres. Era astuto, valeroso y conocía la sierra: como dijimos le llamaban "Napoleón". Antes de cumplir los veinticinco, sin la edad constitucional, ingresó a la Cámara de Diputados y la presidió. Se le veía como un potencial sucesor de Piérola en 1899, de no haber mediado el pacto entre Piérola y el civilismo. Durand, que abrigaba ideas auténticamente populista, fundó el Partido Liberal; se alejó del Partido Civil y trató de ganarse a los radicales, miembros de la Unión Nacional de González Prada, aprovechando que éste se hallaba en Europa consagrado a deliquios de familia. De hecho, al regresar Prada de Europa en 1898, se encontró con su partido socavado; impugnó a los tráfugas, más no al tentador. Durand se presentaba como un político de avanzada, menos conservador y menos popular que Piérola, menos radical que González Prada, menos conservador que Pardo; es decir menos tres o menos al cubo, lo que le concedía una aceptación positiva importante. El entredicho Pardo-Piérola, ya producido sobre líneas electorales, al asumir ahora rasgos personales le favorecía, pero a condición de asestar un rápido golpe.

Godofredo Ruiz Eldredge regresó por tren a Lima, se encaminó a su casita de Chorrillos, en la calle de Santa Rosa, a la espalda del Malecón; en ella vivían su esposa y tres hijos: después le nacería un cuarto. El rancho era modesto; quedaba casi en la esquina con Enrique Palacios. Tenía una reja alta y un vestíbulo angosto. Don Godo permaneció tres días en la casa, asistiendo a la retreta de la Escuela Militar de aquel domingo; tomó un baño en el establecimiento de los Cuya. Con una camiseta a rayas horizontales, blancas y azules, y un pantalón a la

rodilla, de cúbica o sarga color azul; se metió en el mar jugando con las olitas y se tiró a nadar como un pez disfrazado de pescado. Esa noche se entrevistó con el ingeniero José Balta, ex-presidente de la Unión Nacional, y con el veterano montonero Mateo Vera, señor de las rutas de Cañete y La Oroya.

Cuchichearon a su sabor en la pulpería de Pinasco, en la Plaza Matriz. En la mesa vecina tomaban una soda de Nosiglia, con su botella de bolita de cristal, el capitán Laynes, de la División Superior de la Escuela Militar, y un teniente de la Misión Venezolana, el chiquito Morán, que después sería general del ejército de su país. Ninguno reparó en aquel conciliábulo demasiado discreto para no ser indiscreto. A las 11 de la noche empezaron a apagarse los faroles. Don Godofredo acompañó a sus concertulios hasta la calle del tren, donde esperaron el último tranvía y subieron a él rumbo a Lima. Dos días después don Godo se despidió de sus vecinos del frente: los Sánchez. Al verlo partir, mi padre sentenció: "Ruiz está metido en algún enredo... Me huele a conspiración, pero sería una locura".

Lo fue.

Semanas después circuló una noticia peregrina. El maquinista norteamericano de una locomotora del Ferrocarril Central, un gringo apellidado Ward que residía veinte años en el Perú, había desenganchado su máquina y se había marchado de Chosica a La Oroya, interrumpiendo el tráfico. Mientras tanto, la montonera de Durand amenazaba Lima desde la sierra. Faltaban tres o cuatro meses para que terminara el gobierno de Pardo.

Pero éste tenía sus fieles. —¡Coronel Urmeneta, hay que salirles al paso a esos condenados! ¡Hágalo, capitán Torres! Llame al comandante Vértiz y tomen las tropas necesarias... ¡Habrán que subir en plataformas y a mula, pero hay que impedir que lleguen a Lima!

El hecho no tuvo importancia. En cinco días se había conjurado el peligro. José Pardo, triunfante, no pudo gozar del placer de apresar a Durand, pero sí a su hermano Juan. Arreció la persecución contra Piérola, así como los preparativos para instalar el nuevo régimen.

—¿A quién harán Primer Ministro? —preguntó el Director de Gobierno repantigándose difícilmente en una silla. Era don Ignacio Gamio, más feo que Picio y más ardilla que las de los bosques canadienses. Esa mañana llegó a Palacio iracundo. Tenía apenas un metro veinte de estatura, era jorobado, calvo, con una nariz respingada y chica, pómulos salientes, voz chillona y bigote ralo y duro. —¿Qué le trae, doctor Gamio, a Palacio? Yo lo imaginaba en campaña, socarroneó un hombre de voz cavernosa, pequeño también, de nariz larga, bigote bien peinado

igual que el cabello, de impecable levita color plomo y de mirada penetrante.

—Se equivoca usted, señor Leguía, yo no soy militar, ni siquiera gendarme, pero cumplo mi misión en donde debo y bien —protestó el enanito.

El señor Leguía, don Augusto, estaba sentado junto al Presidente Pardo. Todavía ejercía el Ministerio de Hacienda, pero era indudablemente el candidato para suceder a Pardo. Pertenecía al mismo partido, el Civil, y en cierto modo a la misma zona, pues si bien Pardo había nacido en Lima sus intereses se hallaban en Tumán, hacienda azucarera del departamento de Lambayeque donde había nacido Leguía. —Lo importante es atrapar a Durand o al “Califa”. —Creo que éste no tiene nada que ver en esto, dijo Pardo.— Lo mismo da, argumentó Leguía: matematos dos pájaros de un tiro.

Gamio miró de reojo y con rencor al futuro presidente. Este sonreía jovial, muy poseído de sí. Pardo estaba cansado pero satisfecho. —A ese gringo Ward hay que premiarlo. Instruya al coronel Urmeneta para que sea severo con los demás.

—Don José, los norteamericanos son susceptibles y poderosos, Mac Cune protege al maquinista Ward, y ya sabe usted que Mac Cune es el amo de los minerales. Pardo frunció el ceño. No era hombre de componendas. Leguía prosiguió insinuante: —Quitémonos problemas para la transmisión del mando. Don José acabó asintiendo.

Dos días después, la revista **Variedades** publicaba una fotografía de Durand sumariamente disfrazado, a bordo de un vapor, “El Tucapeli” de la Compañía Sudamericana de Vapores, pasando por el Callao con destino a Valparaíso. Había tenido la osadía de desembarcar y pasearse por Lima, donde lo perseguían tenazmente. —Este canalla parece un transformista, es como Fregoly. Más vale así, dijo Leguía.

El cerco contra Piérola se hizo más estrecho. En una celda del convento de San Francisco éste dejaba pasar su forzado retiro, ocasionado por la imprudencia de Isaías. Desde su escondite, el “Califa” sonrió burlescamente: —Así se hacen los caudillos de estos tiempos, dijo señalando con sorna la página de **Variedades**. Se hizo comunicar con Isaías, oculto desde su ataque al Presidente Pardo: —Díganle que no imite a Durand, que no se disfraza, que aguanie la mecha como un hombre, ¡que para eso es un Piérola! Isaías no necesitaba esos estímulos: estaba aguantando la mecha en casa de unos compadres con riesgo, pero sabrosamente.

Augusto Leguía iba ese domingo, como era su costumbre, a las carreras. Friamente calculaba: eliminado Durand por sí mismo, escondido Piérola por el desacato de Isaías, ¿quién se me va



a oponer? El único podría ser Antonio Miró Quesada, demasiado joven para ser mi rival y además con la sobrecarga de un apellido extranjero, aunque con la ventaja de un diario popular **El Comercio**. Miró encabezaba el bloque civilista de diputados, y Antero Aspíllaga, el de senadores. En las carreras, Leguía encontró en la tribuna oficial al líder del bloque senatorial. Ambos eran **turfmen**. Ambos también eran hacendados del norte. Ambos vestían de chaqué y usaban chistera: negra y lustrosa la de Leguía; ploma y también brillante la de Aspíllaga. Ambas, finalmente, parecían siluetas recortadas de **Esquire**: la una larga, la otra corta; ambas espigadas.

Augusto Leguía saludó a Aspíllaga: el uno Ministro de Hacienda, el otro Presidente del Senado. —¿Qué le parece la intenciona de Cerro de Pasco? —Una locura de Durand. —¿No estará Piérola metido en esto? —Pudiera ser, pero habría que preguntárselo a los franciscanos. Piérola gozaba de un escondite en el Convento de San Francisco, al cual tenía acceso a través de un fabuloso túnel que cruzaba la calle por debajo del pavimento. ¿Cierto? Tal vez. Pero el hecho es que el "Califa", había desaparecido y que sus más íntimos colaboradores manifestábase desconcertados.

Augusto Durand llegó a Arica, puerto peruano entonces en poder de Chile. Los periodistas invadieron el buque antes de que desembarcara. —Sí, es verdad que vengo fugado del Perú. Allí no se puede vivir. Nos amenaza una nueva imposición electoral. No es cierto que haya libertades cívicas, todo lo domina el Civilismo. El señor de Piérola debiera haber sido el Presidente, pero se lo impidió la argolla civilista. Yo no podría consentir que se repitiera la farsa y por eso me levanté en Huánuco para impedir otro fraude electoral que impusiera a Leguía, hombre desconocido, hechura de los Pardo, también del norte como ellos. Los periodistas tomaban notas aceleradamente. Los unos para reflejar la verdad, los otros para desacreditar al Perú. —Harry Ward no es un metete. Se dio cuenta del peligro que corrían los monotoneros a quienes conocía y la grave situación que se presentaba para las minas de Casapalca y La Oroya. Por eso cortó el tráfico. Heroicamente disparó su locomotora de Matucana a Cerro, paralizando el Ferrocarril del Centro. Informó a las autoridades de Cerro lo que pasaba. Es falso que sea un mercenario. No se le ha pagado un centavo por su acción. Lo que pasa es que ama al Perú y a su pellejo y quiere un régimen de libertad como el de Estados Unidos. Harry Ward es un valiente.

Los periodistas seguían anotando. Durand continuó: —Mi hermano Juan, que es hombre de letras, está preso por ser mi hermano. Igual pasa con mi hermano Gregorio, y con mi sobrino



Grover. Hasta mi esposa, la señora Emilia, sufre las consecuencias de mi actitud. Los civilistas no perdonan ni a las mujeres. Cuando el sargento Montoya asesinó a don Manuel Pardo, el 78, doña Jesús Iturbide, la esposa de Piérola, fue vejada, presa, mientras su marido estaba desterrado en Chile. Así, ahora mi esposa, doña Emilia Dyer, hija de norteamericanos, padece las consecuencias de mi rebelión.

Durand hablaba con aplomo. Se le veía un poco grueso. Se había afeitado la barba y quitado los anteojos. Hablaba con fluidez, apasionadamente. Un periodista le alcanzó una hoja de **El Comercio** de Lima: "Ayer pasó subrepticamente por el primer puerto, a bordo de un barco chileno, el conocido conspirador Augusto Durand, principal responsable de los cruentos sucesos ocurridos recientemente en el centro del país", etc. Los cruentos sucesos... Ciertamente, los montoneros habían tratado de resistir a la fuerza pública desplegada desde Cieneguilla hasta Matucana, donde tenía sus minas don Lizardo Proaño, industrial aindado, amigo de Durand: una de sus hijas se casaría años después con Guillermo Dyer, cuñado de Durand. Proaño había ocultado en sus minas a decenas de montoneros. De otros se encargó Elías Malpartida, que tenía una mina de carbón en la zona, y de otros uno de los Mujica, minero de Huarochirí. Mateo Vera había desaparecido. También Ruiz Eldredge. Durand respiró aliviadísimo. Entonces pudo hablar a su antojo: —Las elecciones son una farsa. Leguía, agente de seguros de los ingleses, será Presidente sin que nadie lo conozca porque lo impone la argolla. Su única gracia es ser aficionado a los caballos y audaz hombre de negocios que habla bien el inglés. ¡Ah, y está casado con la hija de un inglés y viste como inglés! ¡A lo mejor quiere gobernar también a la inglesa!

El corro de periodistas ariqueños se echó a reír. Uno de ellos, Orellana, de barbas hirsutas, preguntó: —¿Nos da permiso para transcribir todo lo que usted ha dicho? —Desde luego, todo. Los lápices llenaban de garabatos las libretas. Un recién llegado anunció: —Las elecciones se realizarán de todos modos en mayo. Durand se cogió la nariz y comentó: Lo mismo dará mayo que junio estando yo ausente y escondido el "Califa". —¿El "Califa"? —Sí, Piérola.

La camanchaca cubría poco a poco los acantilados del Morro. Unas gaviotas se posaron en el mástil de un pontón adosado al muelle. Se acercaba la noche. Los graznidos ensordecieron a los periodistas. Sopló un vientecillo helado. La tierra era amarillenta, como calcárea, bajo el manto gris de la camanchaca. El mar rugía blandamente.

## CAPITULO V /

### DE LUCULO A MAQUIAVELO

Ese domingo iba a ser el de la consagración. Después de varias semanas de pedida la mano y de visitas interdiarias de 9 a 10 de la noche, en presencia —hasta cierto punto— de la madre de Carmen Rosa, Víctor Torres sería incorporado solemnemente a la comida dominical, la de los novios, en el enorme comedor de la casa a la que debemos calificar de solariega para honra de la tradición y del estilo.

A las 7 en punto llamaba al aldabón de la gran puerta el invitado. El aldabón era de bronce y tenía la forma de una mano —tampoco queremos romper la tradición; golpeaba en una bola también de bronce. Sonaba lindo: ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! La muchacha, llamada Eulalia y oriunda de Cabana, provista de un delantal muy blanco sobre la falda de percal rosado y desbordada blusa de percal celeste, abrió la puerta. Víctor encontró rara aquella entrada. No ingresó a la izquierda, al saloncito Art Nouveau de sus deliquios, sino que traspuso el antepatio, la reja de hierro, la segunda parte del antepatio, y en la entrada del corredor, formado por una baranda de madera con balaustres de hierro, lo esperaba Carmen Rosa. La besó fugazmente en la mejilla. Y teniéndola de la mano traspuso la mampara que era ancha, con vidrios y decorados como encaje y, en los extremos, planchuelas de vidrio de distintos colores. Había mucha luz en el corredor, derramada por una araña de doce focos. La sala estaba iluminada. Al centro, una araña de veinticuatro velitas. Los muebles Luis XV estaban tapizados de

amarillo oro con florecitas negras. Había además de la docena de butacas, los dos sillones y dos sofás, dos mecedoras de Viena, una mesa con tapete y dos consolas de madera negra de nogal, con cubiertas de blanco mármol. En una había una estatua de porcelana que representaba un soldado de Napoleón dormitando junto a un cañón, también de porcelana. El conjunto era blanco con encajes dorados. Lucía firma de Buen Retiro.

El abuelo se levantó del sillón para recibir a Víctor. Se le veía satisfecho, pero al mismo tiempo observador. La abuela, pequeñita, arrebujaada en su butaca, estirando su manecita blanca, invisible, que se le escurrió a Víctor entre los dedos. Ella esbozó una sonrisa que fue como una grieta y al par como un relámpago. Tornó a rebozarse en su austera indiferencia. Tenía la tez casi marfileña y los cachetes ligeramente caídos. Peinaba con raya al medio, las dos trenzas sobre la espalda. La futura suegra sonreía beatíficamente. También la cuñada. Además estaban dos primas y un tío. Y un pariente lejano que había venido de la sierra para estudiar en San Marcos.

—Oscar, nuestro primo será su colega en la Universidad —dijo don Remigio.

Víctor preguntó solícito: —¿En qué Facultad estudia?

—Voy a matricularme en Letras.

—Tiene que prepararse para chocar con Deustua...

—Me han dicho que es una fiera.

—Lo es, pero enseña maravillosamente, y hay que caerle bien.

El primo Oscar tenía la nariz remangada, lo que le daba un tono picaresco. Sonreía con buena voluntad: —¿En qué año está usted? Torres se perturbó y balbuceó: —Todavía en tercero de Jurisprudencia. —¡Ah!, comentó Oscar. Carmen Rosa cortó ágilmente la conversación de los dos y llevó a Víctor a mirar unos retratos que pendían de la pared. Este es el abuelo cuando estaba en el Banco de Lima. Y éste es mi papá y éste...

La muchacha de la casa apareció con un azafate: traía unos vasitos de vino dulce y otros de pisco. La abuela cogió uno de vino comentando: —¡Oh, no, el pisco retumbante! Víctor se sirvió como la abuela, un vasito de vino; la marca de la botella decía "Copa de Oro, el Oporto Nacional". Oscar, en cambio, se decidió por el pisco: —Prefiero bebidas concretas, dijo sonriendo. —¡Salud! exclamó el abuelo: por el gusto de tenerlo en casa. Torres murmuró algo amable. Carmen Rosa lo miraba embelesada. Desde adentro llamaron con una campanilla. —Pasemos a comer. La abuela había desaparecido misteriosamente.

Cruzaron la cuadra alumbrada por un doble mechero de gas. En el centro había una mesa labrada de caoba. Junto a las pa-

redes un sofá, dos butacas y un sillón. Siguieron al traspatio; tenía dos portales cuyo techo estaba sostenido por columnas de madera pintadas de blanco. En el centro había una especie de poza, en forma de escudo nacional, plantada de geranios y jazmines. A la derecha el callejón que conducía al corralón, donde estaban el pesebre y los gallineros. Al fondo, una ventana de reja que daba al comedor y junto a ella un trapecio y un par de argollas para hacer ejercicios gimnásticos.

En el comedor los esperaban la abuela y su hermana, mujer encorvada, alegre y soltera. La mesa tenía capacidad para unas dieciséis personas. La cabecera fue ocupada por el abuelo. Un gato viejo, ronroneante, le salió al encuentro y se instaló cómodamente entre sus piernas. Machi —dijo suavemente don Remigio. El gato exhaló un suave maullido, como de enamorado. La abuela severa, silente, se sentó a la derecha del abuelo. Todos ocuparon sus sitios. Oscar hacía el gasto de la conversación. Víctor trataba de ponerse a tono.

Trajeron una inmensa sopera. La madre de Carmen Rosa, Celia, con un enorme cucharón de plata sirvió la sopa color atomado, con fideos gruesos, oliente a orégano, despidiendo vapor. Las cucharas se hundieron en los platos con una rapidez envidiable. Carmen Rosa no tocó su sopa: —Hace engordar. —Entonces me conviene, bromeó Torres.

Llegó la fuente del segundo plato, acompañada por otra de arroz. La primera contenía unos pallares bien cocidos, perfumados y humeantes. Sirvieron el vino. —¡Salud!, ¡Salud! La conversación era ya más vivaz —¿Qué sabe de política, usted que está en el Ministerio? —preguntó Oscar dirigiéndose a Torres. —No hay novedades, salvo que el señor Leguía será el Presidente, y no es nada nuevo. —Yo quisiera trabajar en el Ministerio de Gobierno como usted; debe ser entretenido. —Bueno, según uno lo tome. —¿Qué hay de Durand? —Está en Chile, pero aparecerá aquí en cualquier momento. —¿Y don Nicolás? Se ha hecho humo. El abuelo masculló: —Ese hombre no me gusta, recuerdo que en la guerra con Chile... —Por favor déjense de politiquerías, terció la abuela, rompiendo su mutismo. —Tiene razón, señora, mejor es así, comentó Torres.

Habían traído el tercer plato: un enorme asado que olía a comino, orégano y pimienta. Lo acompañaba una ensalada de verdísimas lechugas y unas pocas cebollas cocidas. Clara, la hermana de Carmen Rosa, coqueteaba con Oscar. Víctor los animaba con una sonrisa cómplice. El postre fue de huevos a la nieve: —Los ha batido la tía Celia. ¿No es cierto?, dijo una de las primas que rodeaban la mesa. —No tiene mérito, es muy fácil.



—Están deliciosos, magníficos. —Si quieren se puede repetir.  
—Acepto, muchas gracias.

Al final sirvieron el té. —Si alguien quiere agua de menta. Todos pidieron té. —El café quita el sueño, comentó Oscar, apurando su taza.

Conversaron de sobremesa unos quince minutos. Habían dado las nueve en el reloj de pared. Las pesas del péndulo se mecían rítmicamente. Caminando lentamente y fumando el abuelo, volvieron a la sala. Se detuvieron en el traspatio. Espléndida noche. Un cielo azul índigo, como un inmenso dosel los envolvía con su lumbre. —Ese lucero azul, azul, el más azul de todos, es Sirio o Venus —dijo Oscar señalándolo a Clara que dirigió embelesada los ojos al cielo.

El gato Machi pegó un salto y trepando por una de las columnas hizo cabriolas de circo. Arriba, al filo del alero, brillaban los ojos de otro gato o gata que maullaba blandito. Se oyó un rumor de píos entre la cornisa y las columnas. —Son las **san-tarrositas** que tienen ahí sus nidos. Don Remigio estaba ya en el salón. Sobre la mesa de la cuadra había unos libros. —A ver qué lee el tío Remigio, dijo Oscar cogiendo los libros: Vicente Blasco Ibáñez, **Arroz y tartana**, **L'assmmoir** por Emile Zolá, **Princesas de amor** por Judith Gautier, **Gil Blas de Santillana**. —El abuelo se la pasa el día leyendo y lee francés, comentó Carmen Rosa. —Lee herejías en cualquier idioma, acotó la abuela y siguió adelante como una inquisidora.

A las diez empezó el desfile de despedida. La abuela y su hermana habían desaparecido.

—Voy a dar una vuelta por el centro para bajar la comida, dijo Oscar. ¿Por qué no me acompaña, Torres? —Con gusto, además hoy es el banquete del Club Nacional a Leguía, debe estar animado.

Carmen Rosa se dio maña para llegar a la puerta con Víctor. Y con rapidez de rayo se dieron un beso no tan apretado como hubiesen querido, pero tampoco demasiado formal. —Hasta mañana, no te distraigas mucho. —Hasta mañana, mi amor, volveré pronto. Oscar socarroneó: —Prima, todavía no es tu marido, déjalo que goce de la soltería, de la libertad. —Cállate tú, corrompido.

Los dos invitados se alejaron riendo. La noche convidaba a divertirse.

## CAPITULO VI / DE LA TRIBUNA AL PADDOCK

Había amanecido un día espléndido, pese a que todavía no se iniciaba oficialmente la primavera. Era domingo. A las 10 de la mañana las calles parecían un bostezo. Las pulperías acababan de abrir perezosamente sus puertas. Repicaban sobre el empedrado los cascos del caballo de la lechera. Una chola gorda con toco sombrero de Jipijapa, terciado el pañolón negro sobre el insultante pecho, pregonaba su mercancía. A cada lado de la montura pendía un gran porongo del que sacaba la leche con un vaso de latón, de medio litro. Las sirvientas salían a la puerta y alcanzaban sus vasijas a la chola, que las llenaba según la medida que señalaba el parroquiano. —Un litrito, no más. —Para mí, un cuartillo. —Echeme dos litros. Ella servía y cobraba.

Luego, como siguiéndole los pasos, el panadero también a caballo con sendas bolsas de tiesa baqueta a los lados de la montura, golpeaba con un chicote los recipientes produciendo un ruido semejante al que hacían los danzantes del Son de los Diablos. El pan era de varias clases: francés, de cerveza y pinganillo. La calle se animaba de pregones, de conversaciones de criadas mientras barrían el trozo de calle frente a sus respectivas casas.

La pulpería de don Lázaro sólo había abierto un postigo. De pie, frente al mostrador, el viejo y solemne genovés despachaba a su clientela.

Las beatas volvían de misa de La Recoleta y de San Marcelo. Formaban pequeños grupos cuchicheantes, conspirativos: —El

padre Pérez dijo hoy un tremendo sermón sobre el gobierno... —El padre Soto proclamó la majestad del Corazón de Jesús... —El padre Cuéllar ha inaugurado el catecismo... Víctor Torres apareció en la puerta de su casa, se dirigió a la esquina de La Plaza de la Salud. En la esquina de Quilca lo detuvo el tranvía que iba a Magdalena. Compró un periódico, regresó a la casa, desplegadas las alas de **El Comercio**, su diario favorito, que era de oposición. Torres trabajaba en el Ministerio de Gobierno.

De lejos distinguió en la ventana la mano de Carmen Rosa. Se acercó doblando apresuradamente el periódico: —¿Cómo amaneciste? No olvides que vamos a ir a las carreras. —Tengo que ir primero a misa. —Bueno, apúrate, vamos a misa de once, a La Merced. Las carreras empiezan a las dos. —¿Tan pronto? —Son seis carreras y el clásico, terminarán a las cinco y media.

En ese momento apareció en la esquina una silueta pequeña, un poco encorvada, cubierta por una manta de vapor. —Tu abuelita, me voy. —Pero si ya somos novios. —Me había olvidado, pero a la señora se le tiene miedo; de todos modos mejor es que me vaya. Voy a arreglarme.

La abuelita se acercaba lentamente. Cruzó el umbral garraspeando sonoramente. Se dirigió al comedor en el segundo patio. Su hermana le tenía dispuesto el desayuno. —Ese padre Pérez es muy virtuoso, me ha hecho temblar con sus palabras. —Ave María, ya sé que habló del Enemigo Malo. Huy, que horrible es el Infierno, pobres de los que vayan a parar donde el Enemigo.

Carmen Rosa cruzó el comedor, venía del baño, rosada, fragante. Buenos días mamáma. —Buenos te los dé Dios. La muchacha entró en su dormitorio. —Esta muchacha anda arrebolada. Ojalá se case pronto, pero el novio es medio remilgadón y no tiene cuándo recibirse de abogado. —Ya lo hará, Carmen, es un buen sujeto. —Y si no se casa será porque Dios lo ha dispuesto así. —Claro, como tú te has quedado para vestir santos. La hermana se santiguó y se alejó a su cuarto sin decir palabra.

A las once, Carmen Rosa, su hermana Clara y Torres entraban solemnemente a La Merced. Hicieron una venia al Señor de la Caída. Se entregaron al sagrado deber de oír Misa. Sin embargo, de cuando en cuando, sus ojos se desviaban del altar para encontrarse, y los labios de Víctor y Carmen Rosa sonreían subrayando la intensidad de sus miradas.

Después del almuerzo, muy de chaqué, con cuello de pajarito y corbata michi, vestido de plomo y con tongo en la cabeza llegó a casa de su novia. Salieron las dos hermanas, con sombreros

de plumas y sombrilla. Habían alquilado una victoria de escuálidos jamelgos. El las ayudó cortésmente a subir al coche. Ellas ocuparon el asiento del fondo, y él se acomodó en el asientillo de espaldas al pescante, donde el auriga, látigo en mano, animaba a los caballos a echar para adelante.

Se dirigieron al Hipódromo de Santa Beatriz.

El Hipódromo de Santa Beatriz abría sus tribunas a millares de aficionados. Una larga gradería, en cuyo centro se levantaba una especie de mezquita, de un solo piso. Se llamaba la Tribuna Oficial. Desde ella presenciaban el espectáculo el Presidente de la República y los Magistrados, cuando asistían, invitados por el Presidente del Jockey Club quien, muy de chistera a lo Eton, chaqué gris, binoculares colgados al cuello con una correhuela, atendía a sus huéspedes. Cerca de él, infaliblemente, se erguía otra figura con los binoculares clavados en la pista, como verdadero aficionado, y con su negra chistera bien encasquetada. El uno era Antero Aspíllaga, presidente del Senado; el otro, Augusto B. Leguía, Ministro de Hacienda y Comercio. Ambos eran propietarios de haras y studs y ambos hacendados norteños del departamento de Lambayeque. Los Aspíllagas (en realidad el apellido vasco debía ser grave y no esdrújulo) poseían Cayaltí, extenso fundo azucarero y arrocero. Leguía era propietario del stud Alianza. Los jockeys de Cayaltí vestían casaquilla blanca con redondelas amarillas; los del Alianza, blanco con listas verticales azul marino. Los dos studs solían compartir los triunfos cada domingo. Don Antero se enorgullecía de sus haras, de su stud y del preparador chileno Contreras. Don Augusto de su hara Vilcahuaura, de su stud Alianza y de su preparador y jockey Ferrando. Gordo y cuellicortón, don Baldomero Aspíllaga, hermano de don Antero, desparramaba piropos entre los hábitos del palco presidencial. Solterón empedernido, en sus cuarenta, concitaba la codicia de muchas damas, pero se sabía que su debilidad también estaba cerca de Trujillo, en una bella trujillana: Julia Sotomarino de Madalengoitia, en cuyo contorno arrastraba el ala como un gallo pimentón, y con quien casó después.

El propietario del stud Mischief, Roberto Wahekam, y el del Porvenir, Alberto Melzi, pertenecían a la inmigración extranjera galopante hacia la toma del poder social. Los jockeys, de Wahekam, viejo bombero, baldado de una pierna, rojizo de tez, lucían casaca roja con bolas blancas; los de Alberto Melzi, quizá por remembranzas de la *dolce Italia*, tenían la casaquilla verde con bolas también blancas. Había un constante concertulio en la Tribuna: Carlos Benavides. Ejercía la gerencia del flamante Banco Internacional, situado en la calle de Espaderos, y la propiedad del stud Internacional, flamantísimo también, pero ya



arrebatador de triunfos.

—¿Sabe usted que Benavides aspira a ganar el Clásico Jockey Club con su estupendo potrillo Sparkling Drop?

—Qué lindo nombre, tiene **sprit**.

—Pero Aspíllaga está seguro con Never Late, fíjate que el nombre se las trae. . .

—El gringo Wahekam, comandante de la Bomba Victoria, tiene una yegua formidable.

—Yegua tenía que ser la muy ladina. . . El que hizo la observación era don Augusto B. Leguía: naturalmente todos celebraron a carcajada limpia: se trataba del futuro Presidente de la República.

Esa tarde concurrió a la Tribuna Oficial un personaje pálido, de ojos grandazos y un poco caídos, bigote negro, delgado, peinado con raya al costado. Llevaba el chaqué con desgarbo, pero se le notaba fino como pocos. Entró muy saludador; su preferencia desde luego las señoras a quienes besaba la mano. —Qué milagro aquí, don Javier. . . —¡Pero usted en las carreras, doctor Prado! Leguía esperó tenerlo cerca y, en tanto que don Antero Aspíllaga se hacía el desentendido, él, Leguía, cogió ambas manos del recién llegado y volviéndose a la concurrencia de la Tribuna presentó sin que fuese necesario: —Aquí tenemos en este antro de vicio al más austero de los peruanos, a don Javier Prado y Ugarteche, Decano de la Facultad de Letras de la muy ilustre Universidad Mayor de San Marcos, honra del Foro y de los estadistas del país.

Don Javier inclinó la columna dentro del ceñido chaqué fijando sus ojazos medio bobalicones, pero zahoríes, en una señora morena, alta, bien alhajada, de inmensos ojos y pequeños pies.

—Fíjense cómo se dedica a la Panchita, susurró la de Viana de Lima. El gigantesco Pedro Larrañaga, otro vasco como los Aspíllaga, los Ugarteche, los Iturregui, los Aramburú, todos metidos en el corazón de la política peruana, escuchó sonriendo la confidencia de su cuñada, doña Grimanesa de Viana de Lima, otra de las bellas Montero. Don Javier circuló pausadamente. Algunos le preguntaron por su museo, por su archivo, por su biblioteca. El respondía sonriendo bajo los negros bigotes ligeramente retorcidos que emboscaban su boca. En ese momento sonó la campana del canter. Los caballos competidores levemente estimulados por sus jockeys se dirigieron a tomar posición en el partidor. El del stud Alianza iba montado por Santiago Ferrando, criollo servidor de los Leguía: —El mío es nacional, dijo don Augusto a don Antero. Este, sin dejar de mirar por los binoculares respondió: —El mío, Contreras, es chileno, una competencia más.

Durante el entreacto, entre carrera y carrera, los habitúes de la Tribuna Oficial desembarcaron al paddock. Leguía estaba acompañado de su esposa, doña Julia Swayne, y de dos de sus hijas. Abajo le esperaba un gringo flaco, huesudo, canoso y alto que le dijo familiarmente: —¡Hello! Leguía respondió: —How are you, Willy? —Quite well, Mr. Presidente, respondió William Morkill, gerente de la Peruvian Corporation, al presidente de los peruanos.

La comitiva dio dos o tres vueltas por el paddock. Algunos preáulicos, con sarita en la cabeza, les abrían calle aplaudiéndolos: por algo empieza la adulación. De la tribuna popular salieron silbidos: —Esos son pierolistas despechados. Don Augusto saludó sacándose el tarro de unto a los silbantes, interpretando como aplausos las recriminaciones: sería su táctica. —¡Pero, fíjese, señor, sólo esos zambos están contra usted...! Leguía miró al adulón y le dijo sonriendo: —Tendremos que gobernar... y también para esos zambos...

A propósito de aquel episodio, surgió el nombre de Piérola. El enanito que debía saberlo todo, comentó un poco molesto: —No se sabe nada del señor Piérola. Desapareció el mismo día que su hijo Isaías hizo lo que hizo. Evidentemente estaban de acuerdo.

Leguía no comentaba nada.

Larrañaga, demasiado impetuoso tal vez, avanzó: —Señor, lo mejor sería amnistía, así no tendrían queja.

Leguía sonrió enigmáticamente y atinó a decir: —Todavía el señor Pardo es el Jefe de Estado, y él toma las decisiones que corresponden.

—¡Viva Leguía!, chilló una damisela de sombrero como pajarera y unos tacones altos como zancos.

Don Augusto saludó halagado y doña Julia hizo a la entusiasta un ademán de amistad.

—Es muy popular, señor Leguía.

—Don Antero, la popularidad es como el aguacero costeño: pasa pronto pero regresa.

—Don Antero sonrió mefistofélicamente. Si en esos tiempos hubiese existido la Metro Goldwyn Mayer, alguien lo habría comparado con el doméstico león que pone sello a las películas de Loeb Incorporated.

En un coche de punto llegó al Hipódromo un oficial, luciendo las preesas de la ayudantía del Presidente. Reinó un minuto de alarma. El oficial, un comandante, avanzó marcialmente con el sable cogido de la empuñadura. El coronel Carlos Dogny miembro de la Misión Militar Francesa, marido ya de una rica

propietaria del norte, la señorita Larco Herrera, se acercó instintivamente al Presidente. Dogny era un hombre hermoso, de gran talla, vestía el uniforme de Dragones Franceses y por tanto, llevaba en vez de kepi el casco con chorrera negra de crin de caballo, coronando su apostura monumental. El ayudante se acercó al señor Leguía, se cuadró frente a él y le dijo: Señor, tengo un mensaje urgente y verbal de Su Excelencia el Presidente de la República, para usted. Leguía se acercó familiarmente, pidiendo permiso al grupo. Conversaron cortísimos minutos. Leguía se reincorporó al ambiente visiblemente satisfecho: —Dos buenas noticias señores: la revolución de Huánuco está totalmente debelada, y la ceremonia de la inauguración de la Cripta de los héroes, a la que Chile enviará una corona de bronce, está definitivamente fijada para septiembre. Vamos a inaugurar nuevas obras en la República. Su Excelencia lamenta no serle posible venir como habría sido su propósito; está sumamente ocupado.

De la Tribuna Popular, desde donde se había observado el rápido ajetreo causado por el arribo del ayudante de Palacio, surgió nítido, inequívoco, un grito desafiante: —¡Viva Piérola, carajo...!

Uno de los asistentes al Palco Oficial se apresuró a consolar al presidente electo. —No haga caso, esos gritos son furias de exaltados.

—Tal vez, pero me gustaría que el día que yo dejase de tener poder alguien desde algún rincón, como ése aclamara mi nombre y... con el mismo apellido materno, agregó sonriendo. Dijo enseguida: Por lo demás, esto me hace recordar algo importante: al parecer está establecido, aunque al doctor Gamio no le guste oírlo, que don Nicolás de Piérola está tranquilo, goza de buena salud y no ha tenido nada que ver con el desacato y ultraje de su hijo Isaías. Gracias a los buenos padrecitos de San Francisco, don Nicolás no padece de ninguna enfermedad.

Leguía se hallaba en plena posesión de sus nervios. Además, acababan de brindarle una buena noticia: su caballo Febo había ganado el Clásico, mientras él se distraía conversando con los circunstantes.

Don Augusto llegaba entonces a los cuarenta y siete. Era un propietario feliz. Se cuidaba poco de que le atribuyeran ser descendiente de los Condes de Haro, pero sí, mucho, de haber sido sargento del ejército de reserva en la guerra con los chilenos, en Miraflores. Su padre, don Nicanor, era un hombre de trabajo; su madre, doña Carmen Salcedo, también del norte, lambayecana, había heredado importantes tierras arroceras. De joven don Augusto había seguido estudios en el Colegio Inglés de Valparaíso. Como financista, salvó la fortuna de los Swayne —se

casó con una de las hijas— y en la firma inglesa Locket se había desempeñado como Agente de Seguros de The Sun Life of Canadá, con extraordinario éxito. Por eso, por ser los siniestros (incendios, robos, muertes y accidentes) el objetivo de toda compañía de seguro, y ser llamados genéricamente “siniestros”, Piérola, caústico de frase, solía llamar a Leguía: “Señor experto en siniestros que ahora administra la Hacienda Nacional”.

Leguía había sido Ministro de Hacienda del fugaz gobierno de Candamo y casi todo el de José Pardo. Aumentar los impuestos era su norma, nada popular entre los ricos, que hubiesen preferido estar libres de contribuciones fiscales. De costumbres sobrias, alternaba las amistades oligárquicas y las de gustos populares. Habiaba el inglés familiarmente. Amaba los negocios y la hípica. Detestaba tener enemigos, pero su mayor placer consistía en tomar resoluciones. Sus intervenciones en el Parlamento, contestando interpelaciones, le habían hecho popular. Una vez, planteando su ferrocarril de penetración a la Selva, por el río Ucayali, el senador Joaquín Capelo, pierolista y hombre de ciencia, examinó la posibilidad y declaró que los terrenos por donde se proponía construir la línea férrea eran del Período Terciario o cosa así, y que requerirían de veinte mil años para estabilizarse. El Ministro interpelado, Leguía, respondió como una saeta: —Si no me equivoco lo que el señor senador Capelo pretende es que posterguemos el planeamiento de ese ferrocarril vital por un periodo no menor de veinte mil años. Carcajadas y aplausos sellaron el ingenioso argumento ministerial.

Con todo, Leguía era un desconocido para el pueblo; pero, ¿es que importaba algo eso? Las elecciones se habían realizado dentro de la ley: cada votante había recibido una papeleta doble: en un lado debía de firmar, depositando ese fragmento en el ánfora comicial, mientras el Presidente de la mesa de sufragios le firmaba el otro pedazo, con el cual, como testimonio fehaciente de su voto, se acercaba donde el candidato bien para expresarle su adhesión o bien para recibir el precio de su voto. Además, las elecciones las dirigían los mayores contribuyentes: esto es, los más ricos. Ellos seleccionaban su aparato electoral. Sólo votaban los alfabetos, mayores de veintiún años, es decir, menos del 10 por ciento de la población apta del Perú. Fuese como fuese, tal era la ley y Leguía la había cumplido a cabalidad. Don José Pardo tenía sucesor a punto de proclamarse. Nicolás de Piérola, el gran censor, se hallaba oculto, Augusto Durand, nuevo amigo de los poderosos, se había adaptado a las flamantes ideas en circulación y había renunciado al partido de Piérola seis años atrás. Don Antero Aspíllaga, representante de la “argolla” agronorteña, rendía homenaje al nuevo triunfador, en espera de



su turno.

Sonó la campana anunciando la partida de la quinta carrera: sumando el Clásico, se completaban las seis del programa. En ese momento divisó Leguía en la Tribuna de Socios a una figura alta y solemne: la de un hombre de edad, muy blanco de tez, rasgos armoniosos, ojos azules, erguido, con levita negra y chistera, junto a una dama también alta, de perfil aguileño, blanca, ligeramente amarcigada, ceñido al cuello por una larga, pero leve, boa de plumas. Un poco más allá, una muchacha encantadora, radiante, como decía la señora Montero de Viana de Lima: de buena talla, bien formada, grandes ojos azules, sonrisa altanera y piel de nácar. Conversaba con un hombre joven, espigado, alto de aire imperioso, levemente moreno, ojos concentrados, bigotillo corto y delgado. Indudablemente estaban enamorados. —Marita está cada día más hermosa, murmuró doña Julia. ¿No es Ricardo Barreda el que la corteja? —Sí, claro y creo que Su Excelencia, su primo, está muy contento: al arroz de Tumán se va a unir la mantequilla, alcahuetéó Martín Pró, un gordito pariente político de Leguía, merodeante de la Tribuna Oficial. Don Domingo Olavegoya —otro apellido vasco— hijo de argentinos, erguía su poderosa silueta junto a doña María Lacroix, su esposa, y su sobrina María Olavegoya. Don Domingo la tenía alojada en su casona de la calle de Concepción, con su hermano Demetrio, un prematuro raptor de corazones, desde la repentina muerte de don Demetrio padre, caído en la lid, con las armas en ristre, sobre el empavorecido y suave cuerpo de una amante. Los cuatro vivían juntos. Don Domingo había sido como empresario de la candidatura de José Pardo en 1904. Creía en los Pardo, en la ganadería de fina sangre y en la belleza: detestaba a Piérola y desconfiaba de Leguía. Este insistió con el binocular en enfocar el cuadro. Don Domingo, que se hacía el distraído acabó fijando la mirada en la Tribuna Oficial: antes de que pudiese tomar una decisión, Leguía le saludaba con la chistera en alto y blandiendo la mano como una bandera de amistad; don Domingo alzó su chistera, hizo una venia, y doña María inclinó la cabeza con una sonrisa; Marita no vio o no quiso ver el gesto de don Augusto. Seguía embebida en la conversación con su novio. Pero, una mano ágil vino a sacarlos de su salmo. Otro hombre de magnífica figura, alto y esbelto como un maniquí londinense, trajeado de vistoso tweed abotonado hasta casi el cuello, sólo abierto para que lucieran unas pequeñas solapas, se sacó el hongo color avellana (como el traje) con que se tocaba y lo agitó amistosa y democráticamente en dirección al palco de Leguía. —Es el

Tony, siempre tan simpático, dijo doña Julia. —Y pinta extraordinariamente bien. —Es muy smart... oh, el est tellment charmant... O il est bien chic... Enrique Barreda, el Tony sonreía con su risa cuadrada y franca, arrugando un poco los grandes ojos castaños, bajo las cejas densas y bien cuidadas. Tenía el rostro rasurado.— No quiere envejecer y ya anda por los cuarenta... —Prohibido hablar de edades... Don Antero, volvió, aludido por la conversación y sonrió entornando los pequeños ojos de león con sueño.

Los contendores de la última carrera partían en ese momento. Se oyó el ¡ah! contenido de los aficionados. Una milla. Partieron de la pista de enfrente. En la curva para entrar a tierra derecha, se vio claramente que el pupilo del Alianza, pegado a los palos mantenía una ligera ventaja sobre el de Cayalti, cuyo jinete echado sobre el cuello del animal, lo azuzaba implacablemente con su corta huasca. Don Antero y don Baldomero empalidecieron. Don Augusto se pegó los binoculares a los ojos sin mover un músculo de la cara. Segundos de terrible expectativa. Unos gritaban: —¡Rayo a la punta...! Rayo, Rayo, Rayo... Los otros, como coéforas perfectas, contestaban: ¡Entra Cartago, adelante Cartago, Cartago, Cartago, Rayo, Cartago, Rayo, Rayo...!

Don Antero, descolgando del cuello los binoculares se acercó al señor Leguía: —Don Augusto, ha ganado usted de nuevo... No se puede quejar de la suerte... —Gracias, don Antero, pero usted no se queda atrás: da gusto competir con usted. La concurrencia de la Tribuna Oficial rodeaba a Leguía como a un gladiador triunfante. El jockey Ferrando subió a la Tribuna.

—Gracias, Santiago, contigo no se pierde nunca.

—Muchas gracias, señor Don Augusto, el caballo responde bien.

—Que así sea siempre, murmuró Leguía pensando quizá en otra cosa.

Salieron sólo después de beber una copa de champaña en el bar del Club, en la parte baja de la Tribuna Oficial. Ya se habían marchado casi todos los concurrentes. Largas filas de peatones se desplegaban por las calles adyacentes rumbo a la Exposición y a la Plaza Bolognesi. Quedaban todos los carruajes de los últimos rezagados y un artefacto ruidoso, raro, frente al cual una persona agachada se esforzaba por poner en marcha algo con un manubrio hostil. El aparato parecía una cuna rodante. De ruedas altas, tenía cinco asientos en dos compartimentos defendidos por una capota plegadiza. En el motor se leía la palabra Renault. El hombre del manubrio, cubierto por un guardapolvo, con gorra de chofer, levantó los anteojos y dirigió un amable saludo a don Antero y a don Augusto.

—Ahí tenemos al doctor Flóres, al gran oftalmólogo don Ricardo, dando cuerda a su espantasueños.

—Pues ese señor debe saber dónde está Piérola y por dónde escapó Durand. ¿Sugiere usted que sería útil detenerle?

—De ningún modo: no hablaría nada o hablaría mucho sin decir nada: preferible sería seguirle.

Williams, el cochero, con sus patillas de contrabandista estaba al lado de don Augusto, con la chistera en la mano, invitándolo a subir:

—Señor, el coche lo espera, cuando usted guste.  
Arrancaron a trote ligero.

## CAPITULO VII / INSISTIENDO EN MAQUIAVELO

—La verdad que no tiene facha ni maña, no sé por qué lo escogieron.

—Precisamente, por eso, por lo que no tiene, así será más manejable...

—Yo creo que no tiene ni para empezar con don José.

—Este, sí que ha sido un Presidente.

—Y ¿qué hará con los pierolistas? Capaz de amnistiarlos.

—La señora sí es muy distinguida, se ve que tiene clase...

—Es de raza inglesa.

—Leguía creo que es gallego.

Los conversantes sonrieron con malicia. El nuevo Presidente, Leguía, pequeñito, peinado con raya al costado, el bigote corto bien aceitado, impecable el fraque, con banda terciada sobre el chaleco negro, según correspondía a la ceremonia, conversaba con his Excellency Mr. Duff, Ministro de Su Majestad el Rey Eduardo VII, inventor del pantalón con basta en la bocapierna y doblez a la altura del abdomen.

Mr. Duff, como una chimenea, contemplaba los techos humanos que a sus narices se extendían. Conversaba en inglés, lo que resultaba very smart. Los Pardo formaban clan aparte: Juan, con su robusta nariz y su solteronería implacable, miraba de reojo al nuevo Presidente, sin ocultar un gesto de superioridad. Su hermano Luis, flaco, de hombros estrechos, meneaba la cabeza mientras escuchaba una confidencia de don



Ricardo Salcedo, también hacendado de Lambayeque; don Juan Aurich discutía con don Agustín Ganoza. El norte rural y señorial se unía, sin saber cómo ni por qué, en el amplio hall del Club Nacional. Se ofrecía el consabido banquete al nuevo Presidente. El antiguo no había asistido, pero sus parientes y amigos cerraban filas en torno de su nuevo abanderado.

—De ninguna manera, eso no, exclamó el joven periodista y diplomático Luis Varela y Orbegoso, también de origen norteño, contestando a un comentario de José Matías Manzanilla, joven elocuente diputado por Ica. —Leguía está ahí de prestado, pero no es de los nuestros.

Manzanilla, un cuarentón achinado, de estatura más que mediana, peinado hacia atrás, con una sistemática sonrisa colgada de los labios, miraba con insistencia a una dama de corte Luis XV. —No, Leguía es civilista cien por ciento, querido Luis, lo que pasa es que no está adaptado a nuestros usos, pero ya lo adaptaremos, si es que no bastaron sus cinco años de Ministro.

—¿Cómo andan esas brillantes leyes en defensa de los trabajadores?, preguntó Leguía a Manzanilla. Este, sonriendo seguro de su habilidad, dijo: —No tan rápido como algunas carreras políticas, pero tampoco tan lentas como ciertas entendederas, digo, entendimientos —y miró maliciosamente hacia don Mariano Prado y Ugarteche, sumamente entretenido en cortejar cierta hermosa dama de unos treinta años con aire de europea en gestos, joyas, escote y adornos faciales. Mariano Prado y Ugarteche, diputado por Lima y gerente de la poderosa Empresa de Electricidad, era un hombre apuesto y acometedor. A través de los delgados y limpios cristales de sus lentes, se veían los ojos grandes, algo bovinos. Tenía el mentón corto, pero pronunciado y redondo, la nariz breve y regular, la boca desdeñosa tenía por alero un bigote recortado, hablaba con un ligero trémulo en la voz: —El doctor Manzanilla quiere que los empresarios regalemos nuestras utilidades a los obreros, es un socialista peligroso, más bien un anarquista.

—El doctor Prado exagera, yo soy apenas un aprendiz de apitalista, y podré doctorarme si él continúa en su resistencia a mis proyectos de ley.

Don Pedro Larrañaga, un hombre alto, fornido, de cabeza calva, facciones como grabadas con cuchillo rupestre, rosado, de piernas largas y fuertes, ligeramente estevadas a consecuencia de sus actividades deportivas, experto en fútbol y en boxeo, se acercó al Presidente Leguía: —Señor, perdóneme pero he apostado que usted es tan vasco como Aspillaga, Aramburú y

yo. Excelentísimo señor, ¿estoy en lo justo? —Sí, es verdad don Pedro, yo soy vasco también. Por eso me dicen terco... Larrañaga lanzó una poderosa carcajada. Los que la oyeron recordaron que meses antes había tenido un incidente a puñetazos, en el mismo Club, con otro vasco, don José Goyburu, por un asunto de faldas.

El Club Nacional ocupaba un edificio de dos pisos, con desván en la parte trasera de la casa, en la calle de Núñez, en la misma acera y a cuarenta metros de *El Comercio*, que funcionaba en un viejo caserón de un solo piso en la calle de La Rifa. El Club tenía un ancho patio en el piso bajo, desde el cual ascendían hacia el segundo dos escalinatas de mármol, convergentes en el centro de la galería superior. Estaba íntegramente decorado con rosas, laureles, jazmines y palmas. Las enormes y lujosas arañas de cristal de bacarat iluminaban como si fuese el sol. Los lacayos de frac hacían guardia desde la puerta y un piquete del Regimiento Escolta, con sus cascos plateados, prestaba teatral decorado al conjunto. Bajo las escale- ras había una banda de músicos que alternaba con la orquesta situada en el segundo piso. El señor Kuapil ejecutaba solos de violín. El maestro Ugarte había compuesto una partitura especial alusiva a la ocasión. Los diplomáticos lucían sus uniformes cuajados de entorchados y condecoraciones.

Mr. Cooper, el ministro yanqui, sólo vestía de frac, también con chaleco negro, dentro del carácter ceremonioso de la fiesta. Cerca de Leguía, atrayendo las miradas de las damas, se veía a un hombrecito frágil, de cabellos ligeramente grises y bigote copioso, caído sobre la boca; tenía los ojos grandes y abultados, caídos hacia las mejillas, como un acento circunflejo. Del cuello le pendía una cinta corta con una medalla: la de la Academia de la Lengua. Parecía levisísimamente encorvado, pero siempre sonriente. La gente le llamaba Don Javier. Se sonreía afable y sagaz. Había sido, con Leguía, miembro en el Primer Gabinete de José Pardo. Le respetaban y querían. Por eso al nombrarle la gente le decía indistintamente: Don Javier o Doctor Prado. Tenía la voz titubeante y policroma. Hablaba con gorgoritos como una cantante en trance de dar su nota más alta. Don Javier Prado y Ugarteche había sido Ministro de Relaciones de los dos gobiernos anteriores y compañero de Leguía en ambos.

—Ugart che, he aquí otro apellido vasco, ¿no es así, Doctor Prado?.

—Así es, señor Aguirre, tan vasco como el apellido de usted, el de Larrañaga y el de Aspíllaga.

Los relojes marcaban las ocho y media de la noche. La orquesta acometió la Marcha Triunfal de Aida. Iba a empezar el banquete. Cada caballero buscó a su pareja y con ella colgada del brazo se inició el desfile hacia el comedor que se abría al final del vestíbulo del segundo piso. Habían ya circulado bandejas con oporto y jerez. En el centro de la mesa principal se admiraba un bello adorno de flores, color rojo y blanco, como la bandera del Perú.

Las luces de las arañas deslumbraban. Frente a cada asiento, los cubiertos de plata y la cristalería de San Luis e inglesa, los menús de cartulina de hilo con ribetes de plata. Las señoras lucían con profusa castidad hombros y espaldas. De vez en cuando se abanicaban suavemente, como parte de la ocasión. Empezaron a servir las viandas y los vinos. Un menú interminable: seis platos con un ponche a la romana, a la mitad, para aliviar la digestión. Espárragos, consomé al jerez, corvina en salsa de alcaparras, pechuga de pato con lomititos en salsa bearnesa y papas suffles, ensalada; helados flambés, todo rociado con jerez, chablis, mosela, Saint Emilion, borgoña, nuevamente oporto, champaña, brandy y mistelas y, claro, café negro y cigarros puros. La música de fondo era de Schubert y Verdi; la orquesta tocó la Arlesiana, Las Bodas de Fígaro, Sylvia, El vals del Emperador. Desde luego los discursos de corta duración y mucha adulación. Humareda de cigarros, aroma de perfumes franceses, y de maceradas carnes criollas: Sibaris se había trasladado al Club.

—No cabe duda, los Pardo seguirán gobernando.

—El Comercio trata de hacerlo suyo a Leguía: don José Antonio Miró Quesada le ha cedido los editoriales a su hijo Antonio.

—Yo creo que este Presidente chiquitín tiene su propio juego: no hay sino que mirarle a los ojos. . .

—Si alcanza a vérselos: tendrá que agacharse mucho.

En un grupo, después de levantarse de la mesa, rodeando al pintoresco diputado Manuel Bernardino Pérez, se arremolinaban algunos de los periodistas y políticos invitados. Pérez, hombre rechoncho, desgarrado, cobrizo y con patillas de contrabandista de opereta, es decir, esas llamadas "biscotelas" que terminaban en la comisura de los labios, se despachaba a su gusto, entre las más francas sonrisas de los circunstantes. Pérez, hombre de confianza de los Pardo, diputado por Pomabamba, tenía fama de provincial tenorio de bastidores. Diz que siempre cargaba un par de medias de seda en la faltriquera para obsequiarlo a la tiple de sus momentáneos arrebatos pa-



sionales. Vestía por lo general un poco estrafalariamente. Era profesor de Literatura Castellana en la Universidad de San Marcos. Por sus salidas jocosas y sus sanchopancescas reflexiones, el vulgo había cambiado la B de su segundo nombre por la palabra "burro": se le conocía antonomásicamente por el "burro Pérez", aunque nadie discutía su habilidad. En clase se deleitaba leyendo pasajes del Arcipreste de Hita, de **La Celestina**, de la picaresca: nunca concluía su curso, pero entretenía. Su libro de cabecera era la **Historia de la Literatura Castellana**, de don Manuel de la Revilla. •

Se le oía decir: —Aquí estamos todos juntos y hasta revueltos. Miren ustedes: aquí están Javier Prado que fue Ministro de Pardo, presidente del Consejo de Ministros, Eulogio Romero y Salcedo que aunque pariente de Leguía fue Ministro de Pardo en el mismo puesto; aquí está Muñiz, ex-ministro de Pardo; así está Juan Pardo, siempre de presidente de los diputados, y don Antero Aspíllaga, amigo de Pardo y senador. No falta nadie. Que Carlos Concha sea Secretario de Leguía, y todo será lo mismo.

Y tarareando un cuplé de una zarzuela, canturreó: "Todo está igual, igual que ayer, ¡igual que ayer y que anteayer!" Risotadas apenas reprimidas subrayaban las palabras de Pérez. Alerta y sutil, el Presidente Leguía, de pie en el testero del salón, mientras las señoras se reunían en otra parte del recinto, observó rápidamente el corro en torno de Pérez. No hizo un solo gesto. En ese momento se le acercó el Ministro de los Estados Unidos y le estrechó la mano calurosamente.

—Es natural, tiene que agradecer a Su Excelencia la impunidad que, cuando era Ministro, concedió al miserable ese de Alfredo Mac Clune, gringo canalla.

—No prejuzgue. Si piensa tan mal del Presidente, ¿por qué ha asistido a este banquete?

—Valiente pregunta: para estar en la ruleta y no perder la ocasión de salir premiado.

El Presidente electo se retiraba dando el brazo a su esposa. No era aun media noche. La banda tocó la Marcha de las Banderas. El Presidente del Club y su esposa y los miembros del directorio bajaron las escaleras tras el Presidente y le acompañaron hasta la puerta de calle. Todavía quedaba un grupo de curiosos. Aplaudieron con algún entusiasmo.

En el tercer piso quedaron bebiendo y comentando los más jóvenes del concurso. Entre ellos varios periodistas. Discusión vivacísima.—Los Pardo tienen a Leguía del cogote, será su guardaespaldas hasta que retorne José o se anime Juan.



—Yo creo que Leguía caerá en cualquier momento.

—Leguía no es hombre para resistir el pan con pescado, entre Piérola y los Pardo.

—El narigón está fregado: o se lo traga don Nicolás, o se lo sorben los Pardo, ¿cómo es eso que dice el “burro Pérez”, entre Scila y Caribdis? ¿Se dice así?

—No y no: sobre él pesan sus servicios a los Pardo, su parentesco con los Salcedo, sus intereses en el norte, su educación inglesa, su amistad con los gringos de Lockett, es un financiero gringo disfrazado de Presidente criollo.

—¿Te fijaste en la forma como el joven Antonio Miró Quesada, observaba a Leguía?

—No era muy diferente a la de Javier Prado.

—Lo que pasa es que ustedes envidian a Leguía.

—Son de la misma edad casi.

—Prado es diez años menor, Antonio siete.

—Pero ¿cómo van a comparar a Pardo con Leguía?

Los camareros y mayordomos sobrevivientes a la ardua tarea de la cena, comenzaban a apagar las luces. Por las ventanas entraba la luz del sol, de primavera.

—Aguantemos un poco y vamos a sacarnos la mala noche en los baños de “El Comercio” con un manguerazo de Germán...

—¡Bravo, bravo!

Pidieron algo para desayunar, sudorosos, emparedados por las pecheras almidonadas se lanzaron vorazmente sobre las humeantes tazas de café con leche y los azafates con torres de tostadas crepitantes, untadas con mantequilla.

—No, para mí café negro, puro.

—Para mí también.

A las ocho cruzó la calle un grupo de jóvenes vestidos de etiqueta, como si estuviesen disfrazados. Enfilaron por el angosto callejón de los baños de “El Comercio”. Rápidamente desnudos, se tiraron a la pileta. Era una poza de unos seis por veinte metros, llena de agua densa. El remojón despejó los rezagos del alcohol. En la sala de duchas, Germán, desde su tribuna de latón, manguera en mano, proyectaba el chorro de agua ora atenuado, ora vigorosamente sobre los desnudos cuerpos de sus ocasionales vasallos. Neptuno criollo, nacido en Huaraz, sin tridente: con manguera.

—¡Qué bien me siento ahora, ni Leguía está como yo!

Pidieron café y navajas para afeitarse. Habían coronado una heroica jornada.

—¡Viva Leguía, señores!

Del coche que pasaba respondieron:

—¡Viva Piérola, carajo!

## CAPITULO VIII / DONDE TERMINA LA CRONICA Y EMPIEZA LA NOVELA. EL AUTOMOVIL DEL DOCTOR

Caminaba despaciosamente, mirándolo todo, regodeándome en todo, por la Plaza de la Salud cuando llamó mi atención el estrépito de unos fierros y la humareda que como un incendio, brotaba del artefacto productor del ruido. Me acerqué. Un hombre calvo, robusto, de espejuelos, nariz pronunciada y redonda, ojos de miope, estaba junto a una manivela adosada a una carrocería estrambótica. Era el mismo aparato que atrajo la curiosidad y el interés del señor Leguía, días antes, en el Hipódromo de Santa Beatriz. El hombre de las gafas tenía otras muy grandes, pegadas a la frente, sujetas por una venda de badana o de cuero. Le envolvía, como un hábito talar, un guardapolvo, el mismo guardapolvo de la víspera, de dril color marrón. De la caja del motor surgía más y más humo. El hombre de las gafas había destapado el motor o lo que fuese y, provisto de una inmensa tetera o regadera de jardín aplicando la embocadura a otra del motor, vertía lentamente agua en aquella caja endemoniada. El humo se hizo más denso. Luego fue atenuándose. El hombre de las gafas subió al aparato, ocupó el asiento delantero y metió el pie en un pedal, no sin haber previamente dado varias vueltas con un manubrio a la cuerda o lo que fuese del demoníaco artefacto. Había un corro en derredor, yo entre ellos.

—Diantre de aparatito, masculló el hombre de las gafas.

Dos de los curiosos observaban con atención profesional

lo que ocurría.

—Es el doctor Ricardo Flóres, toma nota, bisbiseó uno dirigiéndose a otro.

—¿Y crees que soy tan candelejón que no lo sabía?

—De esto debemos dar cuenta al Comisario.

—Espera un poco, él nos ha dicho que sigamos a ese loco y que le informemos todas las paradas que haga. Por lo pronto ya van diez. —Once con ésta, corrigió el que parecía mayor.

El doctor Flóres se enjugó el sudor con un enorme pañuelo a cuadros, se lo pasó por la nuca, limpió los espejuelos y, dando un amable hasta luego, puso en movimiento el sorprendente Renault con el que hacía visitas a sus enfermos, asombraba a los limeños y además, según la policía ayudaba a los conspiradores contra el gobierno, especialmente a don Nicolás de Piérola y a su pariente Durand.

La Plaza de la Salud era una encrucijada entre el Callejón Largo, Quilca y la calle de la Salud, en la que se habían instalado dos pequeños prostíbulos criollos. El doctor Flóres había ido de visita a La Torinesa, nombre de la lavandería que, situada en Quilca, cerraba la democrática calle de Monopinta. El profesor Rodolfo Zavala, alto, flaco, de barba gris como la de don Quijote, agitó la mano saludando al doctor. A la puerta de La Torinesa, la lavandería francesa más acreditada de la ciudad, salió el propietario, don Ramón Beltroy, súbdito suizo-francés.

Los dos curiosos, digámosle soplonés para ser exactos, corrieron por Quilca para no perder de vista al resoplante Renault. En la esquina de La Micheo saltaron de un brinco al tranvía eléctrico que se internaba por Belén hasta la Plaza de La Exposición. El auto resoplaba.

Los soplonés trataron de no perder de vista su objetivo, apelando a carrera pedestre, asaltando tranvías y hasta una carrera en victoria de alquiler. Su informe señalaba por lo menos dos visitas sospechosas: la del Convento de Belén, manejado por monjas francesas, y la del Convento de San Francisco, dirigido por frailes españoles y peruanos.

—Ahí está don Nicolás. No cabe duda. Los frailes siempre lo han recibido bien: Isaías debe estar en Belén.

—No ganamos nada con saberlo, si fuese cierto, porque no podríamos escalar ni allanar convento de tanto prestigio.

El Prefecto de Lima fue llamado por el jorobadito Gamio al Ministerio de Gobierno que se hallaba en Palacio, entrando por la calle de Pescadería. —Ustedes seguirán controlando al milímetro al doctor Flóres, pero procuren que no se dé cuenta.

El doctor Flóres esa misma tarde, en su consultorio, situado en las vecindades de la incipiente Avenida de La Colmena, por la calle del Muelle, recibía a un enfermo que lucía como una condecoración una venda en el ojo derecho. Le quitó la gasa, casi a vista y paciencia de los espectadores, entre ellos los dos soplones, lo examinó con un lente, cogió una espátula de vidrio, la untó con un unguento amarillo y, abriendo con el pulgar de la izquierda el párpado del ojo enfermo, inundó la córnea al tiempo que decía al enfermo: —Aguante mecha, esto arde un poco, pero esos que están ahí son soplones que me siguen hace tres días, dígaselo al “Califa”.

Había cerrado la noche. Como alumbrado, en la amplia celda franciscana lucían cuatro velones y un pico de gas, apagado. Había una cama estrecha, dos sillones, una mesa, un lavabo portátil, un armario de cedro; en la pared, la efigie de Cristo y la de San Francisco de Asís. Un hombre pálido, de perilla cana y retorcido mechón lloviéndole sobre la frente, escribía alumbrado por la escasa luz. El lego que entró en ese momento se restregaba el ojo derecho con fuerza: —Si el doctor Flóres no fuese tan amigo, le habría metido un puñete. Me ha puesto el ojo como un ají. Don Nicolás levantó la mirada hacia el fraile que le tendió un fajo de papeles. —Dice el doctor, prosiguió, que lo están siguiendo y que deben estar sospechando algo sobre usted porque hay varios *sopletes* en la esquina del convento.

—Tranquilízate, Gumercindo, aquí estoy seguro: ésta es la casa de Dios, y nadie se atreve con Dios, menos el enano Gamio que es muy devoto. El señor Piérola hablaba con un tono nasal, a primera vista muy francés. Medía las palabras y las pausas. No empleaba sino términos exactos o pintorescos. Su corta estatura destacaba más su exigüidad en la amplitud de la celda. Caminaba con pasos medidos, estirando las piernas y también al estilo de José Pardo, apoyando los talones con brío. Tenía la mano derecha metida en la abertura de la americana, napoleónicamente. El cerrado chaleco permitía que resaltara la sobria corbata color claro. Usaba unos zapatos largos, en punta, con capellada del mismo hule. Brillantísimos. Habían muchos papeles sobre su mesa. Pese a lo sagrado del lugar, era indudable que el bulto que hinchaba el bolsillo trasero de sus pantalones era un revólver. El “Califa” había vivido varios combates: en 1894 y 95, los de las montoneras hasta tomar el poder; en 1879, contra los chilenos como Jefe Supremo de la guerra; en muchas ocasiones, atacando o defendiéndose en su continua lucha contra el Civilismo. Don Nicolás es un modelo de



republicano, solía repetir el señor Ortiz de Zevallos, descendiente de los Tagle y los Vidaurre, de la más rancia aristocracia virreynal, pero partidario de Piérola. El señor de la Riva Agüero, joven de veintitrés años, había escrito que Piérola tenía razón en muchos de sus planteamientos. Y el señor de la Riva Agüero no se equivocaba, era Marqués de Aulestia.

Don Nicolás había estudiado en el Seminario de Santo Toribio, en el que permaneció casi seis años, precisamente cuando ingresaba a él don Manuel González Prada, su adversario radical. En Europa y durante el trato con algunas amistades francesas, había adquirido el dominio del idioma y de la cortesía parisiense. Era un pecador creyente. Los frailes lo sabían pecador, pero les interesaba más el creyente, don Nicolás usaba términos "gráficos". Alguna vez llamó a la parte trasera de una mansión la culata de la casa. Otra vez, sin mencionar a Buizot, repitió con énfasis una frase de éste: "Por más que os empiñéis, nunca llegaréis, a la altura de mi desprecio". Y cuando alguien quería llamar demasiado la atención decía que "estaba con hipo de notoriedad".

El hombrecillo hablaba con autoridad, destacando las sílabas, lo que resaltaba más su tono nasal. Estaba acostumbrado a mandar. Había tomado la responsabilidad, años atrás, de deterrar al militarismo y lo consiguió a costa de veinte mil cadáveres, sembrados a lo largo del territorio poblado entonces por sólo tres millones de seres hablantes. En Lima habían caído dos mil entre montoneros, militares y curiosos. Antes, cuando era un hombre de cuarenta, sublevó su batallón y se dirigió a Lima, abandonada por el Presidente de la República. El recluso Piérola se hizo del gobierno y afrontó con pésima fortuna una guerra ya decidida, durante los dos años siguientes. Había dado pruebas de audacia y tesón. Metido en un bote pescador, desafiando a las olas de un mar nada cortés, como el del Sur, acompañado por su amigo Guillermo Billinghurst, salió del destierro en Chile y se convirtió en insurrecto del Perú. El hombrecillo hablaba con voz de mando. El lego le escuchaba como quien oye el sermón de tres horas en día de Viernes Santo. Había sido un caso de precosidad y de ambición. A los 30 ministro de Hacienda, aceptó la cooperación de Enrique Meiggs, aquel yanqui iluso pero pragmático, a quien confió la tarea de unir la costa con la sierra a través de un ferrocarril inverosímil.

El lego le anunció que el doctor Flóres iría a verle.

El estrepitoso cacharro semoviente marcado con la palabra Renault yacía plácido, como una bandera sin viento, a la puerta del Convento de San Francisco. Su dueño había atravesado la plazuela y llamado a la campanilla de la sacristía.

Dos zambos con el sombrero hasta las orejas, embozados en sendas bufandas, sospechosamente del mismo color, o incolor (un carmesí tornando a ocre), se acercaron al artefacto:

—Estas son cosas de gringos... yo prefiero el caballo.

—Yo, el coche.

—Aquí le remecen a unos los riñones y se las sacan sin saber cómo.

—Con razón don Flóres anda con esa nariz de rocoto sudado.

El doctor Flóres había traspuesto una cancela y se había hundido en los misterios del convento.

Los claustros eran altos; entre columna y columna el aire silbaba dulcemente. Los muros lucían grandes y devotos murales sobre la vida del santo de Asís. Ahí se le veía elegante, como hijo de rico mercader. Más allá, discutiendo con mujeres y hombres. Por allá de rodillas recibiendo el sagrado estigma. Por aculla, conversando con el lobo de Gubia, "el terrible lobo" que diría Rubén Darío. ¡Oh, Dios! Rubén no había escrito aún sus maravillosos "Motivos del lobo". Descalzo, con tosco sayal anudado al talle por blanco cordón de mendicante, San Francisco colmaba de bendiciones a los menesterosos.

—Pase, por aquí, doctor, el padre Pérez le espera.

El padre Pérez es don Nicolás. El doctor era liberal y pariente de Durand, la "bete noire" del pierolismo derrotado.

—Primero, noticias de Isaías, don Nicolás. Lo he visto ayer; tuve que hacer mil quimbas en mi automóvil para despistar a los soplones: felizmente andan a pie o en tranvía... Isaías está bien. Un poco gordo y de mal humor, pero bien. No corre peligro. Nadie sospecha dónde está. Si entrasen a la casa no podrían llegar hasta él; dice que se cuida usted, don Nicolás, y que esté preparado para recibir una noticia estupenda: Leguía no llegará al poder. Bueno, esto es lo que cree Isaías, pero a mí me parece que...

—Prosiga su relato, doctor Flóres, después oiré su opinión.

—...Bueno, Isaías cree que entre liberales, demócratas y civilistas de viejo cuño hay suficiente para impedir que Leguía suba.

—Isaías, ese muchacho está loco. ¡No tiene sentido lo que usted le atribuye! Por el momento hay que conservar la normalidad para que el partido se mantenga unido y fuerte, listo pa-

ra acometer apenas Leguía se empieza a debilitar. Tendrá que solicitar la colaboración de los partidos, y se la negaremos si no acepta nuestras condiciones. El civilismo debe concluir. Pero nada de motines ahora. Yo sé lo que es un motín. Créamelo, doctor, dígale a Isaías que se cuide, que no se deje agarrar y que ya verá cómo andan las cosas. Pero que no se deje arrastrar por la pasión.

—Vea usted, don Nicolás, hay que dejarse de zonceras: don Augusto es muy ladino.

—¿Qué Augusto? ¿Su pariente Durand?

—No, don Augusto Leguía: yo que soy su médico...

—¿Cómo? ¿También es médico de Leguía?

—¿No lo sabía usted? Yo soy médico de quién solicite mis servicios, ese es mi deber.

—Ay. Valiente deber... Preferiría no haberlo oído doctor.

El doctor Flóres se recogió por un segundo: —Saque la lengua, señor de Piérola... Claro, saburrosa, amarillenta... hígado malo... necesita purgante... Ya me lo figuraba. Aquí come usted demasiado y lo que no le conviene. Comida de frailes.

—Respeto, señor doctor.

—Yo soy su médico, don Nicolás, como lo soy de ese Augusto y de este Augusto, y de Isaías y de Amadeo. Nada, nada: aquí le tengo una receta: llantén, agua de boldo... Mañana temprano una ración de sulfato de sodio con café cargado... Quedará como nuevo. Nada de purés ni de frituras. Asado y ensalada, sopa de cabellos de ángel, una gelatina de pata, té ralo... Y camine por el patio lo más que pueda. Eso lo curará del todo. Me marchó, volveré dentro de tres días. Hasta la vista au revoir, cher maitre.

—Au revoir Monsieur le docteur.

—Ven, ven, ya sale el matasanos, acércate para oír lo que le dice al portero...

—Volveré esta semana: el padre Pérez está fuera de peligro, cuídelo bien, hermano y haga que cumpla lo que le he prescrito.

Chirriaron los fierros, refunfuñó el motor, saltó un chorrito de agua por la parte delantera, el doctor Flóres se encajó el guardapolvo color avellana, se metió la gorra hasta las orejas, bajó los anteojos sobre los que siempre llevaba montados en la nariz, dio vueltas a la manivela, movió unas palancas, sonaron unos estallidos de sospechosa semejanza intestinal y, mugiendo y acezando como un toro de lidia, el historiado Renault partió hacia la calle del Milagro.

Desde una ventana a media altura, donde sonreían gera-

nios y jazmines, asomó la cabezota de un hombrecillo pequeño, anteojado y anguloso, con algo de feto y mucho de lombriz. El doctor Flóres saludó con la mano, al desgaire, como si bendijera algo invisible. El cabezotas se hundió tras la ventana como un duende sorprendido.

—¿No vio usted, compadre, el gatazo que salió a la ventana? Se asustó con los pedos del automóvil del doctor...

—Me pareció que era don Amadeo.

—Ni que fuera loco: ¡esconderse en su propia casa!

La calle del Milagro quedó atrás, sombreada por la humareda que despedía la culata del auto del doctor. Dando tumbos sobre la calzada se encaminó hacia el Puente de Balta y la Plaza de Acho. De las casas brotaban racimos de palomillas para ver pasar aquel extraño aparato atronador y humeante.

—¿Quién se mete en esa batidora?, comentó el compadre Polanco. Se le remecen los sesos como si fueran castañuelas...

—Es el doctor Flóres, el montonero. Entonces: ¡Viva Piérola, carajo! ¡Viva Piérola, carajo!

Del fondo del callejón de don Andrés surgió un estentóreo y coreado: ¡Viva! El doctor Flóres se puso encarnado como una guinda: ¿Y por que no vivan a Durand, esos carajos? —¡Viva Piérola carajo! Había regresado la hora del carajo impune y ensordecedor: traspiraba ira y exasperación.





## CAPITULO IX / NI DE HORCA NI DE CUCHILLO

El abuelo entró ligeramente arrebolado. El era de tez rosácea, lo que rimaba a maravilla con sus ojos azules. Pero estaba un poco más colorado que de costumbre. Caminaba sin anteojos, tenía medio deshilachados los bigotes blancos, quemados en las puntas. La poderosa nariz roma, sudaba un poco. Golpeaba el bastón como cuando quería anunciar un acontecimiento especial.

—Niña, niña, vamos a tener fiesta. La abuela, sentada en su butaca, con el rosario entre los dedos, lo miró con fingida indiferencia.

—¿Qué te pasa, estás bebido?

El abuelo sonrió como un gato: —He traído cuatro entradas para la tribuna de honor del domingo.

—¿Qué tribuna es ésa?

—La del Cementerio, para la Cripta.

—Ave María, tribuna en el cementerio... ¿Qué te han dado, hombre?.

El se sentó con paciencia y explicó. El domingo se inauguraría la Cripta de los Héroes, última obra que hacía el Presidente Pardo antes de salir del gobierno. Como a su hermano, el del abuelo, lo mataron los chilenos en la batalla de Miraflores y, como lo iban a sepultar en la Cripta, él, como familiar de un héroe debía asistir en calidad de invitado: —Además, tú sabes, mujer, tengo derecho como Cajero Fiscal a otras dos entradas. Aquí hay cuatro. ¿Quieres ir?

—Estás loco Remigio: yo no voy a otra parte sino a la iglesia. Qué tengo que ver yo con esos menjurjes. Tu hermano ha estado olvidado más de veinte años, y ahora se acuerdan. . .

—Más vale tarde que nunca, mujer.

—Ea... anda tú y lleva a alguien.

El abuelo se rascó la cabeza, bailó un segundo y se dio media vuelta: —Tú, dijo, que te alisten un vestido elegante, tú vienes conmigo a la ceremonia. Y, claro, los novios. Carmen Rosa, mira, muchacha, dile a tu pretendiente que lo invito contigo, naturalmente.

Carmen Rosa voló a la ventana a esperar el paso de Torres. Era cerca de mediodía y era jueves.

Como de costumbre, Víctor asomó por la consabida esquina de Pilitricas. Cambió saludos y chanzas con el pichín de la bodega. Cruzó la calle. Había algo de sol. Ella ondeó la mano desde la ventana; él se acercó, cetrino como siempre y pomuloso. ¿Cómo has estado mi amor?

—Tengo una noticia grande. El abuelo nos invita..., fijate bien, a asistir a la ceremonia de la Cripta de los Héroeos.

—Huy, habrá que sacar el chaqué.

—¿Acaso tienes uno?

—Sí, pero tengo que orearlo, huele a naftalina.

El domingo a las nueve de la mañana, el abuelo estaba enfundado en su levita, con solapas de seda, ceñida, luciendo su doble abotonadura. Coronaba su cabeza un luciente tarro de unto o chistera. Se apoyaba en su bastón de puño de plata; no llevaba los anteojos puestos. Esperó en la reja. Yo salí con un casacón azul, cuello postizo, duro, corbata de lazo, de seda, grande; medias largas, botines negros con pasadores; también tenía un bastón pequeño entre mis manos. Carmen Rosa lucía rozagante y alegre. Torres, en eterno ejercicio, cruzó la calle, también con levita negra.

—¿Cómo y... el chaqué?.

—Había que zurcir una picadura, y la levita está más a tono.

—Estás muy buen mozo. Víctor sonrió: le parecía un elogio justificado.

El abuelo ordenó: —Que el negro vaya por un coche: lo encontrará en la Plazuela de San Juan de Dios. El negro Florentino partió a la carrera, mordiéndose la lengua como perro en celo.

El problema en el coche era un poco serio. Florentino trajo un coche cerrado, una berlina. Abrió la portezuela con aire de asombro, girando los ojos negrísimos en la ancha y medio amarillenta córnea. El abuelo hizo subir primero a Car-

men Rosa, que ocupó el asiento trasero al lado izquierdo, luego subió él, que se sentó junto a la nieta; en el asiento del frente nos acomodamos Torres y yo. El auriga hizo resaltar la fusta. Comenzamos a mecernos escandalosamente. El empedrado era atroz. Enfilamos por Boza para seguir por el Jirón de la Unión; había que lucirse: Carmen Rosa sonreía encantada; Víctor parecía un pájaro insomne. Yo me aferraba a la barandilla de mi lado para no salir proyectado por la ventana que había en cada puertecilla. El pavimento del Jirón era de piedra de río, pero bien asentadas; sin abismos ni picachos. Cuando entramos por la Buena Muerte al barrio de Maravillas, el coche empezó a rebotar y los caballos a soltar todo género de olores. La cabina del coche parecía una montgolfiera. Desde la Plazuela del Santo Cristo se tendían los cordones de tropa. Los largos cañones Schneider Canet, montados en sus cureñas y los armones enganchados a los caballos ofrecían un aspecto bélico.

—Esto ha costado un dineral... pero a mí me gustan más los krupp, con ellos ganaron los alemanes a los franceses, aunque yo adoro a Francia, Torres asentía sin comentario. —Pedro dice que tenemos un ejército en pie de guerra. Ahí está en efecto, el general Pedro Muñiz pasó, jinete en un caballo de gran alzada, con uniforme de gala de general de brigada, con bicornio de pluma blanca. Se le veía tostado y animoso. Le precedía un soldado con banderín en asta; le seguían cuatro ayudantes con entorchados. Algunos aplaudieron. Muñiz pasó impávido revisando la formación.

Dos baterías de artillería de montaña se desplegaban en la Plazuela del Santo Cristo; otras dos montaban guardia en la tercera puerta del Cementerio. Paró el coche. Descendimos trabajosamente. El abuelo encargó al cochero que esperase o volviera a una hora determinada. El cochero decidió volver: así ganaría haciendo unas cuantas carreras de venida. En la puerta nos pidieron las tarjetas de invitación; los funcionarios de frac saludaron al abuelo: —Pase usted, don Remigio, tribuna de la derecha, la segunda, fila primera. Ahí le indicarán sus asientos.

Aquello parecía un cuento de hadas; sólo hacía falta Blanca Nieves. Instintivamente miré a Carmen Rosa. Sonreía encantadoramente al aire, al cielo, a no sé qué: mañana inolvidable.

Su Excelencia recibió los últimos "partes" sobre la fallida intentona revolucionaria de Durand y la actuación decisiva y resuelta del maquinista Henry Ward ¡gringo lindo! Al comienzo lo habían pintado como entusiasta cómplice de los insurrectos. No



era así. Al contrario. El gringo Ward había dejado sin locomotora al convoy de la sierra en el que bajarían los montoneros, y dio aviso de lo que sucedía. —Ese gringo vale en oro lo que pesa, comentó Su Excelencia.

El Coronel Huguet acotó sonriendo: —Entonces vale poco. Está muy flaco... Un poco más que yo. Nos hemos librado de una buena, porque en eso debe andar metido Piérola y seguramente su hijo Isaiás también.

—No se sabe, comentó el Prefecto de Lima con sagacidad profesional. Era un señor de mediana estatura, cara larga, un tanto macilento. —Mire usted, Rodríguez del Riego, yo los conozco, y mi padre los conocía mejor, digo, a don Nicolás...

Había empezado el invierno. De la torre de los Desamparados llegaron los tañidos de las campanas. Tres toques. Todos los conversantes se llevaron la mano al reloj para cotejarlo con el de la torre. —Ese reloj anda medio loco. El que van a instalar en la Estación cuando la nueva planta esté concluida, será estupendo. Se escuchaba el silbato de un tren. Entraba el fresco por las ventanas que daban al río. En el jardín vecino se movía suavemente la histórica higuera de Pizarro. Las habitaciones eran amplias y de ventanas bajas; se las podía alcanzar desde la calle. Se explicaba por dónde y cómo habían podido escapar de los almagristas, casi cuatro siglos atrás, los parientes y concertulios del Conquistador.

Su Excelencia vestía sobriamente. Estaba de gris. La estatura, menos que mediana, acrecentada por los insolentes tacones de los botines puntiagudos, era proporcionada. El cabello, antes abundante, se le había fugado de las sienes; el bigote compacto y retorcido lucía intempestivas canas. Facciones regulares, casi hermosas. La mirada imperiosa de los ojos oscuros y el gesto fuerte del mentón avanzado, se atenuaban con un ademán cortés y una sonrisa a veces un tanto triste. Frente a él, de pie, su joven secretario. No era un modelo de belleza: de color ocre, facciones como esculpidas con premura, los ojos vivaces y brillantes, imitaba la congénita arrogancia de su amo. —Ven, Concha, necesitamos acelerar los trabajos de la restauración del Palacio Legislativo y de la Cripta de los Héroe: debemos terminarlos antes de irnos. —Se avanza rápidamente, señor... —Hoy nos toca asistir a la Sesión inaugural del Instituto Histórico: el señor Polar está muy interesado en ello... ¿Qué hay de la Escuela Normal?

—Todo en regla, Excelencia.

Su Excelencia, José Pardo, levantó los ojos al muro de enfrente. Sobre su tono gris claro resaltaba un gran retrato de su

padre, pintado acaso por Monboisin. Don Manuel, su padre, había sido también Presidente de la República. Se le veía sentado reposadamente ante una mesa. No parecía de más de cuarenta años. Era robusto, pero a la par había algo tierno en su expresión. Fue dura la vida para él. Pese a su apellido y a sus bienes familiares, se había formado en el trabajo, ya en la hacienda, regando la tierra, a veces manejando el azadón, o ya en la fábrica de tejidos, ya en la Contabilidad. Había hecho estudios y negocios. Creía en el porvenir industrial del Perú. Prematuramente le atacó un grave mal en los pulmones, tuvo que recluirse en Jauja, donde, según la creencia popular, era fácil que sanasen los tuberculosos. Creyó firmemente que el militarismo era el peor enemigo del progreso y que precisaba sustituir el caudillismo por un régimen civil organizado. Fundó, con el doctor Toribio Ureta, el Partido Civilista, y se enfrentó al continuismo castrense que pretendían imponer el hermano del coronel José Balta y los hermanos Gutiérrez, uno de ellos Ministro de Guerra de Balta, y los otros tres jefes de sendos regimientos. Pardo luchó bravamente en los comicios. Para cerrarle el camino, el hermano de Balta y el propio Presidente fueron apresados por los Gutiérrez, quienes se proclamaron amos del Perú. Pardo se refugió en la escuadra, teniendo a su lado al joven y valeroso comandante Miguel Grau. El pueblo de Lima respaldó al líder del civilismo. Los Gutiérrez, tres de ellos, fueron asesinados, colgados de las torres de la Catedral, en aquel luctuoso julio de 1872. Así subió al gobierno y tropezó con cien revoluciones encabezadas por Piérola. Fue una lucha entre dos hombres jóvenes, ambiciosos y dinámicos. Pardo, terminada su presidencia, fue electo senador. Presidió el Senado cuando el disparo traidor de un sargento le cortó la vida. Al año siguiente estallaba la guerra con Chile. Piérola se convirtió, mediante un golpe de mano, en Jefe Supremo de la Nación.

Su Excelencia masculló, como quien vuelve de un sueño: —Piérola, siempre Piérola. Los Pardo y los Piérola se venían midiendo desde hacía cuarenta años. De nuevo surgía la vieja enemistad.

—Dicen que la lata vapor del doctor Flóres para mucho en la Plazuela de San Francisco... ¿Lo sabe usted, señor Prefecto?

—Sí, es exacto —contestó el Prefecto— pero igualmente es exacto que el doctor visita a sus enfermos en el Convento de Belén, en La Merced, en la Recoleta, en la Bomba France y hasta en la... Escuela Militar. Flóres es un médico muy reputado, tiene automóvil y hasta habla muy bien francés.

—Tout compris, —socarroneó el secretario Concha. Sonrieron satisfechos del chiste. Se había salvado la situación.

Don José dijo melancólicamente: —Concha, hay que mandar el retrato, el de papá, a casa. —Los ojos le brillaron por un segundo. Se puso de pie. Había empezado a llover tenuemente. El jardincito de Pizarro se oscureció de pronto.

El arquitecto Roberts había trabajado con terrible denuedo. Pequeño y grueso, con una barbiche rojiza, vestido con traje de taller, iba y venía por la alameda central del Cementerio. Al fondo, se levantaba ya la redonda mole de la cúpula de la Cripta de los Héroes, coronada por alta cruz. Había un parecido entre aquel edificio y el Pantheon de París y, por dentro, la penumbra que translucían sus vitrales evocaba Les Invalides. Era el mismo modelo.

El Presidente Pardo había resuelto sepultar ahí a los héroes de la guerra con Chile. Había que presidir el cortejo con lo que quedaba de Grau: una pierna y unas reliquias devueltas por Chile, y con los restos de Bolognesi. Había que buscar los de Alfonso Ugarte, los de tantos caídos en la defensa de Lima. La ceremonia inaugural estaba proyectada para poco antes de que Pardo concluyera su período. Las representaciones diplomáticas extranjeras habían sido invitadas. La de Chile había anunciado que enviaría una corona de bronce. El Ministro de Chile, el señor Echenique, pariente de los Echenique del Perú, hombre de mundo, rico, campechano, perspicaz y gordo, había anunciado a la Cancillería de Lima que tenía la susodicha corona en su poder. Pero eran malos días para una reconciliación auténtica. En las provincias de Tacna y Arica, sometidas temporalmente a la autoridad chilena, se llevaba a cabo una agresiva política de chilenización. Los regnícolas salían por centenares desposeídos de sus bienes. La prensa limeña denunciaba los actos como una provocación. Don José Pardo consultó a su Ministro de Relaciones Exteriores, hombre precavido, le contestó impasible. —Tal vez, Excelencia, lo mejor sería dejar que el nuevo gobierno resuelva esta cuestión: nosotros inauguramos no más la Cripta, sin ofertorios de nadie. . . por ahora. Su Excelencia aprobó la sabia propuesta del Canciller.

Llegó el día de la inauguración. Desde la tercera puerta del Cementerio hasta cerca de la puerta de la Cripta se levantaban dos hileras de tribunas. La Escuela Militar, de boina alpina en

la cabeza, trajeados de azul oscuro, con bandas de resistencia envolviéndoles las piernas, formaba en fila de honor. En el tabladillo esperaban los senadores, diputados, Vocales de la Corte Suprema, altos funcionarios civiles y militares. Las compañías de bomberos con sus coloreados uniformes daban realce a la ceremonia. La Misión Militar Francesa, con sus pantalones rojos, destacándose entre ellos la coraza y el casco plateados del coronel Dogny, pasó marcialmente hacia su emplazamiento.

La policía, de uniforme azul y escarpines blancos, custodiaba los alrededores.

El Presidente Pardo pasó majestuosamente por entre las dos tribunas. La gente aplaudió entusiasmada. Circulaban unos programas en forma de folletos, sujetos por cintas bicolors. Tenían como inscripción: Gloria Victis. El Presidente lucía terciada al pecho la banda también bicolor, símbolo de su rango. Los Ministros ostentaban sendas fajas también rojo y blanco. El Ministro de Guerra era un hombre alto, gordo, con una cicatriz cerca de un ojo: vestía de frac azul cerrado sobre el pecho y recamado de oro, pantalones bombachos color rojo; el sombrero de dos picos adornado con una pluma blanca.

Los miembros de la Misión Francesa se cuadraron ante el General Muñiz.

De pronto, cuando todos ya ocupaban sus puestos, un clarín rasgó los aires con su agudo son. A la puerta del Cementerio aparecieron los primeros féretros. Un cortejo de soldados portaban sobre sus hombros las cajas conteniendo los restos de los héroes. Todos los asistentes se pusieron de pie. Las bandas atacaron el Himno Nacional. Un coro espontáneo e impresionante se elevó en el Cementerio.

—El Presidente también canta —dijo una señora emplumada que ocupaba la tribuna número uno. —Ahí está Cáceres—. Un general, de pluma roja, alto, de patillas blancas, erguido, saludaba marcialmente. Junto a él, otro general, también de pluma roja, de cara achatada, bigote blanco y copioso, acompañaba el canto. —Ese es Canevaro... pagó de su peculio un batallón durante la guerra—. Los héroes cantaban. El luctuoso cortejo ocupaba toda la Alameda. Al entrar en la Cripta, en cuya puerta los recibía un alto prelado de la Iglesia, con todos sus arreos —sobrepellices, bonetes, solideos— los cañones de la artillería de montaña empezaron a disparar la salva de reglamento. Junto a los pequeños y gritones cañoncitos encargados del saludo, los pesados y largos Schneider Canet, uncidos a sus carros miraban con indiferencia lo que sucedía en derredor.

—Desde hoy, nuestros héroes tienen casa propia —dijo un veterano con la voz deshecha en lágrimas.



—No han recibido la corona de Judas —comentaba una señora añosa y brava.

La ceremonia terminó con una proclama patriótica: “Desde hoy, los que dieron la vida por la Patria tienen... El sol de los muertos... Las manos de la gloria... el beso de la inmortalidad... ¡Viva el Perú!”. Amén.

Al fin, el día de la Virgen de Las Mercedes, Patrona de las Armas del Perú, llegó a su término el gobierno de don José Pardo, para dar paso al de don Augusto B. Leguía.

El nuevo Palacio Legislativo, con andamios en parte de su fachada, se abría en el local de la antigua Universidad de San Marcos, en la Plazuela de la Inquisición. La portada, muy clásica, remataba en un friso en el que, como era de cajón, la República disfrazada de mujer yacente, digo, medio decente, llevaba gorro frigio y usaba perfil griego: toda una república chola, muy peruana, medio india, como se ve. Traspuesto el umbral, después de subir una escalinata de doce gradas divididas en dos tramos, se entraba al amplio y alto pasillo de los Pasos Perdidos. Tres enormes lámparas de Bohemia iluminaban con sus innumerables focos la escena. El salón del Congreso se hallaba en el ala izquierda.

Desde el Palacio de Gobierno, por las calles de Zárate, San José y Arzobispo, hasta llegar a la Plaza de la Inquisición, se tendían filas de soldados listos para presentar sus armas a los gobernantes de la República.

Del patio principal de la Casa de Pizarro, en varias carrozas de gala, por la puerta que da a la Plaza de Armas salieron el Presidente cesante y sus ministros. Las carrozas eran estilo siglo XVIII, más versallescas que londinenses. El auriga, con levita verde galoneada, llevaba media chistera negra, pantalones blancos a la rodilla, medias blancas, zapatos negros. El lacayo junto a él vestía igual. En la parte trasera de la carroza, otro lacayo vigilaba el movimiento de los señores.

La carroza era seguida por varios jinetes. Los troncos eran bellos. La primera llevaba cuatro caballos; las otras dos. En la primera iba el Presidente Pardo con el Presidente del Consejo de Ministros y el Jefe de la Casa Militar. Las tropas presentaron armas, al acorde de la Marcha de Banderas.

Poco antes, en un landó tirado por un tronco magnífico, había salido de su residencia en la calle Pando el nuevo Presidente, don Augusto B. Leguía. Llegó al Palacio Legislativo entre algunos aplausos y ninguna fanfarria militar. Vestía de frac. Un

funcionario y una comisión de parlamentarios lo recibió y lo condujo hacia adentro, en espera del Presidente Pardo. Las bandas militares anunciaron la cercanía del cortejo oficial. El nuevo Presidente esperaba sentado en primera fila en el hemiciclo. El Presidente entró solemnemente a los acordes del Himno Nacional; los parlamentarios, todos de frac, se pusieron de pie. Entró con firme paso, subió al estrado donde le esperaba el Presidente del Congreso.

Pardo leyó un corto discurso. La voz de su Excelencia sonaba con firmeza y hasta con cierto énfasis. Aludió con sobriedad y elegancia a los intentos revolucionarios. Habló de armonía y progreso. Después, solemnemente, se sacó la banda presidencial y la ciñó al Presidente del Congreso. Mientras ya el ex-Presidente descendía del estrado entre los aplausos de la concurrencia, puesta de pie, el Presidente del Congreso llamó al Presidente electo. El señor Leguía, pequeñito, cenceño, sonriente y sereno subió al estrado. Naturalmente entre una salva de esperanzados aplausos. Prestó juramento del cargo, recibió la insignia presidencial y leyó un discurso.

—Es un milagro que haya podido hablar tanto, cuando no tiene nada que decir ni en nombre de quién decirlo —murmuró el senador Barrios al oído de su colega Luna.

Este, sonriendo mefistofélicamente, respondió: —Sería bueno darle cuerda, a nuestro gusto—. Se miraron con malicia.

El nuevo Excelentísimo señor salió del Congreso en la carroza presidencial. El señor Pardo se retiró a su domicilio de la calle Santa Teresa en su coche particular, tirado por dos excelentes caballos, acompañado por su esposa. Las tropas rendían honores al señor Leguía que saludaba con la chistera en alto en gesto amplio y señorial.

—Qué narigón y chiquitito —comentaba una mujer del pueblo.

—Chiquitito como un gallo pero aguanta como un caballo, dijo otra.

El cortejo llegó a la calle Arzobispo. En la esquina de Pescadería, justo cerca de la Intendencia, de un grupo de personas, frente al restaurante "Cordano", partieron varios: ¡Viva Piérola, carajo!

Leguía los saludó como si fuera un hosanna.

Esa noche, en la calle de Pando, hubo comida de mantel largo. Don Augusto estaba fatigado pero feliz. Su primer Ministro, su primo hermano Eulogio Romero Salcedo, hombre pequeñito de estatura, de largas orejas y ojos viudos, hizo un comentario: —Debemos ser cautos y clementes. Piérola es buen cristiano, pero a veces se deja arrastrar por el demonio.

El Ministro de Instrucción, don Manuel Vicente Villarán, pequeño también, calvo y achinado, expresó su opinión favorable al imperio irrestricto de la ley.

Su Excelencia escuchaba atentamente. Se volvió luego a su esposa: —Julia, ¿no crees que ya es hora de sentarnos a la mesa?

—A este hombre no le abandona el apetito en ninguna circunstancia, dijo Romero.

—Ni el sueño— agregó el Comandante Alfajeme, que formaba parte de la nueva Casa Militar.

En el reloj de pie, un mueble inglés que se hallaba en el comedor, sonaron ocho campanadas. —Se nos ha hecho tarde, dijo doña Julia Swayne.

—Así habrá más apetito, aunque la mesa es bastante pobre, agregó Su Excelencia. Al menos hasta aquí no llegará Isafás —añadió con cierta malicia.

Todos celebraron la broma. Se empezaba de buen humor. Como siempre.

## CAPITULO X / CONCILIACION

Me habría gustado penetrar ese mundo refinado de maneras y selvático de instintos bajo cuya imperiosa batuta desenvolvía sus días Lima, digo, el Perú al acercarse el final del primer decenio del nuevo siglo. Los problemas eran más domésticos que públicos. Adquirían publicidad en virtud de que comprendían a mucha gente y que se desarrollaban también en el exterior. Hasta el colegio llegaba el efecto de tal situación. Los maestros, buenos franceses y algunos españoles, varios de aquéllos pertenecientes a la vieja nobleza provincial, especialmente bretona, tenían a su alcance, bajo su tutela, a los hijos de los principales actores de aquel ballet de tan grande altura, pero recibían también a una numerosa clientela de clase media que deseaba alcanzar un nivel de educación capaz de ponerlos en no desventajosa competencia con los herederos de las familias próceres de la República. De hecho, jugaban en el mismo patio y compartían sus estudios con nosotros, miembros fieles de la mesocracia, unos hijos y sobrinos de los Pardo, un sobrino de Piérola, un hijo de Osma, un pariente de Durand, ninguno de Leguía. Los de éste habían sido alumnos de un colegio laico, dirigido por un alemán de acuerdo con la tradición escolar de don Augusto, ex-alumno del Colegio Inglés y Alemán de Valparaíso.

Los ecos de la pelea externa morían ante las paredes del Colegio. Hijos de banqueros, mineros, hacendados, repatriados de Tacna y Arica, empleados, comerciantes, forasteros, algunos ingleses, muchos franceses y hasta algún chileno, discurrían y peleaban bajo las arquerías de un patio grande, por los vericuetos de la huerta robando guayabas y tirando piedras a los go-



rriones.

Mi padre contaba que había surgido un espíritu de comprensión y que sería posible que hubiese amnistía total, saldrían los presos de sus cárceles y los fugitivos de sus escondites. Eso implicaría la libre circulación de los Piérola ocultos y de los revolucionarios de Durand.

—Los Pardo no ven con buenos ojos eso de la conciliación, pero parece que el beato Eulogio Romero, que ha sido amigo de don José y ahora es Ministro de su primo, tiene la seguridad de convencerlos.

—Villarán también debe andar en eso —dijo el abuelo—, lo conozco muy bien, igual que a su padre; tienen la manía de la ley.

La faz externa del gobierno era que nada había cambiado. Leguía continuaba como un fideicomisario del civilismo. En las Cámaras apuntaban ya, desde tan temprano, potenciales candidatos a la sucesión de Leguía. Pardo encastillado en su casa de Santa Teresa parecía el Rey, Leguía el Virrey. Los mentideros del Jirón de la Unión seguían su mismo ritmo.

En la puerta de Broggi y Dora, en la calle de Mercaderes, el burro Pérez, trajeado de claro con un clavel en el ojal, bien peinadas las chulapas que le cubrían el borde de las mejillas hasta la boca, denunciaban la singularidad del personaje. El joven Luis Varela y Orbegoso, redactor de **El Comercio** compartía las confidencias políticas y eróticas de Pérez. No bien pasaba una mujer algo bravía, el “burro diputado” se encendía de deseo y se derramaba en piropos. La muchacha lo miraba de reojo, escuchando muy bien los galanteos y contenía la sonrisa.

—Gua, qué lisura— balbuceaba alguna.

El “burro” levantaba el bastón y emprendía la persecución como si fuera un chiquillo. La verdad es que arrastraba algo los pies. Los levantaba con esfuerzo.

El edificio de La Colmena parecía oscurecido. Don Nicolás continuaba ausente. El automóvil del doctor Flóres visitaba dos veces por semana a su imaginario enfermo, el Padre Pérez, en el Convento de San Francisco. No se sabía dónde estaba Isaías. Durand no había regresado de Chile. Don Alberto Ulloa, el Director de **La Prensa** había vuelto a arremeter contra el gobierno, pidiendo amnistía. Leguía respondía con su programa de conciliación. Era algo más constructivo, más duradero y menos obligante.

—Leguía dará la amnistía, don Nicolás aceptará la conciliación.

—Con tal que Isaías no nos salga con otro domingo siete...

Un joven pierolista de alto abolengo republicano, José Gálvez, había sido proclamado Poeta de la Juventud. El 23 de se-

tiembre se celebraba oficialmente la Fiesta de la Primavera. Los universitarios salían en victorias a recorrer el centro, para ir a parar en un almuerzo en el "Cardinal" que se hallaba en Espaderos y tenía una cocina excelente.

Gálvez, el poeta, era desgarbado, elocuente, bondadoso, y alegre. Se había constituido un Centro Universitario. Los estudiantes iban a jugar billar, póker y a la quina. La cantina era parca: cerveza Pilsen, pisco de Malatesta, guinda de Zunini, guindones y orejones en aguardiente, bebida "fatta in casa": dirigían el Centro jóvenes de familias "comme il faut" de la "creme" civilista: Juan Bautista de Lavalle, Felipe Barreda y Laos, José de la Riva Agüero (los tres parientes de los Pardo), Constantino Carvallo, Héctor Marisca, Rómulo Botto, y Gálvez, el niño mimado de la juventud sanmarquina.

El Congreso había empezado ya a perturbar la paz octaviana. Don Antero, elegante y sobrio, en el Senado, aseguraba que Leguía era un cumplido caballero y, como buen hípico, tenía "sportmanship". Entre los diputados el asunto no se veía igual: nuevas promociones levantaban vapor para caminar solos. La influencia de Juan Pardo se había atenuado, pero la del "burro" Pérez se mantenía intacta. Había una fisura: el duelo Mariano Prado—Manzanilla a propósito de la propuesta ley de accidentes de trabajo. Se cumplía el cuarto año de debates. No había acuerdo. El civilismo se revolvía contra sí mismo. Leguía se abstenía, defensor él mismo de los empresarios.

—Leguía ha convocado a los dirigentes de los partidos para discutir la conciliación, eso quiere decir amnistía —murmuró Pérez poco entusiasta.

**La Prensa** pugnaba por la amnistía. Leguía se dejaba cortejar.

Por fin salió la amnistía. Los Piérola recobraban la libertad de acción. Durand podía regresar. Había que encaminarse a la conciliación nacional.

—Este chiquitín nos está resultando con ideas políticas muy especiales, sería mejor que se concretase a las finanzas.

—Ya es Presidente... manda.

Don Nicolás se había reintegrado a la casa del Milagro, a la misa de San Pedro, a la oficina de La Colmena en la Plaza de La Merced. En la cigarrería de Magan, en Espaderos, y en las Gotas Amargas Leonard se reunían los demócratas, a discutir y acaso a conspirar. Se habían cumplido los ocho meses de gobierno. Se vislumbraban conflictos con Chile, con Bolivia, con Ecuador. El Ministro chileno Juan Martín Echenique se había retirado, rompiéndose las relaciones entre ambos países, a causa

de que el nuevo Canciller, Melitón Porras, otro ex-combatiente de Miraflores, había rechazado la corona de bronce que el gobierno de Chile había enviado para que permanentemente velase los restos de los héroes en la Cripta de Lima.

Había terminado el verano de 1909. El otoño, con sus garúas y sus nieblas se acercaba también a su final. Concluía mayo. El calendario de casa señaló el 29.

Mi padre había salido como de costumbre a su trabajo. El abuelo tenía su oficina en Palacio, en el Ministerio de Hacienda. El Palacio de Pizarro tenía cuatro puertas: la principal, sobre la Plaza de Armas, conducía al patio donde se hallaban los Ministerios de Hacienda, a la derecha, y Guerra a la izquierda. También quedaba en ese patio Relaciones Exteriores. La puerta del costado derecho, sobre la calle de Pescadería, conducía al Ministerio de Gobierno, la Prefectura y la Intendencia. La puerta del lado izquierdo, sobre la calle de Palacio, o sea la puerta de honor, conducía al Ministerio de Justicia e Instrucción y, por el pasillo de la izquierda, a las Oficinas del Presidente. La puercecita de Desamparados, atrás, hacia el Puente de Piedra, era más bien una entrada privada.

A las dos de la tarde oímos un rumor, el clásico rumor limeño: cierra puertas: revolución. Todos pensamos en la amnistía y en Piérola. Mi padre llegó azorado:

—¿Ya vino el abuelo...? Han asaltado Palacio.

No había una sola puerta abierta, pero los vecinos todos estaban en los postigos entreabiertos. No se oía un disparo. En eso apareció el abuelo, con su chaqué, con su sombrero hongo y su bastón.

—Han asaltado Palacio, felizmente yo había salido un momento. No pude entrar... hay mucho balazo.

A las 2 de la tarde convergieron sobre palacio tres grupos de hombres, de diez individuos cada uno. Como quien no quiere la cosa ingresaron por las distintas puertas —excepto por la de Desamparados— y cuando estuvieron en sus puestos abrieron fuego contra los centinelas e, igual que los almagristas cuando asaltaron y mataron a Pizarro en 1541, se dirigieron todos hacia las oficinas del Presidente. En la puerta de honor, el coronel Gonzalo Tirado, sobreviviente de las montoneras de Piérola, cerró un tiro al centinela, el cholo Choquehuanca que, desde el suelo, disparó sobre su agresor y lo hirió mortalmente.

El grupo de esa puerta, armado de revólveres de distinto calibre, avanzó hasta la puerta del Cuarto de Edecanes. Salió a detenerlos el mayor Eulogio Eléspuru. Un tiro en la boca lo dejó sin habla y sin vida. Leguía estaba al alcance. Se apoderaron de él. En ese grupo iba Isaías de Piérola. El grupo en que

iba Amadeo de Piérola entró por la Puerta Principal y encontró nutrida resistencia desde los techos. El grupo que atacó la Intendencia, tuvo una merma: Orestes Ferro recibió un balazo de gravedad. Un soldado de la gendarmería, entusiasmado con la batalla, gritaba en quechua toda clase ininteligible de improprios a los asaltantes. Estos vivaban al Partido Demócrata y a Piérola. El nombre de éste era un imán. El Ministro de Guerra, que era don Pedro Larrañaga, hombre vigoroso y deportivo, se hallaba en su escritorio: no salió. La revista *Varietades* lo caricaturizó: un sillón se le había montado encima.

—Detengan el fuego, tenemos al Presidente —gritó con voz chillona Amadeo de Piérola.

En medio del patio, amplio y aún soleado, parecía un enano cabezón y agresivo. Llevaba rosario en el bolsillo y un diente en el chaleco, sobre el corazón. Empezó a salir el tropel por la puerta de honor.

—Augusto, yo voy contigo, dijo el Primer Ministro Eulogio Romero.

—No, ocupe su puesto y cumpla con su deber.

Era delicioso ese intercambio de cortesías y disposiciones administrativas bajo la mirada hostil, pero perpleja de los asaltantes.

—Yo voy con usted, a donde lo lleven, Presidente —dijo el Ministro de Justicia, Manuel Vicente Villarán.

Leguía, tratando de aparentar calma, respondió: —No está usted obligado, doctor Villarán.

—Lo estoy, señor Presidente, es mi obligación, soy su Ministro.

Isaías de Piérola irrumpió como un bólido: —Vámonos de aquí, carajo, llevémonos al Presidente como rehén, nadie disparará contra él... Vamos... pueden atacarnos.

—Sí, ya tenemos al sordo Tirado muerto, y Ferro gravemente herido.

—Vamos he dicho, a amarrarse los pantalones.

El grupo, engrosado por los que habían entrado por las otras puertas, salió rápidamente por la puerta de honor haciendo disparos. Pasaron sobre los cadáveres del mayor Eléspuru y del soldado Choquehuanca que descansaban sobre sendos charcos de sangre.

En el grupo, guardando las espaldas del Presidente, erguía su alta y solemne silueta el conocido pierolista José Carlos Bernal. Llevaba el revólver en la mano, los blancos escarpines abrigándole los pies, sombrero de fieltro duro con bordes ribeteados, bastón de malaca. Parecía salir de un "rendez vous" con un revólver en ristre. Leguía vestía saco gris, sombrero



hongo o tongo, corbata larga, cuello duro de palomita. Lo empujaban y apretujaban como si fuera un monigote.

Un negro que se acercó a su vera, trató de ponerse a su espalda gritando: —Ya, vamos, es hora de colgarlo.

Leguía tenía el rostro ligeramente crispado, pero se mostraba sereno: —Ministro váyase usted, hace falta en Palacio.

—No, Presidente, aquí debo estar y aquí me quedo.

Isaías capitaneaba el pelotón de unas cuarenta personas. Todas las tiendas habían cerrado sus puertas. Al pasar por Mercaderes, frente al local de **Varietades**, el propietario, el fotógrafo portugués Manuel Moral, tomó varias instantáneas. De la fotografía Courret, antes Garreaud, salió un ¡Viva Piérola! bastante galaico. El Jirón estaba vacío. Ni un guardia en las esquinas.

—¿A dónde me llevan?

—A firmar su dimisión.

Leguía caminaba en silencio, cogido de ambos brazos por sus captores.

El chalaco Núñez del Arco que iba muy cerca dijo: —Vamos a la Legación americana para que ahí renuncie.

La legación quedaba en la calle Belén: habría que cruzar la Plazuela de San Juan de Dios.

Un jinete en un caballo blanco que venía en sentido contrario se detuvo frente al grupo: —¡Un poco de cordura!, ¿a dónde llevan al Presidente?

—¡Quítese, carajo, si no quiere que le volemos los sesos!

—¡Salvajes!, ¿que van a hacer con el Presidente?

—¡Fuera de aquí, cojudo de mierda, fuera...!

El negro que ya estaba detrás de Leguía cogió a éste por el cuello y preguntó a toda voz: —¿Lo mato, don Isaías? Isaías de Piérola hizo un gesto de disgusto. Pasaron frente al edificio de La Colmena: de los balcones salieron vivas de Piérola. Nadie vivaba a Leguía. Nadie salía a defenderle. ¿Dónde estaba el ejército? ¿No era él su Comandante en Jefe? Ay, si fuera cierto lo que había circulado en días anteriores, que el general Clement, Jefe de la Misión Militar Francesa y del Estado Mayor Peruano, se hallaba de acuerdo con Piérola, que fue quien contrató a la Misión... Parecía cierto. Llegaron a **La Prensa**. De los balcones aplaudieron al grupo. Isaías saludó al grupo. Isaías saludó blandiendo el sombrero en una mano y el revólver en la otra.

El poeta Leonidas Yerovi se unió ahí a los revoltosos.

—¡Esto hay que verlo de cerca...!

De la casa de piedra, construida por los Dreyfus, vecinos

de los González Orbegoso, donde vivían los Dubois, relacionados con Leguía, sólo brotó un gran silencio.

En los balcones de los Odriozola parecía que hubiesen algunos vergonzantes ¡Viva Piérola, carajo! ¡Muera el civilismo!

—Pero, ¿a dónde vamos, don Isaías?

—Tuerzan por aquí, vamos a Pando, a la casa de Leguía.

Había pasado una hora desde que salieron de Palacio. Ni un guardia, ni un soldado. Pero, ¿es que la ciudad se había vuelto sorda?

En la esquina de Pando con Divorciadas, Isaías tomó nuevamente rumbo a la Plaza de Armas. ¿Subir de nuevo a Palacio? Pero, ¿estaba loco? No, no era a Palacio. El grupo caminó tres cuadras hacia abajo y se desvió hacia los Barrios Altos: se dirigían a la Plaza de la Inquisición, o sea la Plaza del Congreso.

—Buena, Isaías, eso es proceder con la ley— chanceó una voz.

—Vamos a la Plaza de la Inquisición, ahí, frente al Congreso, firmará su dimisión.

Eran cerca de las cuatro. Por fin llegaron al monumento a Bolívar. El caballo de bronce destacaba nítidamente su silueta cabriolante contra el gris del cielo.

Isaías ordenó: —Súbanlo al monumento.

El negro preguntó con sorna: ¿lo ahorcamos, niño Isaías?

Leguía sudoroso, con el tongo encajado, los puños de la camisa salidos, miró en su derredor: el Ministro Villarán seguía fidelísimo y valeroso con él. Ningún otro Ministro, ningún otro funcionario, ningún soldado.

—Va usted a firmar su dimisión a la Presidencia, y pronto —dijo Isaías, y se volvió a Núñez del Arco. Este desapareció para entrar en una casa de la Plazuela. Regresó al cabo de diez minutos con una hoja de papel: —Firme usted aquí.

Leguía miró el papel que le tendían y leyó: —No puedo firmar, la fecha está equivocada, no tendría valor.

Isaías saltó como si lo hubieran pinchado: —¿Qué dice usted? A mí no me va a meter el dedo en la boca, yo muerdo.

Núñez del Arco recogió el papel de manos de Leguía que los miraba muy serio y desencajado. Este dijo con voz firme: —Lea usted y verá: ahí dice 29 de noviembre de 1909 y hoy estamos a 29 de mayo. Ese papel no tiene valor.

Isaías echó una ojeada: —Carajo, corrijan eso al momento.

Un rato antes, al fin había aparecido una patrulla de caballería. Se detuvo, miró hacia el grupo y siguió su marcha por la calle de la Universidad hacia el Estado Mayor que quedaba a una cuadra.

—Ya empezaron a salir los soldados, ¿ve usted Leguía?, sus

soldados no le defienden. Están de acuerdo con la revolución. Apúrese Núñez, traiga la dimisión con la fecha de hoy, ¡apúrese, carajo!

Villarán se secó el sudor de su calva con un gran pañuelo. Leguía lo miró con intensidad.

El negro seguía gritando: —¿Lo ahorco, niño Isaías, ahorco al narigón?

Núñez del Arco se había ido para redactar una nueva dimisión. Leguía, Isaías, Villarán, estaban en la más alta escalinata del monumento a Bolívar. Desde ahí dominaban la Plaza. El alférez del piquete de caballería había seguido hasta el Estado Mayor.

En el primer patio se destacaba la alta silueta del bigotudo y rubio General Clement, rodeado de Jefes y oficiales: —Tenemos que esperar, no sabemos lo que pasa.

El alférez se acercó desmontándose de su caballo: —Mi general: a una cuadra de aquí, en la Plaza de la Inquisición, están los revolucionarios, tienen al Presidente prisionero, ¿qué ordena, mi General?

El general titubeó. Un jefe dijo: —Mi general, aquí no hay sino que acabar con ese foco de la intranquilidad. Yo me permito opinar que el alférez vuelva y despeje al grupo.

—Pero... ¿pueden matar al Presidente?

—Sería una posibilidad; debemos encargarla.

Votos a favor y en contra.

—Alférez Gómez, vuelva usted con sus hombres de a pie y despeje de inmediato a los amotinados.

—A la orden, mi general.

El alférez Enrique Gómez salió con su piquete. Llevaban las carabinas en ristre, listos a disparar. En ese momento, Núñez del Arco, volvía al monumento con el texto de la dimisión fechado adecuadamente. El piquete se desplegó en fila de a uno frente al Congreso.

—Ya ve usted, su tropa no lo defiende.

—¡Firme usted, Leguía, firme usted!

Villarán estaba mudo y tenso.

Una voz aguardentosa, pero tierna, gritó: acuérdesese de la señora misia Carmencita, firme usted don Augusto.

Los soldados avanzaban con la carabina dispuesta.

—¡Viva el Perú! ¡Viva Piérola!, gritaron los del grupo.

—Apunten... ¡fuego!

La descarga no pasó por encima de los amotinados, hizo blanco en ellos. Rodaron por el suelo ensangrentados varios revolucionarios. Isaías, con los ojos muy abiertos, pegó un salto felino desde el último peldaño al primero y desapareció en veloz

carrera, por la esquina de Juan de la Coba, al parecer hacia la calle del Milagro. Los soldados se acercaron carabina en mano. El alférez Gómez llevaba el revólver dispuesto a disparar. Un montón sangrante y gimiente se apelotonaba ante sus ojos.

Echando a un lado un cadáver, todo sucio y también ensangrentado, con los cabellos desgreñados, vestido con un traje que debió ser gris, se levantó de entre los muertos: soy el Presidente de la República. ¿Cómo se llama usted?

—Soy el alférez Enrique Gómez, Excelencia.

—Muchas gracias Capitán Gómez, desearía que me acompañara a Palacio.

—A la orden, Excelencia.

El Presidente y el Ministro se sacudieron las ropas y caminaron rápidamente con el ya Capitán Gómez hacia el Estado Mayor.

El general Clement salió a la puerta: —Gracias a Dios, Excelentísimo señor está usted sano y salvo. Hemos pasado momentos terribles. En Palacio lo esperan a usted, señor.

Leguía respondió con ironía: —Comprendo, general. Lima es una ciudad tan grande que hasta un Presidente puede perderse en ella.

Jinete en un caballo del Estado Mayor, el Presidente se reintegró a Palacio, flanqueado por el Capitán Gómez.

—Voy a asearme y a la calle.

Una hora después, acompañado por el Prefecto de Lima, el Presidente recorría el centro de la ciudad y visitó algunos cuarteles.

Sólo halló vítores a su paso triunfal.

—Que saquen a Isaías del fondo de la tierra y en cuanto a don Nicolás, necesito tenerlo encerrado ya.

Eran las siete de la tarde. Habían pasado cinco horas desde que empezó el asalto.

—Eulogio —confesó Leguía a su primo, el jefe del Gabinete y Ministro de Hacienda— no sabe Piérola el bien que me ha hecho; me ha liberado de todo compromiso; ahora puedo gobernar como quiera, se acabaron las trabas.

—Para eso necesitas un nuevo gabinete, el nuestro ya no te sirve, hemos fracasado.

—Tú no has fracasado, pero comprendo: se necesita una mano muy dura y no conviene que sea la tuya; además, Villarín buscaría el imperio de la Ley, aunque se entronizara el desorden.

Los diarios daban cuenta de las nuevas disposiciones gubernativas. El Presidente decretaba que en vista del fracaso del plan de conciliación nacional, debía tomar medidas drásticas. El



nuevo Ministro de Gobierno un viejo político de Cajamarca, don Rafael Villanueva, empuñó el timón de la política. Inmediatamente propuso al Congreso tomar medidas draconianas:

—El orden público está por encima de la Constitución y las leyes.

La mayoría civilista respaldó la posición de Villanueva. Había concluido la pastoral, empezaba la autocracia.

—Ya te decía que ese chiquitín tenía agallas: ahora nadie podrá objetar las disposiciones que adopte, por duras que sean. Este país no tiene otra ley que la del palo.

Los corrillos murmuraban: —Isaías se ha escapado a Gua-yaquil. Y don Nicolás está de nuevo en su retiro conventual.

—Ferro está en la enfermería del Panóptico.

—Han cerrado **La Prensa**, sus redactores están presos.

—El Presidente José Pardo ha sido invitado a salir del país.

Mi abuela, que era también del norte, comentaba en la sobremesa: —Buena cosa. Perdona y lo atacan porque perdona. ¡El susto que debe haber pasado doña Carmencita al saber que a su hijo lo llevaban en una vía crucis!

Sin embargo, desde las sombras, proveniente de Dios sabe dónde, llegó un grito perdido, aguardentoso y desafiante:

—¡Viva Piérola, carajo!

—Todavía quedan locos, refunfuñó el abuelo.

—Ave María Purísima, comentó la abuela.

Carmen Rosa no podía ocultar la turbación. Desde las dos de la tarde, se apostó en el postigo de la medio clausurada puerta de la casa.

Los transeúntes traían cada cual su propia versión: —Piérola está en Palacio, Leguía ha sido derrocado.

—Leguía ha muerto, están arrastrando su cadáver por Mercaderes, como los Gutiérrez.

—El ejército respalda la revolución.

Carmen Rosa no podía contenerse: —¿Qué pasa en Palacio?

—Huy, señorita, echan bala como cancha.

¿Dónde estaría Víctor?

La señora Manuela, madre de Torres, estaba asomada a la ventana. A grandes gritos increpó a Carmen Rosa: ¿Y usted no sabe dónde está su enamorado?

Carmen Rosa rectificó con firme suavidad: —Mi novio debe llegar de un momento a otro, estoy segura, señora Manuela.

Pero, en el fondo, temía que le hubiera pasado algo malo. Se oían disparos a lo lejos. A la puerta de la pulpería había ya

una cola de compradores en busca de arroz, azúcar, velas, querosén, fósforos, papas y... pisco. Del cercano reloj de la iglesia de la Recoleta llegó el sonido de cuatro campanadas.

—¡Dios mío cómo tarda!

Pasaron los minutos, tal vez media hora. Los disparos se sentían más cerca.

—¡Vienen hacia acá!

—¿Y qué van a hacer en la calle de Monopinta los rebeldes?, preguntó lúcido y pronto don Juan Boix, librero catalán que habitaba al otro lado de la casa de Carmen Rosa. Un cobrador a caballo, el señor Sosa, empleado de la empresa del agua, desembocó por la esquina de Pilitricas: —Casi me meten un tiro por pararme a verlos pasar por la esquina de Baquíjano...

—No vienen acá.

Justo en ese instante, a paso rápido, con bastón, casi a la carrera, dándose aire con el tongo, apareció Torres. Carmen Rosa salió de la casa y se paró en el sardinel de la acera. Desde lejos Torres la saludó con el tongo en alto.

—La cosa está que arde... El Presidente está preso, no se sabe lo que quieren hacerle... entraron a la dirección del Gobierno a balazos. El director, doctor Carranza, estuvo muy serio. Mandó cerrar las puertas de las oficinas de los altos, puso a los gendarmes con los rifles listos, nos llamó a todos. Nadie debía moverse en espera de órdenes... Supimos que el Ministro de Guerra y Marina, don Pedro Larrañaga, estaba encerrado en su despacho. No se sabía del Estado Mayor. Los franceses son amigos de Piérola. Isaías es el cabecilla del ataque... Vi a Orestes Ferro tirado en el suelo, sangrando del pecho... había una docena de muertos en el patio... La guardia se apoderó de los techos, pero ya no estaba el Presidente en Palacio. La República está tranquila. Se está telegrafando, pero no se sabe qué informar. Tu primo Oscar acompaña al Director. Nos dijeron que podíamos salir a nuestras casas, pero listos a volver esta noche o mañana muy temprano. He venido en el acto. Estoy acezando...

Carmen Rosa lo tenía cogido de la mano.

—Regreso, voy a ver a mamá.

Aprovechó el abuelo: —¿Qué pasa?, ¿qué te cuenta tu novio? Ella repitió como pudo el cuento de Torres. —No entiendo nada, dijo el abuelo.

—No vayas a salir, tatá.

—¿Y qué quieres, que me quede aquí como una estantigua?

Víctor volvió a paso nervioso. En la puerta de su casa el poeta Varela, con una boina metida hasta las cejas, mordisquea-

ba un cigarrillo y miraba con cierta impertinencia a Torres.

Llegó Carlos, hermano de Carmen Rosa. Pequeño, macizo, nariz respingada, ojos verdes, bigotillo ralo: —El Presidente ha sido rescatado por el ejército, ya está en Palacio... Isaías se ha evaporado. Hay muchos muertos y muchos presos. ¡Viva Leguía!

La abuela silenciosamente se había acercado al postigo: —¿Qué será de Carmencita?, debe estar sufriendo las peripecias de su hijo.

—Antes de que sea de noche quisiera visitarla, dijo el abuelo refiriéndose nuevamente a doña Carmen Salcedo, madre del Presidente.

—Buena está la cosa para visiteos.

—Es mi obligación, niña.

—Valiente obligación, quédate en casa, acuérdate de cuando entraron los chilenos.

—Eso era distinto, niña, los chinos se habían sublevado.

—Y ahora, ¿por qué no?

Avanzaban las sombras. —Hoy no hay faroleros, vamos a pasar la noche en tinieblas.

—Yo voy a arreglar el farol, a mi modo —dijo Carlos, entrando en la casa.

Salió con una escalera y un alicate. Plantó la escalera contra el banquete del farol.

—Mejor será dejar las cosas como están —aconsejó el catalán Boix.

—Lo peor sería pasar la noche en tinieblas. Nadie sale; de noche todos los gatos son pardos.

A lo lejos se oyó el ruido de un tropel de cascos de caballo.

—Debe ser una patrulla.

Por la esquina de Villegas apareció el hocico de un caballo. Lo seguía media docena. Era un alférez con un piquete de caballería. El oficial llevaba el kópis tumbado sobre la nuca sujeto al mentón por el barboquejo. Los soldados tenían las carabinas en la diestra apoyando la culata en el muslo. Pasaron atentamente, mirando a ambos lados, a toda la longitud de Monopinta.

—Adentro muchachos. Pueden disparar: hay orden de queda.

La calle había quedado aparentemente vacía; desde puertas y ventanas partían miradas de lumbre, como de luciérnagas. Había cerrado la noche. Un policía apresurado, que vivía en la misma calle, se hizo presente en la otra acera. Entró en la pulpería. Los vecinos volaron a escucharle:

—Su Excelencia está en Palacio... ha recorrido la ciudad. Hay nuevo Gabinete. Tengo que presentarme en la Comisaría,

puede haber bulla.

Víctor Torres tenía asida la mano a su novia: —Qué empalagosa se está volviendo esta pareja —murmuró la tía Clara.

— La madre tiene la culpa por consentidora.

Carmen Rosa enrojeció y soltó la mano de Torres.

La noche está negra como boca de lobo. Los que pasaban proyectaban sus sombras cuando atravesaban alguna ventana alumbrada por la luz de algún lamparín de querosén. De entre un enredo de nubes negruzcas asomó un cachito de luna. Trocito de plata sobre el telón del cielo que empezaba a ponerse azul oscuro después de haberse embadurnado de tinta como un bailarín de agua de nieve o del son de los diablos. Gimieron los goznes de puertas y ventanas. Como siempre el reloj de la Recoleta quebró el silencio de la noche.

—Las nueve y media, qué horror de tarde —dijo la tía Clara.

—Estas son como las gallinas, sólo les hace falta un palo para que duerman mejor.

Víctor, teniendo a Carmen Rosa de las manos, se despidió a pesar suyo:

—Buenas noches, que duerman bien— Y, agregó, dirigiéndose a su novia: —Y que tú sueñes con los angelitos.





## CAPITULO XI / PLEITOS AFUERA Y PLEITOS ADENTRO

—Creo que el abuelo tiene ganas de conversar. Lo oigo dando vueltas y hablando. Debe haber pasado algo malo y no sé lo quiere decir a la abuela.

—¿Por qué no llamas?

—Se molestaría, hay que andar con tiento.

Don Remigio garraspeó prudentemente y se asomó a la sala. Era jueves, día de visita oficial del novio. La hermana Celia entraba y salía de la habitación.

—Perdón, doctor Torres, ¿tiene usted fósforos?

—Aquí los tiene, don Remigio.

Este encendió un cigarrillo, torcido por él mismo. Agregó: —Tengo ganas de conversar un ratito. No les quitaré mucho tiempo. Yo sé lo que tienen que decirse los novios.

Estos sonrieron. Don Remigio se arrellenó en una butaca.

—¿Qué hay del nuevo Ministro, ese Rafael Villanueva, un cajamarquino trejo, no?

—Así parece, señor. En el Ministerio ha empezado a echar chispas.

—Todo el mundo tiene que estar a las nueve de la mañana, figúrese...

—Parece cachaco.

—Pero en la Cámara baja ha sido muy tosco.

—Esas cosas se hacen pero no se dicen...

—Señor, la revolución ha sido muy grave, hay muchos comprometidos: toda la gente de **La Prensa**...

—Yo conozco a Ulloa, no lo creo capaz de meterse en un asalto a Palacio... El hombrecito de Cajamarca tiene sus bemoles, pero no conoce la ley ni por el forro.

El día anterior, el nuevo Ministro de Gobierno, reemplazante del Gabinete Romero, había declarado en la Cámara de Diputados que tomaba, había tomado y tomaría las más enérgicas medidas contra los perturbadores del orden público, aunque para eso tuviese que saltar sobre algunas disposiciones legales; terminó fieramente su alegato diciendo: —El orden público está por encima de la Constitución y las Leyes. Aquéllo era demasiada arrogancia. La oposición lo hizo añicos; pero, llegada la hora de la votación, con gran sorpresa de todos, una parte de la oposición pardista, o sea los civilistas, votó en favor del Ministro y por tanto contra la Constitución y las leyes.

—Es increíble, Leguía ha despachado a Pardo con cajas destempladas al extranjero y los pardistas apoyan a Leguía. Bien decía mi padre, que en gloria esté: a vosotros los peruanos sólo el odio es capaz de unirlos. Y ahora es el odio a Piérola el que une a tirios y troyanos, a pardistas y leguístas... Piérola perecerá víctima de ese "pan con pescado".

Torres oía silenciosamente a don Remigio. Acaso quería mantener su neutralidad de empleado público del Ministerio de Gobierno.

—Víctor, cuéntale a tatá, eso que oíste en la oficina...

—Bueno, verá usted...

—No me cuente intimidades de su oficina...

—Gracias don Remigio, pero no es un secreto. Le contaba a Carmen Rosa que vamos a tener días fastidiosos y habrá más encarcelados. Los presos serán sometidos al fuero militar y ahí tiene a un juez, el coronel Urmeneta, de quien no se sabe mucho...

La segunda mitad del año fue, en efecto, de aguda controversia política y de persecución contra liberales y demócratas. Todo el equipo de **La Prensa**, incluyendo a los populares poetas Leonidas Yerovi y Luis Fernán Cisneros, fueron a parar al Panóptico, cuyas puertas de bronce, brillantes y pulidas, clausuraron más de una endecha y todos los planes en ebullición.

Mientras tanto, don Remigio empezó a salir menos a la calle. Su mujer lo encontró mohino, humillado.

—Por Dios santo, ¿qué te pasa?

La respuesta se arrastró penosamente: —Me han jubilado, menos mal que con sueldo íntegro, pero no a mi gusto. Ha habido una irregularidad en la Caja Fiscal. Tú sabes que yo soy su cajero, aunque a menudo haga las veces del Cajero Mendoza que sale de paseo. Pues, se ha descubierto una defraudación... y

Mendoza se ha escapado a Chile. Como no tenemos relaciones diplomáticas por el lío de la corona, no cabe extraditarlo, y yo, como segundo, por dignidad he debido renunciar y pedir mi pase al retiro. Me pagan lo mismo, treinta libras oro, pero mi hoja de servicios no es tan limpia como siempre ha sido. Ah, canalla, y ese Mendoza que siempre me halagaba y venía a buscar... Felizmente todo lo acusa, especialmente su fuga. Ha dejado algo escrito que lo tipifica como autor de la defraudación.

—Y entonces, ¿por qué te jubilan?

—No cabe otra cosa: tengo que facilitar la información y dejar que otro equipo actúe. Han nombrado cajero al ex-Prefecto, a Bruno Bueno.

—Pero, Bruno es relacionado de la familia.

—Eso no tiene nada que ver. Hay que encarar la realidad.

A la mañana siguiente un editorial de **El Comercio** defendía la honra de don Remigio, lo que significaba una acusación contra el ausente Mendoza. Don Remigio fue a visitar a don José Antonio Miró Quesada, panameño, propietario del diario.

—No tiene nada que agradecerme. Era mi deber salir por los fueros de la verdad, enaltecer a quien lo merece...

Esa noche, Torres, aprovechó la circunstancia, llegó más temprano con el diario en ristre: —Dile a tu tatá que he traído el periódico y que lo felicito.

—Tatá no quiere ver a nadie, está muy triste.

El incidente de la corona había traído como consecuencia no sólo la ruptura de relaciones diplomáticas con Chile, sino un creciente aislamiento del Perú en Sud-América. Los problemas de límites con Bolivia y Ecuador sometidos al arbitraje del Presidente de la Argentina y del Rey de España respectivamente, llegaban a un punto decisivo. El de Bolivia aparejaba también el de un puerto, al cual había renunciado por el Tratado de 1904.

Una tarde de abril —estamos ya en el año 10— Víctor llegó azorado a casa de su novia.

—¿Qué tienes?, estás raro...

—Parece que hay asuntos graves.

—¿De qué clase... y qué tienen que ver contigo?

—Tienen que ver con todos.

—Entonces debe ser de lo que el tatá nos ha hablado hoy, una cuestión de algo raro que se llama caso Belo... o algo así con los monos...

—Algo de eso amor, es un *casus belli*.

—¿Y eso qué es?



—Un caso de guerra.

—¿Con los monos?

—Con Ecuador, sí, pero puede haber complicaciones...

A la mañana siguiente, desde temprano, en la Universidad de San Marcos se reunieron tropes de jóvenes. Era domingo. Por la tarde la agitación era mayor. Se decía que en Guayaquil el populacho había atacado el Consulado del Perú porque, se aseguraba, el Rey de España fallaría a favor del Perú y no se debía acatar el Laudo Arbitral. El Ministro del Perú en Quito, don Germán Leguía y Martínez, primo hermano del Presidente, había protestado. Parecía que se romperían relaciones.

A eso de las cinco de la tarde, una manifestación de unas dos mil personas, en su mayoría estudiantes universitarios y jóvenes de la "alta sociedad", irrumpió en la calle de Jesús María, avanzó por la de Mogollón y, al llegar a la de Mariquitas, se detuvo frente a la Legación Ecuatoriana. Era un edificio de altos. En la otra esquina tenía su casa el Ministro de Relaciones Exteriores, don Melitón Porras, a quien llamaban popularmente "el Canciller de hierro", en una tropical versión del prusiano Bismarck; y, al frente de la Legación tenía su residencia la familia Porras Barrenechea, parientes de aquél.

La manifestación avanzó a los gritos de: ¡Viva el Perú, muera el Ecuador! ¡Hasta Machala, hasta Quito! ¡El Amazonas es peruano! ¡Viva la guerra! Y llegó hasta el local de la Legación, cuyo jefe era un señor alto de nariz fruncida como de conejo, don Augusto Aguirre Aparicio, vinculado a la sociedad limeña. Uno de los más exaltados, un joven alto de ojos fizgones, párpados caídos y trajeado exóticamente, se empinó sobre los hombros de sus compañeros, alcanzó el escudo del Ecuador y lo arrancó de un tirón. Grandes aplausos y gritos celebraron la proeza.

La policía no intervino sino entonces, con parsimonia ejemplar. La muchedumbre, con el escudo ecuatoriano como trofeo se dirigía a Palacio pidiendo sanción contra el Ecuador y, luego, el grupo director se dirigió al Club Nacional.

A la semana siguiente apareció un semanario titulado **El Mono**. Una de sus caricaturas tenía como leyenda —con música de la zarzuela **Siempre pá atrás**— estos versos:

Se volvieron locos  
y a punta de cocos  
se fueron encima  
de la legación.

Y hoy todos los bravos

se rascan los rabos  
al ver la de Lima  
manifestación.

—¿Estuviste en la manifestación? —preguntó Carmen Rosa.

—No, la ví de lejos, esos son engrimientos de los niños de la crema.

—¿No eres patriota?

Víctor la miró sorprendido: —Yo creo que sí, mi padre era Mayor del ejército, combatió en la guerra, pero eso de apedrear una Legación no me gusta.

—Es que ellos apedrearon la nuestra.

—Amor, ellos hicieron mal. ¿Por qué vamos a hacer lo mismo?

—Pues me hubiera gustado que fueras como Miguelito Miró Quesada...

—Bah, ese es un niño faite.

—Pero es valiente.

—Aunque tiene otra fama.

—No lo creo.

—Bueno, entre parecer y ser hay diferencias.

Fue la primera desavenencia.

Miguelito Miró Quesada pasó por el centro con el cabello sabiamente revuelto, caminando a saltitos. Era un joven más bien alto que mediano, de ojos dormidos y mirada insolente; vestía con snobismo, un saco largo de cintura estrecha, sin solapas. Sonreía estereotipadamente. Tenía fama de trompeador y de "cachear" con los pies.

Un negro le había gritado una vez: maricón. Y él le clausuró la jeta de una sola trompada.

Otra vez le insultaron a la salida de los toros, y él quitándose el saco se acercó a sus ofensores y les dijo: —Vamos, aquí está el mariconcito, a ver uno a uno, agárrense conmigo. La leyenda dice que zurró a cuatro, uno por uno, y los demás pidieron chepa.

Cada vez que había una función de caridad Miguelito, como llamaban familiarmente al agresivo brumell criollo, aparecía bailando o cantando. En el Palacio de la Exposición, en la velada de 1909, había representado el papel de uno de los tres ratas de **La Gran Vía**. Era atlético y galante, pero sólo se le conocía una novia, a la que por lo largo del noviazgo, que a la postre terminó en casorio, apodaban "la prometida del silencio", del título

de una película; y, a él, "el novio eterno" según otro título teatral. Miguelito paseaba su zandunga y su ira patriótica por Mercaderes. Saludaba a todos porque todos le saludaban. Iba con paso ágil, contoneándose y burlándose de los que encontraba.

—¡Adiós, lindo! —y sonreía burlescamente.

—Qué insolencia la de ese tipo.

—Nada de eso, es muy hombre, no se meta con él porque lo barre a patadas...

—¿Pero, es tan fuerte...?

—Y liso y sabe trompearse como nadie.

Miguelito había sido el héroe de la jornada antiecuatoriana. El arrancó el escudo. Se convirtió también en el promotor de la organización del Batallón Universitario. Fue el primero en alistarse. Con su uniforme de dril blanco, la gorra también blanca con visera negra, bandas de resistencia ciñéndole las musculosas piernas, gruesos zapatonos de soldado raso, pelado al rape, salió con igual alegría que siempre apenas se lo permitieron sus superiores.

—Víctor, ¿cuándo te alistas?

—No puedo, soy hijo único de madre viuda. Sólo se han enrolado los que no tienen obligaciones...

—Qué dirá mi tío Pedro cuando sepa que mi novio no se enrola.

—Dirá que cumplo con el reglamento que el mismo Ministro ha promulgado.

Un beso furtivo selló el desacuerdo. No reincidirán más.

El Batallón Universitario fue enviado a Zarumilla, cerca de la frontera. Aparentemente sería el primero en entrar en fuego. No entró nunca. Los Presidentes del ABC —Argentina, Brasil y Chile— intervinieron con sus buenos oficios. Los macheteros de Machala ofrecieron al general Eloy Alfaro, caudillo del nuevo Ecuador, tomar Tumbes a machetazos. El general Muñiz era el ídolo del momento en el Perú.

—Tío Pedro sabe de esto, ha combatido con la Ayudantina de Cáceres contra Chile y el 95 contra Piérola. El gobierno tiene plena confianza en él.

—Yo he oído a mis compañeros del Batallón Universitario que preferirían que Muñiz fuese el Presidente. Hay un caricaturista pisqueño, medio zambito, que lo dice sin tapujos.

—Dime quién es, para contárselo a mi tío.

—Se llama Valdelomar, creo que Abraham, es muy inteligente y dibuja para **Monos y Monadas**. Ambos soltaron la risa. Había vuelto la paz.

La sangre no llegó al río, pero se comprobó que la política del "Canciller de hierro" conducía al aislamiento más absoluto.

El Laudo del Rey de España quedó en suspenso, sin publicarse. El conflicto estaba latente.

Los señores mantenían el orgullo al tope, aunque las cosas anduviesen de otra manera.

—Dígame, Torres, ¿no cree usted que ahora quienes conspiran son los pardistas además de los pierolistas?

—No sé don Remigio, pero parece que hay vigilancia para todos. Dicen que en las Cámaras habrá pleitos por la incorporación del nuevo tercio.

—Claro, como siempre, habrá dualidades y el que resolverá en final de cuentas será el mismo Congreso. En él dominan los bloquistas con Antonio Miró Quesada a la cabeza, en diputados.

—Ese joven que representa al Callao tiene ambiciones...

—¿No cree usted que Leguía lo haya puesto ya en el índice?

—Señor, el nuevo Ministro, el doctor Enrique Basadre, es más duro que Rafael Villanueva. Este es del sur, de Moquegua, y son más belicosos que los del norte...

Don Remigio quedó en silencio. El conocía bien a Basadre: había casado con la viuda de un cercano pariente suyo. No ejercía la medicina a pesar de ser médico: manejaba sus rentas y las de su esposa. Basadre vivía en la calle de Concha, en un hermoso palacete cerca de la esquina con Argandoña. Don Remigio comía allí casi todos los domingos.

—Enrique es un hombre tenaz y enérgico, no se puede jugar con él. Cuando Prado abandonó el poder en 1879, él, que era estudiante de Medicina, se atrevió a parar al General La Coterá, Prefecto de Lima, cogiéndole el caballo por la brida.

Avanzaba 1911, año de la elección popular de un tercio de Diputados para reemplazar al tercio que vacaba por disposición constitucional. Los organismos electorales divididos otorgaron sendas credenciales cuya validez debía decidir el Congreso de las Juntas Preparatorias de julio. Por las refacciones que se llevaban a cabo en el local del Congreso, la Cámara de Diputados funcionaba provisionalmente en el Palacio de la Exposición, bello local de fachada blanca, armoniosamente estucada según el gusto francés de la época en que se construyó: la última década del siglo XIX. Lucía los rasgos de un edificio elegante, sólido y funcional. El autor del plano fue nada menos que Augusto Eiffel, el célebre ingeniero francés constructor de la torre de su nombre. Era un edificio con alma de hierro y decorado de cemento. Tenía dos plantas. Había sido el recinto en que el Perú presentó



su contribución a la Exposición Universal de París, allá por los noventa. Eiffel había sido también el autor del proyecto de la Iglesia de Tacna, antes de la guerra.

El Palacio tenía un cuerpo central, más alto que las dos alas. En el ala izquierda funcionaba la Cámara, cuya Sala de Sesiones quedaba en el cuerpo central. La mañana del 13 de julio, el Paseo Colón daba la impresión de un campo dispuesto para la batalla. Las bancas de madera y hierro estaban ocupadas por gentes raras. El Ministro Basadre inspeccionó el lugar en un coche. El grupo pardista, llamado **El bloque**, a órdenes de Miró Quesada, quería incorporar a sus allegados; el Gobierno maniobraba para incorporar a los suyos a fin de tener mayoría en el Congreso de 1912 que, si hubiese alguna falla en los comicios públicos, debería elegir al sucesor de Leguía. Era vox populi que Antonio Miró Quesada sería el cabecilla del golpe legislativo contra Leguía y, por tanto, candidato a sucederle.

—¿Por qué vienes tan tarde, Víctor?

—Recién me sueltan del Ministerio. Tu pariente Basadre nos ha tenido acuartelados hasta ahora.

—Dicen que hay muertos...

—Sólo uno, en el Paseo Colón. Fracasó la instalación de la Cámara.

Don Remigio apareció en la puerta, con su bastón: —¿Alguna novedad?

—No muchas: dicen en el Ministerio que Miró Quesada quería declarar la vacancia de la Presidencia después de incorporar su tercio, y que Basadre convenció a Leguía para cruzársele.

—Señor Torres, hemos vuelto a las andadas, así no podremos defender nuestro derecho en Tacna y Arica.

—¿Pero, cree usted, don Remigio, que el gobierno debería entregarse a los bloquistas, al civilismo?

—Es usted muy joven: el que está gobernando es el civilismo. Y está bien porque son los únicos que saben gobernar, son cultos, tienen relaciones y no necesitan robar.

—Con todos los respetos, don Remigio, me atrevo a decir que se roba más por vicio y costumbre que por necesidad.

—Teorías de la Universidad, ¿no?

Carmen Rosa guiñó un ojo a Víctor. Este cambio de tono y sonriendo se limitó a decir: —Bueno, señor, eso que usted dice es lo que oigo en el Centro Universitario a mis compañeros...

—¿Todos civilistas?

—Casi todos, señor: hasta el año pasado era así.

—¿Y el poeta Gálvez, también?

—No, ése es pierolista, pero los poetas no tienen mucha autoridad que digamos...

—En todo caso, hay un muerto, y ese muerto es un allegado a **El Comercio**, por lo tanto un cargo contra el gobierno. Caray, el domingo veré lo que opina Basadre, será una comida interesante.

—¿No presidirá nuestra comida, aquí? —preguntó Torres.

Don Remigio se pasó la mano por la barba y repuso: —Haré ambas cosas, iré a comer temprano a la calle de Concha y volveré temprano para contarles lo que se pueda contar.

Una voz aguardentosa rompió el silencio de la calle: ¡Viva Piérola, carajo!

—Ahí tiene usted, todavía al tercero en discordia.



## CAPITULO XII / EL ALCALDE, LA "LA PULGA," UN VOTO DE CENSURA Y ELECCIONES

Salían de la matiné del Cinema Teatro, flamante edificio en la esquina de la aristocrática calle de Belén y la Faltriquera del Diablo. Habían asistido a una película —negro sobre blanco y sin sonido propio— en la que Max Lister, el cómico del bigotillo travieso y la sonrisa cautivante, andaba tras una midinette de falda larga, ceñida a las caderas, blusón apretado hasta el nacimiento de los muslos y un sombrero empinado, sujeto a la cara por un velo salpicado de mariposas de tul. La función había durado casi dos horas. Para distraer al público y estimularlo a variar sus sentimientos, un pianista, de apellido Roldán, interpretaba romanzas y tonadas adecuadas a las escenas que se desarrollaban en el écran. La más solicitada de las partituras era "Amor gitano". De cuando en cuando se mezclaba con acordes de "La viuda alegre" y "El encanto de un vals", operetas en plena boga. Carmen Rosa apoyaba la enguantada manecita izquierda en el brazo de Víctor, que hasta se había atusado el bigotillo escaso. Con ellos iba Celia, muy alborozada con la película. Víctor les propuso tomar helados donde Klein, que era la confitería más cercana, en la calle de Mercaderes, cerca de la Merced.

Al pasar por la Bomba Lima, en la Plaza de la Micheo, Carmen Rosa miró a la izquierda: en la acera del frente, ahí donde habían demolido el antiguo Convento de San Juan de Dios, dando cara a la Bomba, se levantaba una carpa color suciedad.



La rodeaba una cerca de calamina, agujereada en ciertos sitios. En la puerta decía "Pathé". Allí, hasta hacía poco, se habían dado funciones de cinematógrafo, especialmente películas de la firma Pathé Freres. Pero, ahora los cartelones de la puerta anunciaban: "Gran pareja de baile español: Enriqueta Nicasy y la Tarifeña.— Gran Machicha—La Pulga. Platea 0.30 centavos".

—Dicen que esto es una indecencia, un pecado —dijo Celia.

Víctor hizo como que no oía.

Carmen Rosa insistió: —¿Tú no sabes si es cierto lo que dice Celia? ¿O también eres de los que pagan por ver estas indecencias?

Víctor hizo un involuntario esquivo al sentir el pellizco feroz de su novia y alcanzó a decir: —Bueno, si, he venido una vez, pero sólo una. Me salí al momento.

—Pero dicen que ya se acabó esta inmoralidad...

—Lo siento por el gago Miró Quesada, que va a perder su mejor entrada.

—¿Ese gago es pariente de los de **El Comercio**?

—Creo que sí, antes trabajaba en el Callao.

—¿Y cómo ha caído en esto?

—¡Vaya usted a saberlo!

—¿Y ya pararon esta indecencia?

—El Alcalde la ha prohibido terminantemente.

Don Guillermo Billinghamurst, antiguo partidario y principal financiador de Piérola, desempeñaba la alcaldía de Lima. Billinghamurst se había alejado totalmente del Califa, y estuvo dedicado a sus salitreras en Tarapacá. Durante la guerra, en los días de la defensa de Lima por "la reserva", actuó como Jefe de Estado Mayor en la batalla de Chorrillos. Los chilenos lo tomaron prisionero y lo condujeron cautivo a Chile. Era un hombre de estatura mediana, grueso, de andar firme, bigotes descuidados, cabello gris, carirredondo, dinámico y liso. Tenía un arsenal de prociadades dignas de otra profesión que la de propietario de salitreras y negociante en gran escala. Su padre había sido inglés; había formado un hogar respetable. Su esposa, doña Emilia Prieto, intervenía en sus decisiones. Tenía varios hijos, de ellos tres hombres. Desde 1909 estaba instalado en la vieja casa de la Municipalidad, al costado de Palacio, con frente a la Plaza de Armas y a un costado estaba el Correo. En el largo y viejo balcón de la casona había pronunciado San Martín algunas arengas. Billinghamurst, bien anglo-acrio-

llado, tenía la obsesión del aseo físico y moral. Le daban fama de bebedor, pero lo cierto es que más parecía un puritano. Había emprendido la tarea de destruir los callejones insalubres y tugurios. En Plena Plaza de Armas hizo derruir y quemar el Callejón Petateros, nido de inmundicias. Cuando le llevaron la noticia de que en la carpa del Pathé dos bailarinas españolas se desnudaban parsimoniosamente al compás arrebatador de una machicha, montó en cólera. El mismo quiso saber por sus propios medios lo que acontecía. Repentinamente, sin aviso previo, se presentó en la función de eso que llamaban "género sicalíptico". Estaban en el número final. La orquestina desgranaba sensualmente las notas de la machicha. En el pequeño prosenio la Nicasy en enaguas y con corsé, cantaba la canción de *La Pulga*. Era una mujer guapa, un poco chata, pero de formas turgentes, ojos canallas y perfil perfecto. Blanca, muy blanca y de pelo muy negro. La pulga se le escapaba de las profundidades del corpiño. Ella, arrebatada por la música, se desceñía el corsé en busca de la traviesa pulga. Esta se metía por otros vericuetos. La Nicasy tiró a un lado el corsé y empezó a deshacerse de las enaguas. Quedó en calzones. Unos calzones con bobos en la aberturas, parecidos a calzas de zuavo. La pulga y la orquesta insistían. El público aplaudía frenético. Los botines atados hasta las pantorrillas servían de plinto a las bombachas. Rápidamente se las quitó. Quedaba sólo velada por una camisita que le llegaba justo a la mitad del muslo. Los viejos de las tres primeras filas de la platea se agachaban disimuladamente buscando mejores panoramas. La machicha iba en crescendo. La pulga seguía escondiéndose más y más. La bailarina empezó a hurgarse bajo el camisolín.

—¡Basta, carajo, se acabó este relajo de indecencia!, gritó una voz.

La música sufrió un espasmo. Los espectadores se dieron vuelta. El alcalde Billinghamurst en persona, con varios de sus funcionarios increpaba al empresario. Cayó el telón. La Nicasy quedó fuera de él, sobre el escenario, con la camisa ya plegada y buscando afanosamente la abertura de la cortina para escaparse hacia su camerino.

Al día siguiente quedaba prohibido el espectáculo.

El gago suspiró: —Volveremos a las películas.

Y el belicoso gallo insignia de Pathé Freres tornó a cacarear al final de cada película de esa marca. También pasaban cintas de la Nordisk. Había empezado el reinado del celuloide.

Donde Klein quedaba sólo una mesa vacía. Al entrar, del grupo de petimetres que cerraban la puerta, salió una voz:—

¡Qué bien acompañado, Torres, cualquiera presenta...!

Víctor se puso cetrino de rabia. El audaz, un joven de nariz corta, ñato, de sombrero tumbado sobre la nuca, aire insolente, de buena estatura, con un clavel en la solapa y el bastón en el puño, añadió: —Carmen Rosa, qué sorpresa, primita, qué linda estás...

Carmen Rosa sonrió con gracia. Víctor hizo un movimiento para dirigirse hacia el insolente.

—No hagas caso, es el ñato Ugaz, enamorado de mi prima Blanca Cánepa...

—Yo no le he dado confianza.

—El se la toma, es así... como es medio de La Palizada...

El nombre de La Palizada causaba cierto respeto.

Klein era especialista en ciertos helados con fruta seca picada y gotas de kirsch, llamados Copa Baudraux. Los tres pidieron. Trajeron pasteles de chocolate éclair, orejas de choncho almibaradas, sendos vasos de agua helada. Una pequeña orquesta de cuerdas tocó el **Traumerei** de Schumann y piezas holandesas de Reverie. Empezaba a oscurecer. Regresaron lentamente a pie por la Merced hasta la esquina de Boza y la Calle de San Juan de Dios. No pasaron frente a la Carpa Pathé.

—Esas mujeres no debían ser admitidas en el país, comentaba Carmen Rosa obsesionada por el relato de las indecencias de las bailarinas.

—Díselo a tu primo Eduardo, que anda perdido por ella.

—Será como el hijo de Leguía que anda tras las Marinérritas, tus vecinas.

—Qué bien enterada estás...

—Siempre se sabe, y no te olvides de que tengo hermanos.

Billinghurst se había ganado la simpatía popular con sus actos de moralización e higienización urbana. El clásico Callejón de Romero, de los barrios Altos, había sido demolido por la piqueta municipal igual que el Petateros. Después de los siete años de alcaldía del irónico Federico Elguera —el barón de Keef— los dos años de Billinghurst parecían una devanadora frente a una rueca.

La ciudad se iba llenando de pecados. El antiguo Teatro de la Comedia había sido totalmente reconstruido por el arquitecto italiano Latini y se llamaba Teatro Municipal. Estaba situado en la misma Plazuela del Teatro, desde la cual lanzó Piérola su gran asalto contra las fuerzas del general Cáceres el año de 1895. Los portales de San Agustín, frente al teatro, cobijaban pequeños negocios: covachuelas sórdidas de noche, animadísimas de día. Junto al teatro abría sus puertas el restaurante

La Bonne Etoile de Layet, un hijo de francés, zambo él y buen cocinero. Ahí tenían pensión muchos estudiantes provincianos, de familias acomodadas. Al frente estaba un hotel de modestos perfiles.

Cuando Víctor llegó esa noche de visita a casa de su novia, encontró a su futura suegra montando guardia en la salita: —Mi hija no se siente bien, parece algo cansada, voy a avisarle.

Torres se sentó inquieto en el sofá de sus largas conversadas. Salió Carmen Rosa tosiendo levemente. Tenía el pelo suelto.

—No me siento bien, parece que los helados me han hecho daño. . .

—Entonces acuéstate temprano, no te resfríes.

Con todo, la visita duró casi una hora. El abuelo daba vueltas por el patio.

—Tatá está inquieto, no sé qué noticias tiene.

—Creo que la jubilación le hace daño.

—Por eso ha aceptado unas cobranzas de su amigo el Fiscal Manuel María Gálvez.

—¿Tío del poeta?

—Sí, estoy segura que es así.

Se hablaba de nuevos rumbos políticos. Una mañana **El Comercio** apareció con un violento artículo de José de la Riva Agüero contra las medidas políticas de Leguía. Lo acusaba de autócrata.

—Si Pepe dice eso —exclamó Víctor, comentando el caso con el abuelo de Carmen Rosa—, es porque es verdad: Pepe no miente, se informa bien. Lo conozco muy bien. Hemos sido compañeros desde el primer año de letras. Me dedicó su tesis de bachiller, es un monumento. . .

—Eso no quiere decir que sepa de política.

—¿Qué necesidad de saber tiene un político?

—¿No dicen que hay Ciencias Políticas, y tú estudias eso?

—Sí, es cierto, pero un hombre como Pepe lo sabe todo. Hoy vamos a reunirnos para pedir su libertad.

—¿Está preso?

—¿No lo sabías? Claro que sí. Está preso.

A las once de la mañana se reunían en el Centro Universitario, en la calle de Divorciadas, los líderes de la manifestación. Había que ir a Palacio a tirarle los bigotes al Ministro de Gobierno, doctor Juan de Dios Salazar y Oyarzábal.

Riva Agüero se había ganado, hacía poco, el encomio nacional por su tesis: **La historia en el Perú**.

—¿Sabes? Menéndez y Pelayo le ha escrito una alabanza



cojonuda.

—¿Y quién es Menéndez y Pe... qué?

—Qué bruto...

Riva Agüero era además riquísimo, tenía título de Marqués y hasta era buenmozo. Pero se había lanzado a escribir contra Leguía. Y Leguía lo había metido preso: ni más ni menos. Por eso los estudiantes de San Marcos resolvieron salir a la calle a reclamar la libertad de su flamante compañero y doctor, detenido en la Prefectura. Sobre todo, la crema de los estudiantes, los Barrera, Lavalle, Tola, Carvallo, Gastañeta, Pasquel, Botto, Bellido, Prado. Torres también se unió a esta santa cruzada.

Carmen Rosa le dijo al saber que partía a esa reunión decisiva en el Centro Universitario: —No te achiques, Víctor, sé faite...

El, levantó el bastón como un gladiador la espada.

Ya entonces estaba abierta la Avenida de la Colmena, aunque llena de escombros. El último tramo, entre la calle del Serrano y la de Bravo y la Salud había sido demolido. La Carpa Pathé era una isla enorme y mal oliente, porque los transeúntes habían hecho del contorno un enorme y público urinario. El sueño de Piérola se realizaba. La Colmena, el Paseo Colón, la Avenida Grau, eran ya realidad. Lima se cuadraba como un París ultramarino, mal traducido, como mala era la traducción del Barón de Haussman a don Nicolás.

La primera parte de la asamblea se realizó en el Centro Universitario. Los organizadores hicieron hincapié en los sagrados derechos de la juventud estudiosa, esperanza de la patria y etc. etc. Con los tacos de billar enarbolados como bayonetas, juraron morir en la demanda, y con espartana resolución partieron hacia la Casona de San Marcos. El gordo Bellido, capitán del equipo de los antropófagos cuyo récord era haber comido, en una sola sentada, noventaicuatro pasteles de crema y dos docenas de pastelitos de carne rociados éstos con jugo de limón, tomó el comando. Era boga del Club Regatas Lima, en el abandonado y aristocrático balneario de Chorrillos. Un metro setenta y siete de altura, metro y medio de diámetro de pecho, un buen metro veinte de vientre, medio calvo, ojos bovinos, tez tostada por el sol, Hernán Bellido dirigió la marcha hacia la Plaza de Armas. Víctor Torres se perdía a su lado, como el bacalao junto al pescador bretón de la propaganda de la Emulsión Scott. Los muchachos, unos doscientos, todos de cuello y corbata, como era de uso, avanzaron hasta la esquina de Bodegonos y el Portal de Botoneros. Allí los esperaba un piquete de soldados, mandados por el Comandante Augusto Paz,

jaranero componente de La Palizada.

—¡No pasa nadie!

—Augusto, no te pongas de parte de la tiranía.

—¡Calla, zopenco!, yo soy el Comandante Augusto Paz, y he recibido órdenes del Presidente que se queden donde están y que sólo pase una comisión que hablará con el Ministro de Gobierno. Así que nómbrenla ahora mismo. No hay tiempo que perder.

Aplausos, vivas, codazos, enredo. El gordo Bellido se adelantó: —Yo presido la comisión, somos cinco.

—Pasen los cinco.

El caballo de Augusto Paz se paró en dos patas. El comandante lo dominó sin esfuerzo.

Después contaron la escena. Salazar y Oyarzábal, el Ministro, oriundo de Jauja, era un abogado de mediana estatura, parsimonioso, calvo, de grandes bigotes retorcidos. Hizo entrar a los estudiantes, lo rodearon insolentes. Decían, después, que Bellido le había sobado la calva, sentándose sobre el pupitre ministerial y que, amedrentado, el Ministro dió orden de libertad a favor de Riva Agüero.

La comisión fue recibida con grandes aplausos: —Riva Agüero sale ahora mismo, se ha decretado su libertad. —Viva Riva Agüero, viva la ley, viva Bellido, viva Augusto Paz, viva San Marcos. Después de tantos viva, no quedaba lugar sino para un ¡muera!: ¡muera Leguía, mueraaaa!

Por la tarde, la barra de la Cámara de Diputados se hallaba repleta con los frenéticos sanmarquinos de la manifestación matinal. El catedrático de Economía Política y diputado por Ica, líder del **bloquismo**, José Matías Manzanilla, pidió la palabra. Hizo un discurso emotivo y vibrante: —Bella tarde la de hoy, se ha ganado una batalla para la libertad y la justicia. . . Arrancó a la Cámara una moción de censura contra el Ministro de Gobierno. La aprobaron por enorme mayoría y más enormes aplausos.

Fue la primera y única vez que Víctor Torres llegó muy tarde a su cita con Carmen Rosa. Pese a su aire victorioso, ella lo recibió con un mohín de disgusto. La reconciliación compensó el infeliz arribo.

La sesión en el Centro Universitario, orgulloso de su victoria sobre el Ministro de Gobierno, había sido tumultuosa; rebotante de discursos y anatemas. Por resolución unánime se

había fundido, en una placa de bronce, el párrafo central del discurso del diputado Manzanilla en defensa de Riva Agüero y el estudiantado de San Marcos, atropellado por la gendarmería. Presidía la sesión un hombre delgado, de mediana estatura, color oscuro, facciones perfiladas, mentón saliente, frente aviserada, ojos vivaces y profundos, además imperioso: el imperio lo había aprendido al servicio del Presidente José Pardo de quien fuera Secretario privado por varios años. Se llamaba Carlos Concha. Cuando caminaba levantaba la punta de los pies para sentar furiosamente los tacones sacando chispas a las aceras. Estaba sentado, escuchando a los oradores. Se había formulado una proposición: restaurar el uso de la capa de los estudiantes de Salamanca para distinguir a los estudiantes de Lima. Después de laborioso debate se había llegado a una conclusión constructiva: la capa estudiantil sería como la española, larga hasta las pantorrillas, de paño negro con esclavina del mismo color, sujeta al cuello por una cadenita de plata, forrada por dentro con terciopelo cuyo color variaba según la Facultad a que perteneciera el estudiante: rojo carmesí para los de Letras; azul para los de jurisprudencia; morado para los de Medicina; verde para los de Teología; amarillo para los de Ciencias Políticas. Tan importante moción recibió aplausos generales. El estudiante de Salamanca volvería a circular por las calles de Lima en busca de Elvira y un diploma doctoral.

Víctor Torres se había mandado hacer su capa, pero titubeó al ordenar el color del forro: como estudiante del último año de Letras le correspondía uno rojo, como Jurisprudencia, azul.

Carmen Rosa lo decidió de una sola inspiración: —el azul.

Al domingo siguiente, resolvieron los novios y varias primas ir a la retreta del Malecón de Chorrillos, en vez de quedarse en la casa de Monopinta. En Chorrillos vivían unos tíos de Carmen Rosa. Residían en la calle de Santa Rosa, a espaldas del Malecón.

El Malecón ocupaba una extensión de trescientos metros de longitud por cuarenta de ancho. De un lado, una larga baranda que daba al mar. Del otro, una hilera de casas, interrumpida por una calleja que daba a Ramón Castilla. Más allá se extendía, hacia el sur, una carretera de ripio que conducía a La Herradura. Del otro extremo, a partir de la Casa de Tomás Valle, un acaudalado italiano casado con una bella dama genovesa apellidada Dasso, se llegaba a la bajada de Los pescadores, en cuya

playa descansaban tumbadas de cualquier modo las chalanas y lanchas de los devotos de San Pedro.

Sobre el barandal del Malecón se erguían de trecho en trecho esbeltos faroles, que inundaban de luz y coleópteros el lugar. Al centro, pavimentada con locetas, había una ancha glorieta, techada de modo indefinible, en la cual se situaba la banda de músicos de la Escuela Militar, los jueves y domingos para la retreta de 9 a 11 de la noche. Al concluir desfilaba marcialmente por la calle de Lima y se dirigía a la Escuela. A menudo grupos de limeños asistían a la retreta. Llegaban en parvadas, según los tranvías eléctricos iban aportando su humana carga. Ellos venían muy perispuestos y ellas a veces con pieles. Paseaban hablando en voz alta, indiferentes al paseo de los chorrillanos que se acomodaban en las bancas de madera y en el pretil del barandal.

Ese domingo, mientras la Banda atacaba el Intermezzo de **Cavallería Rusticana**, Víctor, Carmen Rosa, el primo Oscar, Celia, la prima Aurora, el sobrino Miguel, etc. desfilaron hacia la casa de los tíos de la calle Santa Rosa. Torres lucía ufanísimo su capa con vueltas azules.

Al pasar frente a la casa de los Armero, se cruzaron con un grupo en el que venía Concha, con su capa con vueltas color punzó. Se saludaron cortésmente sacándose los sombreros, y Concha gritó: —Buenas noches, amigo Torres —y sonrió con sonrisa cuadrada de anchos dientes y mentón pugnaz.

El tío Leandro y la tía Carmen los recibieron con alborozo. El rancho tenía un vestíbulo confortable tras una reja como de jaula de menagerie. Tomaron asiento en las mecedoras de Viena y el sillón de lona; salieron a relucir las charolas con chicha morada, los alfajores de Trujillo, las nueces de nogal que elaboraban las monjitas de El Prado, todo oliendo a clavo y canela.

—No hemos encontrado hielo, pero la chicha está fresca.

Hay que repetir una y mil veces que las cosas no son como uno las imagina sino simplemente como son.

Torres aprovechó de las circunstancias para dar un paseo a solas con su novia. A algunos pasos les seguían los tíos.

—Qué lindo está el Malecón con tanta capa de colores — dijo la tía Carmen.

Carmen Rosa, muy ocupada en cambiar palabras en voz baja, apretones de mano y largos ojeos con su novio murmuró: —Sí, está muy lindo — y volvió la mirada hacia Víctor que sonreía bobaliconamente.



En mayo, los debates entre los estudiantes eran cada día más encendidos. ¿Concurrirían a Lima los universitarios chilenos, ya que no existían relaciones diplomáticas entre los dos países desde el incidente de la corona?

—Yo creo que no deben venir de ningún modo.

—¿Y los ecuatorianos tampoco?

—Caray, que cholos tan pleitistas somos los peruanos: estamos mal con todos los vecinos.

El III Congreso Panamericano de Estudiantes convocaba a todos o no debía realizarse.

—Está bien que los mayores se peleen, pero nosotros, no; no te olvides lo que dijo González Prada: los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra.

Se había convocado a un Concurso para escribir el Himno de la Juventud Latinoamericana. Se presentaban escritores y músicos. Por fin se supo: Chile y Ecuador asistirían al Congreso. Carlos Concha presidía la delegación peruana. Como el predominio de los señores alejase la posibilidad de que un hijo de González Prada, Alfredo, a la sazón alumno de Jurisprudencia, figurase en la delegación peruana, los estudiantes de México en plena revolución, lo nombraron su representante.

La recepción de las delegaciones se hacía desde el Centro Universitario, trasladado ya a la Plaza de Armas, entre la Municipalidad y el Casino Español. Los chilenos eran esperados con ansiedad: presidía la delegación Gonzalo Santa Cruz Wilson, ex-alumno de La Recoleta, y figuraban en ella Carlos Vicuña Fuentes, joven de una independencia irrefragable, y Pedro Prado, escritor y poeta, con parientes en el Perú. Llegó además el músico Enrique Soro, ganador del concurso para dotar de música al Himno de la Juventud, cuya letra sería la del poeta vencedor: José Gálvez.

—Qué ironía: el Himno de la Juventud tendrá letra de un peruano y música de un chileno.

—Dios debe haberlo querido así, musitó la abuela, cuando don Remigio le dió la noticia.

El gobierno de Leguía, iniciador del conflicto de la corona, al rechazar la que Chile enviara al Perú, había asumido con remiso entusiasmo su parte en la realización del Congreso de Estudiantes. Mas, abocado ya a las elecciones que pondrían fin a su mandato titubeó mucho en decidirse por el candidato más conveniente. De una parte, don Antero Aspíllaga, el elegante

hacendado del norte y co-propietario de Cayaltí; y, el otro, el tumultuoso y mal hablado Billinghamurst. Los dos, cosa curiosa, tenían relaciones con Chile. Aspíllaga, desde la presidencia del Senado, había sido leal con Leguía durante el conflicto con el bloque que capitaneaba Miró Quesada, Billinghamurst, en clara pugna con Piérola, quién decaía silenciosa y ocultamente, representaba un impetuoso movimiento populista de raíces obreras. Su mayor vocero era el médico Lauro Curletti, en el estudiantado el escritor Abraham Valdelomar, entre los obreros Justo Casaretto. Leguía estaba seguro de que Billinghamurst arrastraba a las masas pierolistas, durancista y a las propias, y, además, tenía su propio caudal y mucho dinero. Aspíllaga sólo arrastraba al civilismo clásico y a los peones de sus haciendas, obligados a votar por quien les señalaban los patronos, Billinghamurst era un hombre temperamental y agresivo. Muchos temían que no pudiese durar si llegaba al gobierno a causa de su pugnacidad.

Aspíllaga sólo podía vencer a costa de una gigantesca campaña financiera. Leguía calculó fríamente: a él le convenía el triunfo de Billinghamurst, que sería efectivo, pero siempre que llevase como primer Vice-Presidente a su propio hermano: Roberto Leguía, a quien llamaban "El gallero", por su desafortada afición a las peleas de gallos.

Si Billinghamurst se hacía derrotar, quedaría don Roberto.

Pasado el Congreso de Estudiantes, surgió en los claustros de San Marcos un vigoroso movimiento billinghamurista: lo capitaneaba un moreno dandy universitario de Ica, aficionado al dibujo y veterano cuasi de la guerra con Ecuador: Abraham Valdelomar.

—Es tan antiguo como la Universidad... dijo Torres comentando el caso con don Remigio.

—Se ha vuelto a matricular para hacer política, pero nunca pasó el primer año de Letras.

—Es un reincidente — bromeó el abuelo.

—Lo es porque quiere, es un mozo de mucho talento aunque un poco raro. Escribe muy bien y viste mejor. Y tiene mucha popularidad entre los provincianos.

—¿Y por qué no preside el Centro?

—No se ocupa de eso, prefiere tener su propia organización, el Club Billinghamurista universitario de estudiantes.

—Billinghamurst me gusta porque tiene ñeque: se paró frente a los chilenos e hizo una gran alcaldía.

—No es lo mismo que ser Presidente.

—Aspillaga aprobó el arreglo de los ingleses y nos dejó calatos cuando anuló el papel moneda.

Según ritos obligados, había que probar ante el público la fortaleza de cada candidatura. Los aspillagistas organizaron un gran banquete en el Restaurante del Parque Zoológico, con traje de chaqué, el cubierto costaba media Libra por persona. Billinghamurst convocó a un mitin en la popular Alameda de los Descalzos, presidido por él, por el coronel Mateo Vera y Martha "la Cantinera", sobrevivientes de las montoneras triunfantes del 95. En un lado, el menú fue de tres platos, postre, aperitivo y vinos; en el otro: olorosas butifarras con jamón del país y largas hilachas de lechuga, ají y cebollas. Los aspillagistas desfilaron en hilera de a dos, desde el Zoológico hasta el Club Nacional, dando vivas parsimoniosos a su candidato: así anduvieron las ocho o nueve cuadras que separaban ambos puntos. Las huestes de Billinghamurst recorrieron desde los Descalzos al Palacio de Gobierno, cruzando el Puente de Piedra; llevaban delante de la manifestación dos lanzas enarbolando sendos panes con sendos carteles: en el uno, un pan grande, decía: Así será cuando suba Billinghamurst. En el otro, con un pan chico se leía: Así será el pan si sube Aspillaga. En ese día y en ese momento quedaron acuñados el apodo de **Pan Grande** para Billinghamurst y su tremenda popularidad.

Los novios salían con más frecuencia juntos: iban a la misa los domingos, de vez en cuando al cinema (se había abierto una pequeña sala El Edén, en la calle de Boza, y el cine teatro en La Encarnación). En el teatro Municipal actuaba la compañía Dramática de don Miguel Muñoz. Daban **En Flandes se ha puesto el sol**, de Marquina. Torres, aunque poco aficionado a la poesía, declamaba entrecortadamente el romance de Magdalena:

Señor Capitán  
el de la torcida espada,  
de la capa colorada  
y el buen caballo alazán.  
Si fuera de empresa mía,  
si el honor no se oponía,  
si diera a mi fantasía  
rienda suelta en este día,  
ya que partes Capitán,

contigo me partiría. . .  
y a la grupa montaría  
de tu caballo alazán.

—Para ahí, Capitán — decía Carmen Rosa sonriendo, repitiendo los versos de Marquina.

—Y cuándo es el matrimonio, muchacha, ya van cinco años de noviazgo. . .

—Víctor se recibirá este año y nos casaremos.

—Este año o el entrante — bromeó Celia.

—Calla, envidiosa como tú no tienes novio. . .

—Eso te crees tú, averigua averiguando y ay ay. . .

—¡Quién te va a hacer caso, chinchosa!

—Nunca falta un roto para un descosido.

En efecto, el gordo Federico Carrillo andaba rondando la casa y se había hecho amigo de Torres. Este desengañó a Carmen Rosa: — No basurees a tu hermana: Federico quiere casarse con ella.

—¡Ave María purísima!

El día de las elecciones Billinghamurst acuarteló a sus partidarios. El Comité de Salud Pública que presidía Casaretto, remedo del viejo Comité de la Revolución Francesa, anunció una huelga general.

—¿Huelga por qué?

—Para que triunfe nuestro candidato.

—Pero, ¿cuál es la reivindicación de la huelga?....

—La victoria del pueblo.

—Esa es una triquiñuela política.

—Tómela como quiera, pero huelga es, y huelga hacemos.

Las mesas receptoras de sufragio, con personal escogido por los aspillaguistas fueron destruidas por las aguerridas huestes de los huelguistas. Y la casa de don Antero Aspíllaga, en la calle de San Pedro, pared con pared convecina de la casa de los Torre Tagle, fue asaltada por la turba y saqueada sin piedad. En la Plazuela de San Pedro quemaban las sillas, las mesas, los papeles de la oficina de Aspíllaga. Muchos puestos de elecciones no llegaron a funcionar. La fórmula Billinghamurst-Leguía recibía aplausos y era saludada con disparos de revólver.

—Lo que quiere don Augusto —comentaba don Remigio— es prorrogarse.

—Ese chiquito no da puntada sin nudo.



—Lo invito, don Remigio, al Congreso: hoy discuten la cuestión presidencial.

Víctor Torres ofreció una tarjeta a don Remigio que ni corto ni perezoso se la embolsicó en el chaqué: —Y usted, ¿no va?

—Yo me quedo con Carmen Rosa, para que no se aburra —dijo hipócritamente el novio eterno.

—Qué manera de perder el tiempo, hombre.

—Si usted lo dice, respeto su opinión.

El abuelo se marchó al Congreso, no sin despedirse de su lora, de su gato, de su mono y de su perro. También de paso se despidió de la abuela y de la tía Clara.

Después de varias sesiones en que los senadores Manuel Vicente Villarán y Mariano H. Cornejo se midieron en enconados duelos oratorios, el Congreso proclamó a Billinghamurst como Presidente de la República y a Roberto Leguía como Vice-Presidente. Los dados estaban tirados.

## CAPITULO XIII / FAITES, ALCAHUETES Y POLITICA

Durante los prolegómenos de las elecciones de Billinghamurst, se constituyó una especie de guardia de corps, formada principalmente por obreros y estudiantes. Con ella trataban de contrarrestar a la mazorca civilista que, a sueldo de la casa política de Aspillaga, amenazaba al ciudadano pacífico que no simpatizaba con el señor de Cayaltí.

Entre abril y mayo habían sido numerosos los pleitos a trompadas, chaveta y pistola, bien en las cercanías de la esquina de las calles Fano y Gallinacitos, donde tenía su residencia "Pan Grande", o bien en la Plaza de San Pedro, donde se hallaban los cuarteles de Aspillaga. Los lugares subsidiarios estaban en los lenocinios de las calles del Huevo y Patos. Los mejores lupanares, necesitados siempre de matones que defendieran a "las niñas", tenían ahí sus reales.

Hacía tiempo que faltaba de la casa de don Remigio su nieto Carlos. Por esos días reapareció súbitamente. Venía de Chile. Un buen día anunció en la casa que se marchaba, cogió un maletín, se caló una gorra de marino y su correspondiente dolman azul con botones de cobre y dijo haberse enrolado en la tripulación del transporte "El Chalaco", en calidad de sobrecargo. Partió sin despedirse de su padre que aún vivía. La madre le puso un detente colgado del cuello. Lloró un rato. El parecía sonreír, porque ese era el rictus de su boca a causa de tener dos dientes delanteros algo salidos. Estuvo cuatro meses fuera. Escribió sólo una carta. Y tal como desapareció, así también un buen día

reapareció en la casa. Regresó convertido en un mocetón fuerte y curtido por el mar, el sol y el viento. Se levantaba muy temprano y periódico en mano se dirigía al excusado. Tardaba media hora. Salía fresco, canturreando, con la toalla al hombro, luciendo una camiseta azul de manga corta que le permitía mostrar sus dobles bíceps. Se colgaba de las argollas. Hacía piruetas en el trapecio. Tomaba desayuno preparado por su madre: un churrasco sangrante, un huevo montado, un pan frito, café con leche. Luego se ponía a escribir correspondencia y se marchaba. A veces volvía con un ojo morado, pero radiante. El pichín de la vinería de la esquina se metía dentro de la tienda cuando veía asomar a Pindongo, como llamaban a Carlos sus amigos. A veces se detenía un momento y sonriente le decía:

—Pichín de mierda, pégame a ver qué te pasa.

—No juegue don Carlitos, yo no me meto con nadie.

—Porque eres un maricón de mierda.

—No fastidie don Carlitos.

—Déjate de cojudeces; pega, desgraciado.

Al fin sobrevenía el pleito. El pichín le encajaba un puñetazo en la cara, y Carlos le respondía con un puntapié en la barbilla: levantaba el pie más alto que su propia estatura. Otras veces llegaba con moretones en los labios. La abuela chillaba: —Me han dicho que lo han traído en victoria unas mujerzuelas.

—No hagas caso de chismes —murmuraba el abuelo.

En realidad, Carlos era el pie de Judas: fuerte como un toro y agresivo como un jabalí. Naturalmente sus compañeros eran los matones de turno, varios al servicio de Aspíllaga. Uno de ellos se llamaba Clemente Ballén, como un distinguido caballero limeño. Era blanco, gordo, fuerte y arrogante. Carlos no lo miraba bien, como tampoco al rubio Chirichigno, ni al faite Piazza. Todos concurrían al burdel de Sara Mora, en la calle del Huevo. Ahí encontraban mujeres acogedoras, amigas y pupilas de cama y cantina. Carlos, con sus ojos verdes, su nariz respingada, su finura de trato, su musculatura de levantador de pesas y su acometividad, conquistaba fácilmente a las mujeres de la baticola floja: "La paloma sucia" andaba prendada de él. Pero, Ballén también la pretendía. Una noche se produjo el esperado choque en plena sala de baile: Ballén salió proyectado por un balcón y cayó a la calle, rompiéndose la cabeza. Pindongo fue acusado de homicidio frustrado. Eran los días electorales.

Víctor Torres, aprovechando de su posición en el Ministerio de Gobierno, aseguró a su novia: —No temas por tu hermano, aparecerá cuando no haya nada contra él.

Pero, aparecería en Guayaquil, como sobrecargo del vapor "Santa Rosa". El mar lo mantuvo a buen recaudo, en marina

seguridad.

Ballén y Chirichigno se habían destacado como ejecutores y apaleadores de la candidatura de Aspíllaga. El comité de Curletti y Casaretto los tenía marcados. El día de las elecciones hubo correteada popular a los alcahuetes civilistas. Todos se refugiaron en los burdeles del Huevo y de la calle Patos, y algunos no pararon hasta los nauseabundos tugurios prostibularios de la calle del Suspiro. Capituleros y rufianes formaban la vanguardia de la oligarquía civilista. Sara Mora y Mercedes Medrano, esta última chilena, regentaban los más concurridos burdeles de Lima. Tenían sendas orquestinas compuestas cada una por un guitarrista, un pianista, un mandolinista y a veces un violín. Más tarde les agregarían clarinete y saxofón. La orquesta tocaba sin cesar de 10 a 2 de la madrugada, estimulada por las rondas de pisco que les enviaban los parroquianos. Las niñas salían al salón a esperar clientes. No siempre acababan conduciéndoles al tálamo, pero siempre a la cantina. Sara miraba desde lo alto aquel retributivo ir y venir de pupilas y parroquianos. Cuando alguna de las niñas se perdía en los interiores con un cliente a punto, ella anotaba en un cuadernillo: —Etelvina, uno, dos a cinco.

Mercedes era más liberal. Ella tomaba parte en la fiesta pero se guardaba para su *camote*. Tener su *camote* era propio de hombres de veras. Carlos tenía tres *camotes* a falta de uno: las tres por riguroso turno y con conocimiento mutuo lo buscaban. El pichín de la esquina le reprochaba sus veleidades. El respondía: —Ya ves, pichín, desgraciado, para qué sirve éste —y se cogía burlonamente los pendones.

—Rufiancito, eso no es decente.

—Cállate o te rompo el hocico.

El bachiche prefería la integridad de su hocico y no insistía más.

El populacho enardecido por Casaretto había emprendido una cacería de matones.

—Felizmente Pindongo está de viaje —comentó Torres.

—Si te refieres a mi hermano Carlos, no olvides a qué familia pertenece... y que todavía no es la tuya —refunfuñó Carmen Rosa.

El comité de Salud Pública, billinghurista quería acabar con los rufianes: —Ni lo piense don Lauro. Mañana los necesitaremos nosotros. No son mala gente. Son un relave de La Palizada.



—Eso de ningún modo —negó Curletti—, La Palizada es un grupo de muchachos que quiere correr peligros y demostrar que no sólo los negros saben trompearse. Ellos también lo hacen. Son campeones en el cabezazo y la patada en la barba. Usted no ha visto a Augusto Paz, a Pepe Ezeta agarrándose en Malambo.

—Claro, y todos son ahora de la gendarmería.

—“Karamanduka” Ayarza se enroló cuando la guerra con el Ecuador...

—Qué guerra ni qué demonios: se enroló para tener con quién pelear, y ahora sigue peleando a su manera.

La inauguración del gobierno de Billinghamurst fue accidental. El concurrió de frac, y Leguía, el saliente, también. Los bloquistas, especialmente los azuzados por **El Comercio**, prepararon una pavorosa silvatina contra Leguía. Este, sereno, narigudo y chiquitín bajó del estrado sin hacer caso a diatribas ni a vivas. Subió a su coche, ya sin banda presidencial, y se dirigió a su casa de la calle de Pando. Filas de comprometidos le esperaban por Bodegonos. Le arrojaban papeles rotos. El, sin inmutarse, sonriendo con desdén, saludaba a los que lo aplaudían y a los que lo befaban. Fue una vía crucis.

Billinghamurst preguntó a su Edecán, el hocicón Zamudio, mayor de caballería: —¿Han vigilado bien la salida de Leguía?

—Los hechos sí, pero los ruidos, imposible.

El nuevo Ministro de Justicia, don Francisco Moreyra y Riglos, conversaba con el de Relaciones Exteriores, Wenceslao Valera, hombre de confianza de Durand: —Ha sido una insolencia, debían haber respetado la ceremonia.

—Qué van a respetar esos... No tienen ley.

Las calles estaban pobladas de manifestantes populares. Seguía la huelga general. Un grueso grupo de diputados y senadores leguístas había acudido a la calle de Pando a saludar al ex-Presidente. En Palacio comentaban: —La mayoría parlamentaria está en Pando. Vamos a tener que hilar muy delgado con el leguismo. Tienen mayoría en el Congreso y don Roberto es el Vice-Presidente.

Billinghamurst se sentía muy seguro. Behió una copa de champagne y luego se hizo servir un whisky doble: —Creo que nos lo merecemos— comentó chasqueando los labios. Luego empezó a tallar su juego político: debería juntar fuerzas.

—Ha llegado a Lima el coronel Benavides, el vencedor de La Pedrera.

El abuelo Remigio rezongó: El vencedor de La Pedrera

fue el teniente Manuel Clavero, mi paisano... Y se quedó para siempre en la selva, víctima del beri-beri, Clavero comandaba la lancha "América".

El Jefe del Regimiento 9 es Benavides, tiene instrucción francesa, se quedó cuatro años en Saint Cyr.

—Bueno, bueno, pero Clavero conocía la selva y la lancha es la que realizó el ataque contra los colombianos.

—No discutamos, don Remigio, el hecho es que Benavides ha llegado a Lima. Y se dice que el sordo Varela lo tendrá como Jefe de Estado Mayor.

—¿El sordo Varela?

—Bueno, digamos el general Varela, Enrique Varela... Ya usted lo conoce. El general Muñiz dice que el sordo es trejo y capaz.

—No lo dice sólo Muñiz, lo dice el historiador chileno Vi-  
cuña Mackenna.

—¿Dónde?

—En su historia de la Campaña de Tarapacá. Ahí, lo califi-  
ca de "débil como un junco y bravo como un león".

—Carajo, buena cosa es el sordo.

—Yo no creo que Varela nombre Jefe de Estado Mayor así como así a un militar a quien no conoce.

—¡Pero es muy distinguido!

—Tiene la fama... Pero el héroe fue Clavero, el héroe —in-  
sistió el abuelo.

Aparecieron los novios de regreso del cinema. Víctor se des-  
pidió.

—¿Y cuándo se casan? Se van a encanecer de tanto noviaz-  
go —bromeó don Remigio a su nieta.

—Ay, hombre, Jesús contigo, si apenas tienen cinco años  
de noviazgo —acotó la abuela.

—Nosotros estuvimos solamente uno y fue bastante.— La  
abuela se ruborizó: —Es que tú fuiste siempre muy vehemente.

—No, señora, es que este Torres es un rengalido y no tiene  
ánimo para nada. Y Carmen Rosa que está en su flor, pierde el  
tiempo lastimosamente.

Carmen Rosa intentó una débil defensa de su novio: —Víc-  
tor tiene encima a su madre viuda y a su tía solterona...

—Bueno, bueno, ya es tiempo de que se decida, y si tú y tu  
madre no lo ajustan, lo haré yo.

La ciudad cambiaba rápidamente. El jirón de la Unión se

hacia más y más parisién. En solo la calle Baquijano, donde tenía su lujosa mansión don Juan Vernal Garcia, acaudalado salitrero de Tarapacá, como Billinghamst, mostraba ya varias novedades: en la esquina con la calle de Minería, acababa de estrenarse un edificio de tres pisos, todo de cemento, con adornos monumentales, construido por los hermanos Masperi, y en cuya amplísima planta baja había abierto sus puertas una confitería que no tenía nada que envidiar a las mejores de Argentina, Uruguay y Chile y muy poco a las de París. Ciertamente que no lucía una terraza a la calle como el Café de La Paix, pero competía con el "Lucerna" de Santiago y "El Aguila" de Buenos Aires. A la mitad de la calle se había inaugurado el Teatro "Excelsior". Al frente, en Jesús María con Boza, una tienda de comestibles y bar, perteneciente a la cadena de Pietro Giacoletti, quien poseía una serie de suntuosos establecimientos uno de ellos en la esquina de La Colmena con Quilca en el mismo Jirón.

La inauguración del Palais Concert fue un suceso memorable. Constaba de tres cuerpos, uno de ellos subdividido en dos partes. Su área total pasaba de los 600 metros cuadrados en la planta baja. El compartimiento de la esquina con Minería era el bar, con un largo mostrador, un par de mesitas para parroquianos conversadores, una vitrina con toda clase de licores y tres excelentes cantineros criollos. Detrás quedaba una salita con doce mesas con cuatro sillas cada una: las sillas eran de mimbre color celeste y amarillo, entrelazado. El segundo compartimiento era el de la venta de pasteles y confites. Tenía dos mostradores. A las 11 de la mañana salía la primera remesa de pasteles dulces y salados, los de carne eran pequeños volau vent. Desde las once llegaban parvadas de muchachas, todas ellas ensombreadas y con veíllos sobre la cara, y de jóvenes "bien" estudiantes y altos empleados y hasta mujeres elegantes que se instalaban en el pasillo a engullir los olorosos pastelillos, a cinco centavos cada uno.

El tercer compartimiento tenía dos anchas puertas de cristal, por las que se ingresaba a la sala de té, con más de cien mesas. Al centro, en una especie de mezzanine o tinglado aéreo, las damas vienesas (seis gordas señoras en total) tocaban periódicamente vals de Strauss, partituras de ópera, alguna sonata clásica y, de tarde en tarde, "El Cóndor pasa", de Alomía Robles, en plena moda entonces.

Desde las once las dos puertas del tercer compartimiento se llenaba con los jóvenes de la crema, principalmente dandies e intelectuales, a la caza de chismes y conquistas fáciles. Las **midnettes** de Oeschle, donde ya trabajaban mujeres de **medio pelo**, proyectaban desde el Portal de Botoneros, a esa hora, un largo

desfile de sus obreritas, todas ellas soñando con un romance de opereta.

Carmen Rosa solía encontrár, los sábados a las 12, a su novio en el Palais Concert. Ella pedía parsimoniosamente un helado de pistacho, su hermana Celia la acompañaba con un capitoso y rosado ice cream soda, mientras Víctor llegaba y pedía pecaminosamente una champaña. Los espejos se iluminaban de miradas y reflejos.

Las tardes de los viernes el Jirón se colmaba con las elegantes que asistían al **viernes de moda** del "Excélsior". Lo administraba un español, Armengol. La sala era amplia, el écran bien dispuesto, los asientos duros, los precios altos, la concurrencia numerosa, la duración de la función, dos horas. Se empezaba a las seis en punto y se concluía faltando minutos para las ocho. La protagonista, la sensual Hesperia, la voluptuosa Pinha Menichelli, la señorita Gabriela Robinne, la pícara Susana Grandais y el chispeante Max Linder, o el desconcertante Gribouille —a quien se llamaba Sánchez— hacían las delicias de la concurrencia, con sus gestos automáticos y silenciosos. Había empezado a filmar, por ese entonces, cierto cómico de grandes cejas, bigotillo recortado, andar de pato y risa cuadrangular. Se llamaba Carlitos, nombre primegenio de Chaplin.

En la esquina de La Colmena con Quilca, entrando a la calle Belén, se construía apresuradamente un nuevo teatro, al que llamarían "Colón", en tanto que el viejo "Olimpo" apenas abría de tarde en tarde sus puertas, desvencijado, maloliente, ruinoso.

Todo cambiaba. Hasta aumentaban los sueldos en el Ministerio de Gobierno.

Realmente parecía advenir la época del Pan Grande.

Víctor llegó la última noche de julio con una noticia largamente esperada: —Amor, nos casaremos a fin de año. Me recibiré de abogado en octubre. Al fin podremos realizar nuestros sueños.

Carmen Rosa se le unió en un beso que, como el del romance, duró lo que una misa cantada. Toda la familia participó del júbilo. Ahora, los preparativos de la boda. Había que formar el trousseau.

—Mañana iremos a las Galerías Lafayette para encargarnos algunas cosas que sólo vienen de París: queda en el segundo piso del Palais Concert.

—¿De París?

—Sí, de París, de Francia.

—Ajá, pues yo creía que sólo los niños venían de París.

—¿Qué zonzo eres!

Sonó otro beso: el segundo audible de la noche.



La patrona de Aux Galeries Lafayette era una dama francesa cuarentona, bien peinada, cabello castaño claro, muy bien decorado el rostro, ceñida, de fino busto y una erre o egue gatural que le hacía mucha gracia. Atendió a Carmen Rosa con infinita paciencia.

—Señoguita, yo compengde muy bien... Ud. necesita un trousseau. Fue enumerando, catálogo en mano, la calidad y precio de las batas de entrecasa, los saltos de cama, los pantaloncillos, las medias, algunos artículos de tocador y otros de cocina.

—Total: 5,430 francos con 45 céntimos.

—Huy, qué caro—. Comenzaron a recortar para llegar a un precio razonable.

Victor no estaba presente. Eran gastos de la novia. Su hermano Carlos y su tío Leandro la habían autorizado a no pararse en pelillos. La acompañaba la tía Carmen. Esta, mujer más bien alta, de cuerpo de la época: torneado y lleno, de ojos leonados y frente espaciosa, sonreía cariñosamente a la sobrina un poco nerviosa. Desdichadamente, la tía Carmen, en sus treinta y cuatro se sentía mal desde hacía meses. Por eso se había ido a convalecer a Chorrillos. Venía para ver al médico y a su sobrina de novia.

—No temas, yo le diré a Leandro que no sea tacaño.

—Es que yo sé que está muy gastado con tu enfermedad.

—No te preocupes, Dios proveerá.

Bajaron de Aux Galeries Lafayette, después de pagar el adelanto a cuenta, y entraron al Palais Concert a tomar helados. Las damas vienesas atacaban en ese momento, con inusitada furia, el pasacalle que sirve de obertura a **La Gran Vía**. Torres que estaba advertido de la visita apareció en el umbral, sonreído y muy solícito.

—Has tardado un poco...

—Estoy arreglando mis papeles en la Universidad, para el grado y además en el Ministerio salieron cosas impensadas.

—Ya me tiene aburrída tu Ministerio...

—Dáte golpes de pecho, muchacha, que tu novio puede salir a verte, en cambio mi marido no aparece hasta las nueve, aunque siempre después de **centrear** dé siete a nueve... es incorregible: piropeando no lo gana nadie.

—Más vale así: el tío es franco, pero hay otros que son máltalas callando —y Carmen Rosa miró recriminatoriamente a su novio.

—No hables por gusto: no te voy a decir por qué nos han demorado, pero, ten la seguridad de que algo pasa.

Esa tarde concurrió el Presidente Billinghamurst al Congreso para leer un mensaje especial. Se trataba de poner fin a la cues-

tión con Chile. El Perú necesitaba salir de aquellas dificultades para encarar el futuro. Billinghamst había visitado días antes las obras de prolongación del Malecón de Chorrillos hasta La Herradura, bordeando el mar. De una yola del Club Regatas, que ensayaba en ese lado del mar, partieron gritos hostiles: —¡Abajo Pan Grande... Abajo Pan Grande!—. El Comisario, un señor Moreno y Paz Soldán, conoció al Capitán de la yola: Hernán Bellido, el gordo Bellido. Después que dejó al Presidente en el Tranvía Presidencial en que volvía a Lima, se dirigió al Club y apresó a la tripulación campeona que dirigía Bellido.

Billinghamst tenía una casa en la calle del Tren de Chorrillos, a la espalda de la de Riva Agüero y cerca de la Iglesia del Buen Pastor. Su hijo Enrique daba diarios espectáculos donjuanescos en una banca del Malecón, donde se sentaba en amoroso coloquio con su novia, una hija del acaudalado salitrero Vernal García: el salitre atrae como el amor. Billinghamst era, pues, un chorrillano. Había arriesgado su vida durante la guerra defendiendo a Chorrillos. Los chilenos se lo llevaron prisionero a Chile por combatirlos desde el Morro Solar de Chorrillos.

—No comprendo cómo ustedes, chorrillanos distinguidos, pueden atacar a otro chorrillano como es Su Excelencia el señor Billinghamst —amonestó el Comisario.

—Suéltenos y no friegue, Comisario, si nos conocemos.

Se había fundado en esos días un Club de Fútbol de jóvenes chorrillanos. Lo presidía Andrés Valle, hijo del rico inmigrante don Tomás. Tenía la apariencia de un joven bersaglieri. Ojos encendidos, de hipnotizador, talla alta, color rosáceo, vigoroso, exultante. El segundo era Gonzalo N. Aramburu, hijo de otro defensor de Lima en la guerra, pero ahora hijastro del ilustre profesor Deustua. Al lado de ellos, como Mefistófeles o Falstaff actuaba un muchacho retorcido como un alambre de colchón, de ojos enloquecidos, hablar tartamudeante, color pálido, delgado, caminando siempre de costado, con el sombrero de paja hundido hasta la ceja derecha, aficionado a torear tranvías y acreedores, inquieto, ingenioso, vicioso, chispeante y audaz: Pedro de Ugarriza y Suárez de la Inquisición.

Ugarriza sentenció: —Pan Grande está fregado. Si hasta el gordo Bellido se atreve a abuchearlo es porque le han perdido el respeto... Yo no sé por qué, porque es inteligente, patriota y ha sido pierolista. Pero, ahí está la cosa.

El Club funcionaba en una tienda en la parte exterior del Mercado, sobre la calle del Tren, esquina con la calle Zepita.

Se decía que el Congreso había escuchado con disgusto a Billinghamst. Este había reaccionado con disgusto de Mariano Cornejo, un político de Puno, con una actitud antiparlamentaria:

mientras continuara ese Congreso no podría realizar ningún programa de mejoras, ni tampoco se libraría de la constante amenaza de Leguía, acicateando a su hermano Roberto, primer Vice-Presidente.

—Estamos muy ocupados con labores especiales en el Ministerio, pero eso no retrasará nuestro matrimonio. Los Leguía están conspirando y los Pardo y los Miró Quesada también. Dicen que hay sondeos en el Ejército.

—¡Válgame Dios! —comentó la novia un tanto inquieta ya.

En junio, cuando empezaba el invierno con sus nieblas, sus garúas y su recalcitrante humedad, surgió un hecho inesperado. Súbitamente, Piérola, el viejo caudillo, había enfermado de gravedad. Se decía que se hallaba al borde de la muerte.

—De eso tienen la culpa los civilistas: Pardo lo hizo perseguir a raíz de la malacrianza de Isaías contra su persona, y Leguía lo volvió a perseguir a causa del 29 de mayo.

—Eso no es culpa de los civilistas, sino del alocado Isaías, él es el causante de los males de su padre, con sus intemperancias.

—Un hijo nunca mata a su padre...

—Yo no digo eso, don Telésforo, pero los hechos son los hechos.

—Pobre don Nicolás, incomprendido hasta para morir.

La calle del Milagro, era una enorme hilera de coches y hasta de algunos automóviles Hispano-Suizo y Renault. Los coches depositaban su humana carga en la ancha puerta de la casa de "El Califa" y volvían a partir con sus atribulados ocupantes. En las esquinas vigilaban apostados, en prematuro duelo, viejos combatientes de la Coalición del 95. El barrio de Malambo se vaciaba rotativamente a el Milagro. El Edecán del Presidente acudía dos veces al día a indagar por la salud del ilustre caudillo ya cerca de los ochenta. Numerosos frailes invadían la casa. Llegó el día de los últimos sacramentos. No cabía duda ya: Piérola se moría. A pie, bajo Palio, Monseñor Ballón llevaba en sus manos la Sagrada Custodia, seguido por sus acólitos, vestidos ritualmente y meneando los turíbulos, bordeados por los hachones de la Cofradía. Una procesión de creciente y gemidora multitud, a cuya cabeza iban don Manuel Pablo Olaechea y don Carlos de Piérola; y beatos y beatas y hombres y mujeres y niños, la mayoría de color oscuro, gimoteando: —Bendito, bendito, bendito sea Dios; los ángeles cantan y alaban a su creador—. Así entró por la historiada casa de El Califa la persona del

Señor. El humano doliente río había partido de la Iglesia del Sagrario.

Piérola, en esfuerzo supremo, sentado en un sillón, con la larga y cuidada barba encuadrándole el rostro, en el que la nariz chica y los grandes ojos todavía encendidos parecían un fragmento de un cuadro del Españolito. Los hijos a la vera, humillada la frente ante la Majestad del Redentor. Piérola alzó la cabeza para recibir la hostia. Un largo sollozo estremeció la alcoba. Había llegado la última hora.

Se había producido un traslado colectivo de zambos de los barrios más lejanos y de las provincias más cercanas sobre la calle del Milagro. Negros viejos y maduros de Malambo, Cocharcas, El Cercado, Malambito, Caudivilla, Puente Piedra, Infantas, Lurín, Villa, Mala, Cañete, Chíncha, El Carmen, Huacho.

—Dios salve al Califa.

—Dios no ha de querer que don Nicolás nos deje.

Hubo un gemido general. Se doblaron las rodillas en inextinguible llanto. Los diarios, algunos desde luego, publicaron la noticia con negros caracteres: promediaba junio de 1913 "Piérola ha muerto, viva Piérola". Como ante la muerte del rey de Francia, ese era el grito popular: ¡Piérola ha muerto, viva Piérola!

Inmediatamente el Presidente Billinghurst llegó en persona, a la casa. Contempló largamente a su yacente y antiguo jefe: tenía una majestad conmovedora. La barba nivea le cubría el pecho. Billinghurst tenía los ojos enrojecidos. Abrazó a Amadeo, el hijo predilecto. Salió caminando lentamente. Poco después anunciaban a Leguía. El Ex-Presidente, olvidando las injurias de ayer, se presentó en la casa. Vestía de negro: chaquet y tarró. Entró con paso firme hasta la cámara fúnebre. Tendió los brazos a los hijos y se arrodilló junto al ataúd haciendo la señal de la cruz.

Orestes Ferro, el veterano pierolista, que atacara el Palacio de gobierno en 1909, montaba guardia como pierolista y como Prefecto de Lima. Miró a Leguía de soslayo. La casa era un jubileo de gente. En un lado el poeta José Gálvez, el orador La Jara y Ureta, los más entusiastas miembros de la juventud pierolista conversaban en voz baja. Había desaparecido un hombre irremplazable.

—Ya no habrá revoluciones —comentó el abuelo.

—Dios lo tendrá en su gloria porque, eso sí, era muy buen cristiano.

Contestó don Remigio: —Yo no sé si era o no buen cristiano. A mí me parece que lo fue a ratos. Pero valía mucho y era ídolo de los pobres. Va a hacernos falta don Nicolás... aunque sea para echarle la culpa a alguien.



Víctor no parecía muy afectado: —Lo que temo es que ahora salten nuevos caudillitos... Durand y los Miró Quesada tienen el campo libre.

—Ay, Víctor, Piérola ha muerto, era un buen cristiano, hay que rezar por su alma... Yo he oído decir que era un gran hombre.

Carlos, que nunca hablaba de política, y que había sentado plaza como alférez de reserva en el Regimiento N° 3 de caballería, llegó en su corcel de alta talla. Vestía uniforme de fajina. Condujo el caballo por el callejón hasta el corral y se cambió de traje.

—Voy a ir de paisano a ver el cadáver, y después tengo que asistir con mi escuadrón a las honras fúnebres.

—Se han decretado honores de Presidente.

—Yo no me meto en política, pero esta muerte ha conmovido al Ejército.

El pichín que lo vio pasar primero a caballo y con uniforme, y después de paisano le gritó: —Carlitos, éste va donde Piérola, ¿no? Hace bien, era un gran hombre.

Un gran hombre, un gran hombre, un gran hombre: frase consagrada: Carlos la traducía: gran muerto, gran muerto, gran muerto.

Había que morir para ser grande. Instintivamente se ajustó el cinturón y apretó el paso hacia la calle El Milagro.

Después del gigantesco sepelio de Piérola, surgieron contradictorios comentarios: —Yo creo que Leguía ha hecho mal en presentarse en la casa del Califa: fue a remover los conchos de Isaías.

—Al contrario, compadre, es una prueba de civilización y cultura.

—¿Quién les va a enseñar cultura a esos zambos de mierda?

—No crea compadre, también ellos aprenden.

—Bueno, creo que quien peor parado sale de esto es Leguía.

—¿Leguía? ¿Por qué?

—No vio usted las miradas que le lanzaba Ferro, el Prefecto; y Ferro fue herido gravemente en el asalto del 29 de mayo.

—Más razón para que se mantenga correcto.

—Es de sangre italiana, y los italianos tienen la **vendetta**.

—Déjese de vainas, compadre, Leguía ha dado una lección.

No pasó mucho tiempo sin que surgiera un conflicto político: Leguía resultaba peligroso para Billingham. Se decía que don Roberto conspiraba contra el Presidente. De todo se culpaba a

don Augusto. Los periódicos atizaban la cuestión. Una tarde, el Prefecto Ferro se presentó a la casa de Pando a preguntar por el señor Leguía.

—Ha salido —contestó el mayordomo japonés.

—Yo sé que está adentro, dígame que el Prefecto quiere hablar con él.

Leguía efectivamente estaba en casa. Vestía de saco gris. Salió a la cancera: —¿Qué desea usted?

—Tengo orden de entrar en su casa y apresarlo.

—¿Quién es usted?

—Bien que me conoce, señor, yo soy Orestes Ferro.

—¿Y quién es Orestes Ferro?

—¡Carajo! ¿No sabe usted que soy el Prefecto de Lima?

Leguía lo midió de arriba abajo, y contestó: —Pues sea usted quien sea, ésta es mi casa, no he cometido ningún delito, he sido Presidente de la República y me ampara la ley.

Ferro contaba con la resistencia de Leguía: —Aténgase entonces a las consecuencias.

Los gendarmes y soplones generosamente entremezclados se precipitaron sobre la fuerte reja del primer patio. De los techos partieron disparos. Los asaltantes retrocedieron. Ferro, convertido en general en jefe disponía lo necesario para el asedio y el asalto.

—¿No es este Ferro pariente de Aspíllaga? Entiendo que es casado con una señora Anderson hermana de la esposa de Ramón Aspíllaga.

—Así es, señor, pero ahora obedece a Billinghamurst.

Sonó un disparo. De los techos de Pando contestaron el fuego. Leguía defendía tesonosamente su territorio. Minuto de tensión y fuego. Al fin las fuerzas asaltantes rompieron la verja y entraron en la casa. Leguía les salió al encuentro, humeante el Smith Wesson 38.

—¡Ríndase, señor, no me obligue a mayores extremos!

Leguía fue apresado y embarcado enseguida en el remolcador "Penguin" con rumbo a Panamá.

—Señor, he cumplido sus órdenes —dijo Ferro al Presidente.

—Bueno, hemos salido de un incordio, pero nos quedan muchos —respondió Billinghamurst.

—Yo sabía que el chiquito se defendería como un bravo —comentó don Remigio.

—Sangre de Lambayeque —agregó la tía abuela.

—¿Cómo estará Carmencita cuando sepa lo sucedido?

—Ella tiene sangre lambayecana.

Víctor Torres llegó mohíno. Al verlo pasar contristado, el poeta del barrio, el pelucón Varela, dibujó una sonrisa de desprecio en sus labios agrietados por el pisco. Torres hizo como que no lo había visto. La novia lo esperaba ansiosa: —No sé, no sé, pero esto huele a pólvora. Necesitan un brazo fuerte. El sordo Varela tiene mucho prestigio pero ha perdido contactos, no arrastra, ha sido muy rígido siempre.

Los periódicos adictos al gobierno despotricaban contra el Congreso de mayoría leguista. La Nación, órgano del régimen, dirigido por el poeta Enrique Bustamante y Ballivián, anunciaba que su concurso de cuentos había sido ganado por el cuento "El Caballero Carmelo" del joven escritor iqueño Abraham Valdelomar.

—¿No te había dicho yo que Valdelomar tenía mucho talento y era mi condiscípulo?

—Ah, sí, ese zambito petimetre de quien me has hablado varias veces...

—Exacto, está en Roma como Secretario de Legación.

—Y a ti, ¿cuándo te nombran? ¿No crees que sería maravilloso pasar la luna de miel en Europa?

Con inesperado arrebató Víctor estampó un largo beso en los labios de Carmen Rosa. La primavera comienza así. Los estudiantes, tripulando victorias y coches cerrados, cantaban a todo pulmón por las calles la canción de Gálvez y Soro:

Juventud, juventud torbellino,  
soplo eterno de eterna ilusión,  
fulge el sol en el largo camino  
que ha nacido la nueva canción.

—¡Viva la juventud!... ¡Viva Piérola... Viva el Perú!

Murmuró don Remigio, desde el postigo de su casa: —Niños futres, les faltó el carajo para hacerlo mejor.

Víctor Torres soltó una rara carcajada.

—Qué lisos son los hombres... hasta cuando son viejos —observó Carmen Rosa.

Su novio la tiró del brazo y la metió en la salita de la izquierda. La luna estaba en cuarto creciente.

## CAPITULO XIV / LA CIUDAD

### CRECE

A pesar de que había pasado más de un año, todavía se discutía en los ambientes literarios, estudiantiles y políticos, el incidente de la Biblioteca Nacional: con González Prada o con Ricardo Palma, había sido la aparente alternativa. Los mejores enterados la tradujeron como: con Leguía o contra Leguía. En 1913, inesperadamente, las páginas de **Acción Popular**, diario billinghurstista, publicaron la "Nota Informativa sobre la Biblioteca Nacional", suscrita por González Prada.

—Yo respeto mucho al Maestro, pero creo que se ha excedido en el ataque: Palma no merece tanta diatriba— comentó don Remigio.

—Es que usted no recuerda que don Ricardo ha publicado, hace seis meses, un libelo infamante contra el Maestro— respondió Víctor Torres.

—Buenos o malos, éste o aquél, yo creo que debieron mantenerse arriba.

—¿En las nubes?

—No, en los techos solamente.

—Este es el resultado de un pleito viejo; recuerde el discurso del Maestro en el Teatro Olimpo de Lima.

—Pero recuerde usted también las cartas de Palma en **El Comercio**. No hay derecho para que dos escritores tan grandes se mechen así porque sí, acusándose de simplezas infantiles.

—Los civilistas tienen la culpa: hicieron cargamontón contra el Maestro, valiéndose del incidente.

—El verdadero responsable es Germán Leguía y Martínez,



amigo del maestro: es quien lo decidió a aceptar la dirección de la Biblioteca Nacional.

—Yo no veo ninguna responsabilidad en lograr que un intelectual tan eminente como González Prada se resuelva a aceptar un cargo para el que está preparado.

—Pero... esos insultos.

—¿Y los del otro? ¿Y los que han echado leña a la hoguera?

La familia no estuvo de acuerdo: los puso, en cierta medida, la llegada del correo con unas facturas de Aux Galeries Lafayette: la idea del matrimonio empezaba a tomar cuerpo.

Torres se había recibido de abogado. La ceremonia había sido laboriosa y con riesgos. Durante un mes, Torres, apenas visitó a su novia unos minutos por noche y en el acto se marchaba a estudiar, a machacar, como decían los estudiantes. Tenía que rendir un examen general de todas las asignaturas y después otro examen sobre dos expedientes, uno en materia penal y otro en materia civil, sometidos a su criterio.

La situación general no era la más favorable a sueños matrimoniales.

El Congreso hostilizaba sistemáticamente los proyectos del Ejecutivo, y Billinghurst montaba en ira con suma facilidad. Un semanario publicó una caricatura en la que el Edecán del Presidente, "el hocicón" Zamudio, detenía a un Ministro que pretendía ingresar al Gabinete Presidencial y le señalaba el termómetro: marcaba 40° C. Desde adentro salían interjecciones y consonantes ásperas. El ex-pierolista Mariano H. Cornejo, orador estrella del Congreso de 1895, oriundo de Puno, fundador de la cátedra de Sociología en la Universidad de San Marcos, empujaba al Presidente a disolver el Parlamento. Se publicaban caricaturas aludiendo a Carlos I de Inglaterra decapitado por atentar contra la Cámara de los Comunes. El Ejército se politizaba agujoneado por los civilistas que lo halagaban de mil maneras. El Coronel Benavides, que se había entroncado con una de las dinastías más numerosas de la República Oligárquica, parecía la pieza fuerte de aquel ajedrez criollo. Pero Billinghurst confiaba en la no desmentida lealtad, el coraje y el prestigio del sordo Varela, su Ministro de Guerra. Con frecuencia, las huestes — hordas las llamaba el periodismo antibillinghursta, adictas al Comité de Salud Pública — recorrían las calles o invadían las galerías del Congreso profiriendo denuestos contra los parlamentarios. Olía a Fronda. Ambiente frondista nada auspicioso para iniciar una familia. Pero, con el título de abogado, Torres parecía haber cobrado una vitalidad desconocida.

Volviendo al examen de grado, había sido una peripecia

interesante. En realidad contestó y no muy bien a las preguntas teóricas de sus examinadores, pero se manejó con soltura en el informe práctico. El catedrático de Derecho Eclesiástico, don Ricardo Aranda, un viejo flaco, bigotudo, nervioso e indulgente, le daba la respuesta al preguntarle. En cambio don Rufino García, catedrático de Derecho Internacional planteaba unas alegorías incomprensibles sobre la Señora Soberanía, su hermana la señorita Independencia, su sobrina la niña Frontera, su padrino el señor Ejército, etc. Un galimatías pueril. De toda suerte ya era abogado, mandó hacer una placa de bronce y buscó ventana donde colgarla, cerca del Palacio de Justicia que se hallaba en el viejo local de la Aduana, en la calle de Santa María, no lejos del Mercado Central.

Todo estaba dispuesto para el matrimonio. Los tíos, tías, primos, primas, hermanos, hermanas, abuelos, etcétera, se devanaban los sesos imaginando cómo sería la fiesta. Habría que alquilar a los Izquierdo, que eran una familia de raza negra, bien educados, jetones, que usaban modos corteses y disponían de chaqué y frac. La dinastía de los Izquierdo se había especializado en varios rubros importantes: armar capillas ardientes, cargar ataúdes, tramitar entierros, organizar banquetes, preparar platos de toda índole para enviarlos a domicilio, servir en matrimonios, acompañar al Viático llorando a voluntad, formar clubes políticos, armar pachamancas. Su registro era formidable. Sabían preparar pavos rellenos, canapés de anchoas, papa a la huancaína, gallina a la bearnesa, langostas a la Thermidor, humitas, choncholí, mixed grill, que después se llamó parrillada, pepián de choco, pepián de pavo a la trujillana, papas con ocopa, ponche a la romana, pescado en salsa tártara, gelatina de pata, arroz zambito, bavaois de chirimoya, Saint Honoré, leche asada, ranfañote, picarones a la limeña, queso de Flandes, pastel de nuez, y etc. etc.

Los Izquierdo constituían una falange de sonrisas, buen apetito y genuflexiones. Pero cobraban caro: —No, don Víctor, la gente exagera, nosotros nos adaptamos. Por ejemplo, el otro día los señores Carrillo pagaron diez veces más que los Mendoza por el mismo buffet.

—Considérenme Mendoza, no Torres —bromeó Víctor.

—Usted es un abogado y un alto funcionario de Gobierno, pero... nos haremos los zonzos y le arreglaremos las cosas como para estudiantes: don Remigio ha sido muy buen amigo nuestro.

La ceremonia iba en progreso. Pero Aux Galeries Lafayette falló en uno de los pedidos y hubo que recurrir al Au Bon

Marché: otros tres meses de espera. Eso daba tiempo para pintar la casa, arreglar los tapices, lavar las cortinas, concentrar a la familia.

Carlos, alférez del Regimiento N° 3, se escapaba del cuartel de la Magdalena y escondía su caballo en el corral. Se vestía de paisano y se iba de parranda. En esos días se instaló a media calle, al otro lado, dividida ya la arteria por la Avenida de La Colmena, una prostituta blanca, robusta, con un fuerte bozo, a quien apodaban "la Mojón de oso". Tenía un hijo de doce años, blanco, grandote y tímido. Los mataperros del barrio le perseguían preguntándole: ¿Dónde está tu mamá? ¿Con quién duerme tu mamá?

El muchacho al principio reaccionaba tirándole piedras. Después se echaba a llorar. Los malditos mataperros lo toreaban gritándole cosas. Acabaron rebautizándolo como "Pavo zonzo".

Pavo zonzo los correteaba un rato y luego huía.

Un día se atrevió con uno: —No me digas pavo zonzo, ya no me dicen así... estás atrasado.

—¿Y cómo te dicen, cojudazo?

—Ahora me dicen... la puta que te parió—. Y echó a correr muerto de risa.

Carlos solía recalar a veces donde la Mojón de oso. Tar-daba mucho. Ella salía a la puerta y muy recatadamente le hacía adiós con la mano. El se hacía como que no la había visto, y se alejaba ajustándose el cinturón.

—Don Carlitos se ha vuelto bagrero; el ejército lo abagró, don Carlitos.

—Calla bachiche de mierda o te rompo la jeta.

—A mí no me rompe nada, mi alferече: lo acuso al comandante que es cliente de la casa, al colorao Bernales, su jefe.

El colorado Bernales, joven comandante, amigo de la casa, distinguía a Carlos y le permitía sus escapatorias. Mientras tanto algo malo crecía en el Regimiento. Después se supo que lo mismo pasaba en la Escuela Militar y en el número 5.

El Presidente Billinghamurst llamó al Ministro Varela. Este lo tranquilizó: —He llamado al coronel Benavides que tiene cuatro años en París, con el ejército francés: tiene disciplina europea, no es un montonero cualquiera.

—Si usted lo dice, Ministro, así debe ser... Con todo, voy a hablar con el comandante Luque.

—¿Con el de Gendarmería? Esos no son soldados.

—Tal vez sea así, pero es hombre leal, yo confío en él, la gendarmería guardará Palacio.

Torres, aprovechando de la tregua que a su matrimonio concedían las demoras de las agencias francesas, se consagró a trabajar en el Ministerio y a pasear a su novia: el tiempo libre lo pasaba en el estadio del doctor Del Mar, que era su padre. Había que formar clientela.

Había llegado al Teatro Colón la compañía de la actriz mexicana Virginia Fábrega. Ella era una mujer hermosa, alta, de grandes ojos, tenía como compañero al actor Gerardo de Nieva, muy maquillado y parlanchín. Vivían en el Hotel "Francia e Inglaterra", dando cara al atrio de la Catedral.

—Ahora somos una gran capital: ni Buenos Aires tiene tantos teatros— decía un chovinista.

—No friegues, en el Colón de Buenos Aires caben dos mil personas, y en el nuestro apenas doscientas.

—La esencia se vende en pomitos.

—Pero la boletería necesita frascos grandes.

El Congreso se hallaba muy agitado. El Presidente de la Cámara de Diputados era un hombre rico, sereno y patriota: había peleado contra los chilenos, formando parte de La Ayudantina de Cáceres, como alero del hoy general Muñiz. Ricardo Bentín se había erguido contra Billinghurst porque éste pretendía disolver el Parlamento. En realidad, el Presidente sufría un acceso de ira. Un día, muy violento, dijo a uno de sus Ministros que le llevó un proyecto de ley: No lo firmo aunque me corten los huevos.

El Ministro, hombre pacato, presentó su renuncia.

—Pero ¿qué le pasa a Morales, por qué renunció?

—Excelencia —explicó el Edecán Zamudio—, está muy ofendido porque usted lo ha tratado mal.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Usted le ha dicho que antes de firmar un decreto que él le llevó, se dejaría cortar los... bueno... eso que usted sabe...

—¿Los huevos? Buena vaina, si yo no he dicho que le voy a cortar los suyos, sino que me dejo cortar los míos... ¿A él qué le importa?

El grupo que pretendía reformar la Constitución y sacarse de encima al Congreso con veleidades leguístas, resolvió presionar al Presidente. Los días 1º y 2 de febrero se apoderó de las calles de Lima y empezó una campaña de telegramas contra el Congreso. La prensa constitucionalista denunciaba la maniobra como un golpe de estado. El inquieto Augusto Durand,



jefe del Partido Liberal y Senador de la República, armó la conspiración. La policía clausuró "La Prensa", la tarde del 3. Esa noche verdaderas hordas populistas, aclamando a Billinghurst y dando mueras al Congreso, recorrieron la ciudad. Montaban en victorias y en carretas, disparando a diestra y siniestra. El Prefecto, otro sordo, "el sordo" Aguirre, dió orden de apresar a Durand. Este desapareció sin dejar huella. Después se sabría que se había ocultado en el Hotel "Francia e Inglaterra", donde el actor Gerardo de Nieva lo maquilló como si fuera a representar un papel en la comedia **Papá Lebonard**, que andaba en la cartelera.

Carlos llegó a la casa a las nueve de la noche, vestido de paisano: —No me pregunten nada. Voy a quedarme en casa—. Como tenía su modo de vivir particular nadie le preguntó más. La noche estaba llena del eco de los balazos. Todos se acostaron temerosos.

Víctor estuvo en casa hasta las once: —No sé si tenga que ir al Ministerio. Como tengo teléfono quizás me llamen.

No lo llamaron. A las 4 de la mañana se oyó un tableteo de ametralladoras.

—Se están batiendo en alguna parte de la ciudad —dijo el abuelo Remigio, que se levantó abrigándose con su paletó, pese a que era el comienzo de febrero y hacía calor. Como los teléfonos eran escasos, se hacía difícil saber algo más.

Muy de mañana, salieron los diarios. El Comercio traía un enorme titular: "La gloriosa madrugada de hoy". La Revolución contaba con la guarnición de Lima, al mando del coronel Benavides, que había dejado de ser Jefe de Estado Mayor la noche trasanterior, había capturado Palacio y apresado al Presidente. La gendarmería, a órdenes del comandante Luque, se había batido fieramente. El Ministro de Guerra, el heroico general Varela, había decidido dormir en el cuartel de Santa Catalina para controlar cualquier conato de sublevación. Era sordo y magnánimo. A media noche, apagados los pasos, un corto piquete, al mando de un capitán, entró en la pieza del Ministro dormido y lo acribilló a balazos. Billinghurst se negó a firmar su dimisión. Se la exigían los militares sublevados y dos jóvenes civiles: Jorge y Manuel Prado y Ugarteche, de alcurnia civilista. Billinghurst les lanzó un sarcasmo. Lo condujeron a la Penitenciería.

Carlos despertó muy temprano. Había vuelto al cuartel en la noche, pero se dió con que su comandante, el colorado Bernales, había sido detenido y enviado a su casa sin comando:— Tú, Carlos, vete a tu casa; no contamos contigo y no queremos meterte un tiro.

—Me habían escondido el revólver, y me dieron el caballo.

—Ahora habrá otra postergación del matrimonio —gruñó don Remigio mirando de reojo a Torres que conversaba animadamente con Carmen Rosa, su hermano Carlos y la tía Antonia.

El poeta del barrio, el vecino Edgardo Varela, acertó a pasar frente al grupo. Había bebido: —Viva el Congreso, viva la Constitución— gritó con inusitada voz de capitulero, y agregó con tono más suave, poniendo el alma en los ojos: —¡Y viva la belleza!

Carmen Rosa le volteó la espalda. Torres palideció. Carlos se limitó a comentar: —Si quieren le saco la... poesía por la boca...

—No friegue, amigo, no estoy para bromas.

El poeta saludó con una gran reverencia, y dando un traspíe en el quicio del postigo, se hundió en el zaguán de la vieja casona de la señora Portalanza.

El almanaque señalaba: febrero 4. En el reloj de pared sonaron ocho campanadas: —Vengan a tomar desayuno, se enfría la leche.

Todos desfilaron al comedor como los patitos a la laguna, como los soldados hacia el Palacio de Gobierno, como las amarguras a la celda donde el Presidente Billinghamurst empezaba su noche triste, aunque fuera aún muy de mañana.



## CAPITULO XV / PRESENTE

### MI GENERAL

—Decididamente, esta ciudad se está poniendo insoportable. A las doce venía a casa por la calle de San Cristóbal del Tren. Había estado haciendo unas compras en Cueva; ya atravesaba a San Juan de Dios, cuando de Boza salieron unos tiros: ¡Cierra-puertas! Me metí donde Copello por el portillo que dejaron abierto. ¿Y sabes a quién encontré adentro?

—Guá, a quien será... ¿cómo quieres que lo sepa?

—A Antolina Rodulgo en persona, llena de cintajos y plumas, con su velo sobre la cara, sudando de puro susto, se le corría el colorete hasta la boca... Huy, llevaba unos impertinentes colgados al cuello y sombrilla en la mano. ¡Y unos puff! en donde salva sea la parte.

—¡Qué bien te fijas en esos... contornos! ¡Corrompido!

—Lo contrario, mujer —sonrió don Remigio—, es que era tan abultado que uno tenía que convencerse que era de mentira. La pobre Antolina se había metido dos almohadones bajo las sayas para parecer de formas opulentas...

—Calle, deslenguado, viejo verde.

—Nada de eso, señora, era pura crinolina, no eso que supones. Bueno, ¿y sabes quién se coló también donde Copello?: el señor Silva Santisteban, ese que usa patillas, medio tarro, levita, bastón con pomo de oro y corbata de lazo ancho, como los retratos de mi abuelo. Nos miramos espantados. ¿Seríamos ya cadáveres... o ellos habían resucitado?

Don Remigio reía de buena gana mientras apuraba su chocolate hirviendo, como coronación del almuerzo y alargaba un



trozo de pan sopeado al gato Machi que lo devoró lamiéndose los bigotes.

—¿Y qué ha sido?

—No es nada, sólo que el Intendente, el coronel Pardo y el secretario de diputados, se plantaron en la puerta del Congreso con un piquete de gendarmes y no dejaban pasar sino a los que ellos querían: es decir a los del gobierno.

—Sería para resguardarlos.

—Al contrario, sólo dejó pasar a sus partidarios, a la minoría. La mayoría leguista fue vetada. El diputado Salomón, que había sido herido de un balazo, se hizo llevar en camilla al Congreso. Fue un escándalo. La mayoría estaba en la calle Pando: les presidía Roberto, con su pera de candado. Ahí estaban el ricachón Larco Herrera y Augusto Durand, la mayoría. Roberto juró la Presidencia ante la mayoría del Congreso: en ese momento llegó la policía y cargó sobre el Parlamento y el Presidente Constitucional. Ha habido muchos tiros; hay varios heridos y un muerto...

—¿Y qué hacen los calzonazos de la Inquisición?

—Son la flor y nata de la sinvergüencería. Como no alcanzaban a llenar los escaños, los hicieron ocupar por los empleados para presentar número; ascendieron a General a Benavides y lo eligieron ¡Presidente Provisional! Y el muy co..., perdóname mujer, casi digo una lisura... el muy... tú me entiendes... se presentó con uniforme de parada, plumas, galones, condecoraciones, entorchados, y juró la Presidencia ante menos de un tercio de congresistas. Habrase visto cosa igual...

Los tiros se sucedían esporádicamente. Amenazaba una noche toledana. Torres llegó jadeando con más noticias.

—He tenido que desviarme. He venido por Afligidos y Argandoña, después tuve que evitar la Plazuela del Teatro, he dado la vuelta por Bravo y aquí estoy...

Carmen Rosa cogió el brazo de su novio, emocionada hasta las lágrimas.

Dos días después, don Manuel González Prada renunciaba a la dirección de la Biblioteca Nacional, como protesta por el atentado contra la Constitución.

—Dicen que sacará un periódico con la declaración del ordenanza del sordo Varela, en que cuenta quiénes lo mataron.

Víctor apareció dos semanas después con aire sigiloso: —Vengan, vengan, éste es el periódico del Maestro—. Extrajo del bolsillo un periódico de cuatro hojas, formato pequeño, se titulaba **La Lucha**.

—Los están requisando de los puestos. Ya allanaron la imprenta del francés Prince. El Maestro está vigilado en su casa.

A Pradita, a Alfredo, lo han botado de su cargo en Relaciones Exteriores.

—Qué abuso, qué inicuo.

—Cállese doña Clara, que las paredes oyen. La soplonería está en su punto.

—El coronel Pardo es violento.

—Es abusivo. Cualquiera es valiente con la tropa al lado.

—Cállese que las paredes oyen... y yo sigo en el Ministerio de Gobierno.

—Estos son los moralizadores, por eso me negué a levantarme —gruñó Carlos. Siempre en el Perú los únicos que mandan son los cogotudos... Son una eterna argolla los civilistas, mandaron y mandarán. Ya ves cuántos extranjeros que han llegado a última hora, con un sólo braguetazo en casa grande se vuelven también civilistas. Ya se conocen las interioridades.

Entre tanto avanzaban los preparativos del matrimonio.

—Yo he pensado que el tío Pedro sea mi padrino, pero con lo que le han colgado encima...

El tío Pedro, el General Muñiz, estuvo el 15 de mayo, día del congresazo, metido en cama con un ataque de asma. Los últimos años le habían sido hostiles. La política es la política. Muñiz era en ese momento la única gran figura del Ejército, puesto que el general Cáceres había envejecido y se había comprometido demasiado con Leguía. Muñiz había sido, en cambio, Ministro de los "Señores" del civilismo, es decir, sucesivamente, de los presidentes Candamo, interinato de Serapio Calderón, José Pardo y Augusto B. Leguía.

Benavides, después del golpe de mano del 15 de mayo, sólo tenía una solución para unificar al elemento castrense: la presencia de Muñiz como Presidente del Gabinete y Ministro de Guerra. Era el único general de División disponible. Ese día 15, Muñiz había sufrido un tremendo ataque de asma. Estaba sentado en un sillón, con la camisa desabrochada, recibiendo aire del abanico que movía su sobrina Blanca, cuando llegó el emisario del flamante Presidente Provisorio. Muñiz se excusó: no le gustaba el golpe de estado. Pero lo habían realizado sus amigos civilistas y su discípulo, el general Benavides. Tuvo que aceptar. Juró el cargo acezando. Su alta figura, ahora magra, ayer rolliza, se irguió solemne en el salón de los juramentos. Su boca pronunciada, algo hocicuda, se destacaba más bajo la nariz pequeña y respingada en el rostro consumido y cetrino. El 7 de junio tuvo que asistir a la Jura de la Bandera. Pasó revista a la

tropa, montado en un brioso corcel negro. Enhiesto, hierático, cumplió fielmente con la liturgia de la ceremonia. Benavides quedaba garantizado en el poder. Nadie se levantaría contra Muñiz; pero fue a dar a la cama: duraría muy poco.

En esas circunstancias pedirle que apadrinara a su sobrina Carmen Rosa parecía exagerado. El abuelo aconsejó: —Háganlo testigo y explíqueme la situación, yo acabo de verlo y está francamente enfermo. Me recibió en cama, muy agitado.

Las cosas tienen su ritmo y su día. Había que casarse. Un novio eterno era indeseable. Además, la juventud se pasa. Acordaron la fecha para semanas después; revisaron el ajuar, la cuenta de ahorros y dispusieron el casorio.

Torres decidió casarse a la moderna, es decir, de chaqué, en lugar de levita. Un sastre vecino, con establecimiento en la calle del Serrano, había presupuestado un chaqué de elasticotín y un pantalón de cheviot a rayas verticales: plomo y negro, más un chaleco con solapas, por 100 soles la hechura, sin contar la tela. El vestido de novia, después del arribo oportuno de los adornos de París y la puntualidad de la costura limeña, estaba listo. Comenzaron las fiestas prenupciales.

La prima Blanca, sobrina y secretaria del general Muñiz, ofreció una soirée para escuchar el **dermier cri parisien**: el tango. Los periódicos informaban que en los cabarets de la ciudad Luz triunfaba el tango argentino, y que hasta un académico, Jean Richepin, autor de la **Chanson des gueux**, había presentado un discurso oficial señalando al Egipto como origen del famoso baile arrabalero de Buenos Aires. Estaba invitado Carlos Gudillo quien acababa de regresar de la capital argentina y había hecho un corto **stage** en Francia. Traía la música de "El choclo" y la de "Pejerrey con papas", que triunfaban en Les Champs Elisées y en el Moulin Rouge.

—Vamos a bailar tango, Víctor, es la última novedad.

Torres se dejó arrastrar con mansurrón ánimo de novio. En un rincón de la salita erguía un tremendo fonógrafo o gramófono, su enorme corneta de latón. La aguja empezó a rayar el disco gangoso todavía. El joven descubridor del tango en Lima se puso de pie y señaló los primeros pasos: dos al frente, un corte de costado, media vuelta suave en tres tiempos, suspensión de la pareja sobre la pierna izquierda ligeramente levantada, y con la derecha flexionada, un corte violento, dos largos pasos, una detención, otros dos pasos, etcétera.

—Qué lindo, y qué atrevido.

Carlos aprovechaba de las pausas para retener en sus brazos a las curiosas parejas.

—Me parece un poco atropellador el jovencito —gruñó Torres.

Carmen Rosa le mandó un beso volado y se le acercó para sacarle a bailar.

—No, no insistas, soy un desorejado.

Ella le arrinconó para convencerlo. Salieron bailando juntos: un desastre.

Las parejas ensayaban el tango. Carlos preludió en el piano los acordes de otro tango de plena moda.

—Qué sensualidad, con razón triunfa.

—Es un baile especial para novios.

Carmen Rosa sonrió ruborizada. Torres hizo como que no oía.

—¿Has visto los periódicos, mujer?

—A mí no me importan los diarios.

—No seas terca, mujer: han asesinado en Sarajevo al arquiduque de Austria.

—Dios tenga su alma a su diestra.

—No se trata de eso: es que el Emperador austriaco, el patilludo Francisco José, tendrá que exigir explicaciones, y el Zar de Rusia, Nicolás II, no podrá dárselas.

—¿Y por qué tendría que dárselas?

—Porque los asesinos son terroristas rusos...

—Mira, Remigio, si has tomado tus copitas prefiero que duermas la mona de una vez—. Don Remigio salió dando bufidos. Tenía la sensación de que su mundo llegaba al Apocalipsis.

—Austria ha dado un ultimatum a Serbia; Rusia respalda a los serbios; Alemania apoya a Austria; Inglaterra y Francia previenen que Rusia es su aliada.

El matrimonio debía realizarse ya. Se contrató la ceremonia en San Marcelo, donde ejercía como párroco Monseñor Dri-not, un primo de Piérola. Carmen Rosa llegó tarde a la iglesia con don Remigio, como padrino; Torres, con su propia madre, como madrina. Se acercaron al altar; oyeron el sermón conyugalicio; se cambiaron los aros. El depositó las arras con las que la adquiriría para toda la vida. Ella dijo que sí. El contestó también que sí. Sonaron los acordes de la Marcha Nupcial de Mendelsohn. Salieron del brazo. Ella coronada de azahares. El con una flor de azahar en la solapa. Subieron a un cohe particular, cerrado, con azahares en las manillas de las puertas. Se encaminaron por San Marcelo a la Acequia Alta, Villegas y Monopinta. El barrio entero esperaba en las puertas. Descendieron. Ella florecía de felicidad; él parecía conmovido. Entraron a la vieja ca-



sa de sus amores. El bar estaba en la cuadra. Bebieron una copa de champagne. Los mozos pasaron emparedados y bocaditos, vasos con licor, gelatina de pata, unos canapés de caviar. Los niños de la familia se lanzaban sobre los dulces de convento. De pronto los novios se esfumaron del salón. Ella reapareció vestida de azul turquesa, y él con saco y chaleco y pantalones de un solo color. Antes de partir, Carmen Rosa se asomó a la sala y arrojó su ramo de azahares en dirección a su hermana. Un coche de punto los esperaba en la puerta. Partieron hacia el amor compartido: tierra linda.

—Austria ha invadido Croacia; Rusia moviliza sus tropas; han matado a Jean Jaurés, el líder socialista, en un café de París: le dispararon desde la calle. Habrá guerra.

El Presidente provisorio Benavides presentó un Proyecto de Ley restaurando el papel moneda bajo forma de cheque circular: tendría un respaldo inmediato del 50% en oro, con cargo de llegar al 100 por ciento.

—Se nos acabó la bonanza. Clara, no más libras de oro, no más soles de plata de nueve décimos.

—Pero al menos esto apurará la caída de Benavides...

—Se ha formado la Junta de Vigilancia de los cheques circulares.

—¿Y quién vigilará a los vigilantes?

—Han nombrado al poeta Eguren empleado de la Junta.

—Eso huele a moneda poética...

El diario católico **La Unión** que se editaba en la calle de Pescadería, anunciaba el estallido de la guerra. De París partían los trenes con los primeros alistados, y unos inmensos rótulos que decían: "A Berlín". De Berlín salían otros trenes con un rótulo tremendo que decía "Nach Paris".

—¿Cómo habrá amanecido Carmen Rosa?, pobre muchacha... —gimió la abuela.

—Sarna con gusto no pica... Dentro de nueve meses, cuéntalos bien mujer, serás bisabuela...

—Calla zonzo, tú serás bisabuelo, tú, sólo tú.

—Está bien, me limitaré a ser marido de una bisabuela.

Los esposos Torres pasaban la luna de miel en el Hotel Francia de la Avenida de la Magdalena. Era una casa-quinta, con veinte departamentos, un gran comedor, un patio para jugar bôchas y sapo, buena cocina, plantada de geranios, jazmines y enredaderas.

Pasaron una semana olvidados de la existencia.

Al octavo día regresaron a la casa de Torres, también en Monopinta: —¿Has engordado muchacha?

—No, parece por la forma de la bata.

—Has engordado y te sienta muy bien.

Esta vez fue Torres, y no su mujer, quien enrojeció hasta las orejas.

Sin que nadie supiera de dónde, sonó un chasqueante beso.

El amor suele anunciarse sin heraldos. La guerra también.



## CAPITULO XVI / LUNA DE MIEL

El primer domingo que Víctor y Carmen Rosa comieron de nuevo en la casa grande fue una fiesta de reojeos, toses falsas y codazos. Ellos no se daban cuenta, ebrios de lo suyo. El abuelo los contemplaba al sesgo, sonriendo bajo los bigotes quemados por los cigarrillos. Los dos invitados, el primo Oscar y el pretendiente Godofredo, miraban al socaire a las alborotadas primas. La tía suspiró hondo. Hasta la abuela sacó de no se sabe dónde una mirada escudriñadora y sonrió para sus adentros. Salieron a relucir las fuentes de porcelana del Buen Retiro, con sus franjas doradas. Un pavo rollizo, víctima del aguardiente y las nueces, ofrecía sus rellenas entrañas como una ofrenda sagrada. Hubo vino y chocar de copas discretamente.

El abuelo rompió el cerco con una pregunta muy simple: —¿Y qué sabe de la política, Víctor? ¿Ha tenido algún chisme?

—No señor, no don Remigio, he estado aparte —y apretó la mano a Carmen Rosa—, pero mañana me pondré al día.

Oscar, menos comprometido, más abogado, se lanzó a responder en lugar de Torres. No faltaba más.

La guerra europea causaba estragos en las finanzas. No sólo habían desaparecido las monedas de oro y plata, sino que existía un pleito soterrado en lo más alto del gobierno.

Dicen que Benavides ha favorecido a la Zucker Plantation de los alemanes, facilitándoles el Puerto de Malabrigo, pero por otra parte eso resulta imposible porque Benavides está educado en Francia.

—Hasta dicen que ha traído **amiguita** de París. . .



—Bueno, la gente es muy chismosa...

—La gente no quiere recibir los billetes, ni siquiera los loritos de a cinco...

—La cosa se pone muy seria...

—El general quiere quedarse todo lo que pueda, pero hay otros militares que no se lo permitirán.

—El asesinato del general Varela es un mal indicio...

—Pero, dicen que por agradecimiento quiere dejar a Muñiz...

—Todo puede ser. Los civilistas no se duermen, don Remigio.

—No, Javier Prado no puede ser Presidente, aunque le sobre talento. El no tiene la culpa, la gente es tremenda y no olvida...

—¡Bah! —gruñó la tía más vieja—, yo no olvido que me dejé cortar mis trenzas y dí mis alhajas para armamento y todo se lo llevó el muy...

—Lo devolvió en armas, buques.

—¿Y por qué no regresó?

—Piérola se había montado en la silla.

Don Remigio cortó el chivateo de los chismes: —Me han dicho que piensan traer a José Pardo. Ese es, sí, ése es un buen gobernante.

—Claro, se ha preparado tomando baños en Biarritz.

No tardó mucho en ponerse en claro lo que había contado Oscar. El Presidente Provisorio aceptó la renuncia del enfermo general Muñiz y se dedicó a hacerlo cuidar, a prepararlo. Muñiz languidecía víctima del asma y de algún secreto mal, quién sabe a los riñones. Los cuellos le daban vueltas y podía meter ambas muñecas por la pretina del pantalón. Los ojos se le habían agrandado; se había puesto más moreno; jadeaba trabajosamente después de cualquier esfuerzo. Cuando los recién casados fueron a verlo estaba derrumbado en su poltrona. Se irguió y les ofreció una copa de champaña: los caballeros mueren de pie.

Ya a comienzos de 1915 el general organizó sus clubes políticos. Tenía como auxiliar al señor Llosa y Rivero y, a don Pancho García Irigoyen. Todas las noches llegaban entusiastas huestes de partidarios. El ñato Ugaz aprovechaba las circunstancias para acercarse a Blanca, su novia, negada por la familia. ¡Viva Muñiz!

El general esperó un domingo por la tarde a sus fervorosos fieles. Desde el desvencijado balconcito de la calle Filipinas, los arengó al modo militar. Una de sus promesas habría enfurecido a Malthus. Dijo: —Tendréis hijos robustos, con músculos de hierro—. Era un lenguaje parecido al del finado "Pan Grande". El candidato había perdido ya el hierro de los músculos, pero conservaba el de la voluntad y de las buenas intenciones.

—Yo creo que “el tuerto” se la está jugando al tío Pedro —dijo Celia.

—No puede ser tan malo: el tío le ha sacrificado su vida el 15 de mayo: eso no se olvida...

En eso, como quien no quiere la cosa, se produjo un hecho. El doctor Luis Felipe Villarán, Vocal de la Corte Suprema y Rector de San Marcos, al promulgarse una ley que establecía incompatibilidad entre ambas funciones, se apresuró a renunciar al rectorado dejando un encargado provisorio. Habría que elegir Rector. Súbitamente se anunció que el ex-Presidente Pardo regresaría de Europa. Noticia inocente: —¡Qué se la den a Mamola! —gruñó el abuelo—, ese anzuelo tiene carnaza.

En efecto, José Pardo regresó. Había sido esporádicamente catedrático de Derecho Internacional en San Marcos. Se reincorporó y al mes siguiente lo elegían Rector. Reactualizada su figura, empezó el asedio a Muñiz, que era ex-Ministro de Pardo y había sido también su colega en el Gabinete de Candamo. Muñiz, caballerosamente, saludó a Pardo. Este fue a la casa de Filipinas a visitar a Muñiz. Tardaron dos horas en su conversación. Pardo salió taconeando visiblemente satisfecho. Muñiz lo despidió en la escalera que crujió bajo los tacones patricios de don José.

—Esto me huele mal, Pancho—, dijo Llosa y Rivero a García Irigoyen.

—Así es, Teobaldo... Pedro es demasiado bueno.

Rafael Grau, hijo del héroe de Angamos, que era diputado, salió de su silencio para decir: —Pedro, no vayas a cejar, la presidencia es tuya.

—Lo voy a pensar de nuevo, Rafael...

—Los tres amigos de Muñiz se miraron consternados.

Había empezado la campaña para una Convención de partidos a fin de elegir a un solo candidato.

—Esta es una trampa —murmuró García Irigoyen—, Pedro no debe aceptarla.

Los pierolistas habían anunciado que ellos no concurrirían y que lanzarían la “candidatura de honor” de Carlos de Piérola, hermano del finado don Nicolás. Los miembros del Partido Constitucional, dirigido simultáneamente por los generales Cáceres —el fundador— y Muñiz, aceptaron. Los civilistas y liberales también. Para el general Benavides aquélla era la solución ideal.

Pardo entraba a la pista final sin haber corrido toda la carrera.

—Los civilistas tienen muñeca —opinó Oscar en la comida de ese domingo—. Se han tragado al tío Pedro.

—Es que es muy honrado.

—Pero un poco ingenuo.

—No es ingenuo, sino sólo honrado —repitió Carmen Rosa.

Víctor le dió un codazo. Ella insistió: —Aunque me des codazos la verdad es la verdad: tío Pedro no es un vivo.

Carlos, que había sido licenciado de su regimiento, decidió participar al lado del tío Pedro en la Convención. Se necesitaba informadores. Carlos tenía las cualidades para ese papel.

La Convención reunió a un millar de delegados de todo el país. Cada partido concurría con un número igual. Los liberales, que eran muy pocos, resultaban favorecidos. Se requería mayoría absoluta para ser ungido candidato. El que lo fuese sería candidato presidencial único de todos los partidos. Los postulantes eran: José Pardo, recién llegado y Rector de la Universidad, y el general Muñiz ya en los últimos días de su existencia. Los agentes circulaban por los pasillos cuchicheando con los delegados. La primera votación no arrojó número suficiente. Había que repetirla. En el entretanto los agentes llamaban aparte a algunos delegados dudosos.

Carlos comunicó: —Yo he visto que están pagando trescientos soles por voto.

—¡Eso no puede ser!

Cuando Rafael Grau conoció la versión de Carlos, exclamó: —Claro que eso es cierto, los civilistas conocen el precio del hambre, pagan y ganan.

—Esto es vergonzoso —comentó Teobaldo Llosa.

Se iba a abrir la segunda votación. Todos estaban tensos. No se llegó tampoco a la cifra necesaria. Nuevos ajetreos y arrinconamientos.

Carlos notificó: —Si no tenemos cincuenta mil soles, nos ganarán de punta a punta.

Rafael Grau, violento y ruidoso dijo: —Esto es una feria, no una Convención.

Los emisarios iban y venían a las casas de Santa Teresa y Filipinas. La siguiente votación fue decisiva: Pardo había obtenido el número de votos prescrito. Estalló una gran ovación. ¡Viva Pardo! ¡Pardo Presidente! ¡Viva el Partido Civil!

Los muñicistas volvieron a Filipinas. El general, alto, sobrio, con los ojos muy abiertos, algo desencajado, pero sereno y hasta sonriente recibía a sus delegados.

Grau tomó la palabra: —General, ya conoce usted el resultado de la farsa. Nos han ganado a la mala. El resultado es inaceptable. Debemos rechazarlo y seguir la campaña denunciando lo que ha pasado. Yo, si usted lo permite, me pondré a la cabeza de los que protesten y si es necesario, de la revolución.

El clima de la sala era febril. Víctor observaba en silencio.

Carlos gritó: —¡Viva Muñiz!—. Todos corearon con entusiasmo. El general estaba de pie. Vestía un terno azul oscuro con chaleco. Cruzaba éste una gruesa cadena de oro. En el ojal del saco la cinta de la Legión de Honor Francesa.

—Señores —dijo con voz entera—, les agradezco con toda el alma su lealtad, pero hemos terminado. Yo me comprometí con el señor Pardo a aceptar lo que decidiera la Convención, y ésta ha decidido a favor de él: lo apoyaremos para bien de la Patria.

—¡Pero, general, no ha habido votación, sino soborno! Usted iba a la cabeza de la primera votación, o casi al par de Pardo.

—Lo que vale, Rafael, es la última votación. Yo dí mi palabra y la mantengo.

—El tío no es ducho en estas cosas. Debemos levantarnos.

Muñiz mató todo comentario al anunciar: —En este momento salgo a felicitar a Pardo.

—Espere un día, Pedro, todavía no.

—Es una decisión y un deber —cortó el general.

—Nos jodimos —filosofó Carlos.

La transmisión del mando debía ser el 24 de setiembre, día de la Virgen de las Mercedes, Patrona de las Armas Peruanas. Muchos pensaban que Benavides quería jugar con los intereses contrapuestos para prorrogarse. Este rumor circulaba sobre todo, en el ambiente castrense.

El Prefecto de Ancash comunicaba noticias alarmantes.

El Intendente de Lima, coronel César Enrique Pardo, visitó a su compadre el general Benavides: —Dicen que te quieres prorrogar, eso es imposible. Hay que declarar algo.

Benavides asintió sin despegar los labios.

Llegaban noticias aún más alarmantes. Víctor notició: —¡Parece que vamos a tener líos!

De pronto se supo que el coronel Rivero Hurtado se había levantado en Huaraz contra Benavides. Un jefe militar fue asesinado en su cuartel.

El candidato presidencial se movía con rapidez y eficacia.

El coronel César Enrique Pardo Mancebo, que no era pariente de aquel otro, entró al despacho del Presidente Benavides: —La situación es grave. Dicen que te quieres quedar en la presidencia y eso ha caído mal en el Ejército.

—Ya hay una sublevación y puede haber otras. Hay que adelantar la fecha de la entrega del mando. Estamos a doce, hay que hacerlo mañana... Si no, puede pasar cualquier cosa.

—Ni yo mismo estoy seguro...

—No perdamos tiempo.

La discusión duró largos minutos.



La resolución de Benavides fue adelantar la entrega del poder al 15 de setiembre. José Párido debería gobernar hasta el 24 de setiembre de 1919, si fuese posible.

—¡Carmen Rosa, ha llamado Blanca, dice que el tío Pedro se encuentra muy mal!

—Yo sé que no se levanta hace una semana.

—Parece que le van a dar el Viático esta noche....

—¡No puede ser...! Me visto enseguida. Llévame a la casa.

La casa de Filipinas ofrecía un aspecto tétrico. En la escalera había una fila de antiguos amigos y servidores en actitud sombría. Reinaba un silencio tremendo. El general quiso tener a su lado a la madre de sus hijos. Blanca lloraba silenciosamente. El general respiraba penosamente.

—¡Quién lo iba a decir!

—¡Tan fuerte, tan bueno...!—. Avanzaba el día. Cada minuto se hacía más denso. La familia caminaba de puntillas: Carmen Rosa sollozaba en un rincón; Carlos tenía los ojos enrojecidos y pequeños: no se veía el verde de sus pupilas. Un estertor final y una mano que se suelta flácida. Y un incontenible sollozo. Y un llanto creciente. Nada más.

—Aquí estoy, señorita, para servirla —dijo Nicanor Guimet, agente funerario, inquilino del piso bajo de Filipinas.— El ataúd será de acero.

“Tendréis hijos robustos con músculos de hierro”... Qué lejana premonición. Debió completar la frase: con músculos de hierro y sudario de acero.

Armadura inútil para las armas de Caronte y del olvido.

Todavía Víctor concurría a las comidas de la casa grande. Más bien el tío Leandro ya viudo, prefería adelantarse, comiendo solo en su habitación, o haciéndolo en un restaurante. Se había vuelto discolo, poco sociable. Con Víctor, solía hacer buenas migas. Esa noche, al terminar la comida, saliendo del comedor, la sirvienta dijo a Torres: —Don Leandro lo espera en su cuarto.

Era para invitarlo al día siguiente, el lunes, al Teatro Excelsior. Estaban pasando una serie filmica que tenía a todo Lima en suspenso: *Los Misterios de Nueva York*. Después de verla, naturalmente, nadie quería ir a Nueva York. El teatro estaba lleno de bote a bote. La mayor parte de las escenas se desarrolla-

ba en Chinatown. Una atmósfera de pecado, opio, orientalismo, abanicos, marfiles y chapsueyes sustituía el criollo ambiente de la sala.

La heroína era una blonda muchacha ultramoderna: Perla White. El detective que todo lo descifraba y lucía una hermosa calva, se llamaba Justin Clarel. El joven enamorado de Perla White: un rubio juvenil y atlético, pero tontón rematado, era Creighton Hale. Había un chino amable a quien llamaban Wi Sy, y otros cuyo feroz nombre de puro miedo se nos ha olvidado. Y ocurrían las cosas más raras. Los disparos llenaban con su inexistente humo el suspenso de la concurrencia. Todos se preguntaban al concluir la función del lunes: ¿Qué pasará la próxima semana?

Durante dieciséis lunes consecutivos, casi cuatro meses, un público fiel y escalofriado ocupaba su asiento y esperaba inquieto que no fuera a pasarle nada malo al buen mozo de Creighton ni a la encantadora Perla. Como ella usaba boina, las muchachas la dieron en calarse boina a lo Perla White. Los hombres, más cautos, no proclamaron la moda de las calvas a lo Justin Clarel.



## CAPITULO XVII / JEUNESSE

### DOREE Y MUERTE

—Todavía se le ve bien—, comentó una viejecita de muchos alifafes sobre la cabeza. —Cuando se ha sido buen mozo no hay modo de perder el garbo.

Era el día de la segunda toma de posesión de José Pardo. Este, con la cabeza levantada, mirando de arriba a abajo, marcando los pasos a taconeadas, lucía el cabello y el bigote blancos. Usaba anteojos, pero tenía la piel tersa y el color sonrosado. Llevaba terciada la banda presidencial sobre la pechera blanquísima. El frac le caía como un guante.

—Esto es tener un Presidente chic—, vociferó una muchacha batiendo el pañuelo. Su Excelencia saludó con el guante en la mano.

Esto había sido el día de la inauguración de su nuevo gobierno. Entonces, todavía estaba vivo el tío Pedro; su muerte acaeció semanas después. Carmen Rosa acompañaba a Blanca en la casa de Filipinas. El General acezaba postrado en una ancha butaca.

Sonó el teléfono: —No, está enfermo, no puede salir—, dijo Blanca.

—¿Quién llama?—, preguntó el tío Pedro.

—De Palacio.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Haz el favor de informarme—, dijo, haciendo un gran esfuerzo. Blanca tuvo que confesar: —Dice el General Benavides



que te espera... digo mal, dice el Coronel Alcalá que te espera para salir juntos con Benavides... Parece que hay una turba en la Plaza de Armas, que le grita horrores.

—¡No puede ser!

—Tío, —dijo Carmen Rosa— ¿no has leído El Comercio azuzando al pueblo contra Benavides?

—Pero si han sido sus amigos.

—Ya no lo son, tío.

—¿Y qué quiere el Coronel Alcalá?

—Que vayas armado y entre todos protegerán al General para que no lo insulten—. Muñiz respiró fuerte y sin titubear dijo: —Blanca, prepara mi ropa y llama a Teobaldo. Voy a salir enseguida, que traigan un coche.

Daban las seis y media de la tarde en el reloj de la Catedral cuando el General, con los labios ligeramente entreabiertos, como sofocándose, pero erguido y solemne, entró a Palacio por la puerta de honor. Dos oficiales lo recibieron de inmediato y lo condujeron hasta la oficina presidencial. El General Benavides, de paisano, con aire imperioso conversaba con algunos de sus colaboradores.

Al ver a Muñiz se precipitó hacia él y le estrechó en sus brazos: —Gracias, General, siempre en su puesto.

—Así tiene que ser, para eso estamos— contestó lacónicamente Muñiz.

Víctor y el tío Leandro llegaron alborozados a la casa de Monopinta: —Se han perdido de un espectáculo estupendo. Estábamos en el Casino Español jugando billar, cuando oímos un ruido tremendo y muchos disparos. Corrimos al balcón.

—Qué temeridad, Jesús, María y José— balbuceó la abuela haciéndose tres cruces.

—Pues me acerqué al balcón que es corrido a ver qué pasaba: era un grupo grande de jóvenes, algunos de ellos uniformados, revólver en mano, disparando al aire y rodeando a un hombre grueso, no muy alto, que caminaba con arrogancia. A su lado, un tipo alto, moreno, un poco demacrado, pero impávido. Lo reconocí: el tío Pedro. Llevaba su revólver a la derecha y con la izquierda agarraba el brazo de Benavides. Del atrio de la Catedral y de los portales salieron silbidos y cñueustos. La comitiva descargó sus armas al aire y los manifestantes se evaporaron.

—¡Qué barbaridad! Pedro debía haberse quedado en la cama, eso lo va a matar.

Pocas semanas después, los diarios enlutaban sus páginas con la fúnebre noticia: el General Muñiz falleció el día de ayer.

Carlos montó guardia junto al féretro. Muy temprano anunciaron la llegada del ex-Presidente Benavides. Entró en la cámara mortuoria y se persignó. Quedó mirando largo, largo rato, a su yacente ex-ministro. Cuando levantó la frente, tenía los ojos húmedos y dos gruesas lágrimas morían en la comisura de sus labios. Volvió a hacer la señal de la cruz y tocó la helada frente del tío Pedro con la punta de los dedos. Abrazó a Blanca, se marchó sin hacer un comentario. Estaba pálido, bajó las escaleras lentamente, subió en su coche y se perdió en las calles.

—Unos arrastran a los otros—, comentó don Remigio.

—¿Te refieres a Billinghamst?

—A quién otro va a ser.

—Pero...

—Calla, muchacho, tú no sabes de eso. Billinghamst era un verdadero patriota ya muerto en el exilio. Es decir, no, porque ha muerto en Arica que sigue siendo tierra peruana.

—No, si atendemos a lo que el Ministro de Relaciones Exteriores, Gazzani, intentó hacer.

—¿Te refieres al pedido de extradición a Chile?

—Exactamente. Me contaron que Billinghamst dijo: Habría preferido quedarme en el Panóptico de Lima y no asistir a esta renuncia expresa a nuestros derechos soberanos. Yo estoy en Arica porque todavía es tierra peruana, y el gobierno del Perú me pide al de Chile, que me extradite como si Arica fuese ya chilena.

—Pobre don Guillermo... era un patriota cabal.

—Dios lo tenga en su gloria...

—Lo dudo porque don Guillermo, esto sí, era un muy descreído... y ateote.

Llegaba el fin del año 15. Se había desencadenado una activa campaña para obligar al Gobierno a romper relaciones con la Tríplíce. El ejército del Kaiser se había empantanado en la frontera con Bélgica, y en el frente oriental el General von Hindenburg obligaba a los rusos a retroceder cediendo terreno.

—Les pasará lo mismo que a Napoleón... Rusia es demasiado vasta.

—¿Han oído que el doctor Mariano H. Cornejo está haciendo campaña para establecer en el Perú la Institución del Jurado para que declaremos la guerra a Alemania y Austria?

—Cornejo es una caja de música, pero nada más.

- Es un gran orador y pensador.
- Sí, pero cambia de color como el camaleón.
- El ha dicho que sólo Dios y los imbéciles no cambian.
- Es un fresco.

Carmen Rosa salía poco a la calle. Permanecía al lado de su madre tejiendo ropones y zapatitos de lana: —¿De qué color los haré?

—Yo creo que rosados porque tendrás mujercita.

—Ni lo diga —comentó Víctor— que teja en celeste, será varoncito....

Vivían en la casa de al frente, donde los Torres. El poeta Varela seguía de inquilino en el viejo cacerón de la señora Portalanza. Se le había caído un poco el cabello, los párpados le llovían sobre los ojos enormes, dormidos y vagos. Ya no miraba a Carmen Rosa: se limitaba a suspirar cuando pasaba junto a ella.

—Este loco debe estar tísico —comentó Celia— resuena feo cuando pasa, debe tener la cañería abollada...

Víctor intervino muy serio: —Qué quieres decir: ¿que dice algo?

—No cuñado, no, sólo que resuella como fuelle roto. Debe estar mal de los pulmones.

Para la Navidad de 1915, el ex-Presidente Benavides se había ausentado de Lima. No quedaba ningún ex-presidente en el país.

—Mala suerte: Pardo estuvo siete años temperando en Biarritz, Leguía sigue en Londres haciendo negocios de armamentos, Billinghurst se murió proscrito, ahora Benavides se marcha al ostrasismo. Don Roberto también vive fuera, jugando a los gallos en Argentina. Y a Javier Prado ya le dieron su juguete: el rectorado de San Marcos, en lugar de Pardo. A ver si lo reemplaza también en la casa de Pizarro.

—Estás pesimista, viejo— comentó la abuela sobando las cuentas de su rosario.

—Es la verdad mujer, ¿cómo ocultarla?

Sa hablaba de las próximas elecciones municipales y de celebrar el Cincuentenario de la Batalla del Dos de Mayo. Allí apareció una revista muy linda: **Cultura**: —La dirige el muchacho Bustamante y Ballivián. Se anuncia una revista satírica, **Rigoletto**.

A causa de la guerra europea habían regresado muchos jóvenes de alta sociedad que gastaban los dineros de papá en los cabarets de París.

—¿Viste a Carlitos Olavegoya? Buenmozísimo, con sus ojos verdes, su barba cerrada, sus cejotas y su elegancia... Ganó un campeonato de garrocha en Barcelona... ¿Ya has visto a la hembra que se ha traído de París de Francia? Se llama Lilly Brown: es una rubia que da el opio: muy delgada quizá, pero qué talle, qué ojos, qué perfume, y qué caderas...

—No me hables de caderas, para eso las de Adriana Carreras o las de Cipri Martín...

Adriana Carreras era una morena sensual, de gran boca, grandes ojos y buen trasero, que bailaba la jota en las revistas de la Compañía Velasco a mediados de ese año. Cipri Martín era la actriz tiple cómica de la misma Compañía, que salía vestida de hombre, muy ceñido el culito por unas bragas blancas, cantando: **Marchosito ay, ven mi dulce bien.** La jeunesse doree de Lima se volcaba a la platea del Teatro Municipal. Desde el podium del director de orquesta, el faunescó Quinito Valverde con su barbiche de aprendiz de brujo, dirigía la orquesta en las presentaciones de **El Príncipe Carnaval** y **Cantos de España y Sevilla de mis amores.** Pedro de Ugarriza, fiel a su credo chorrillano, andaba pegado como un imperdible a Andrés Valle, que se volvía loco por la inalcanzable Cipri. Gloria Star, la vedette de la compañía, mujer guapa, sin voz pero con ángel y unos ojos verdes grandazos y rasgados, amante de Quinito Valverde, andaba en trapicheos con el honorable señor Souza Bandeira, Consejero de la legación del Brasil. Una noche desapareció del teatro... y de su alcoba. Quinito, impertérrito, dirigió la orquesta reemplazando a Gloria con otra tiple menos onerosa. El público, que sentía como propia la súbita **viudez** del maestro Valverde, lo aplaudió cariñosamente cuando salió del foso para ocupar su podium. Parecía una condolencia estrepitosa, compensación ferviente por un bien perdido.

—Ese Pedro Ugarriza es un grandísimo alcahuete, vociferó el "sopa" Mendoza en la puerta del Palais Concert. El joven dibujante Reynaldo Luza, que se reintegraba a la patria después de cinco años de ausencia en Europa, sonrió burlonamente al oír a Mendoza: —Lo que tú tienes es envidia. ¿Por qué no presentas tu candidatura?

—Calla, cojudo, aquí no estás en París, esto es Lima, demasiado mazamorrera.

En medio del grupo pontificaba con una suave sonrisa en el rostro moreno un hombre de talla media, ojos achinados, labios sensuales y nariz pequeña: vestía con acicalamiento. Usaba escarpines, bastón de malaca y un ópalo tamaño en el dedo índice de la derecha. —Abraham— le dijo Luza — creo que es tiempo de hacer una buena revista.



—En eso ando— contestó con voz aflautada Valdelomar.

De **La Prensa**, que quedaba al frente, emergió la alta silueta del rubio Alfredo González Prada. Llevaba al brazo un paletó color avellana. Al lado de él avanzaba penosamente un hombrecito cojitrunqueante, con una pierna encogida, apoyado en un bastón: —Ahí viene Juan Croniqueur con Ascanio— dijo Valdelomar.

José Carlos Mariátegui y González Prada engrosaron el grupo. Todos saludaron efusivamente a Lilly Brown que se detuvo a hablar con Carlitos Olavegoya.

—Lilly, —gritó Luza— veneéz avec nous pur prende un petit Absinthe.

—Habla castellano que todos te entendemos y lo haces mejor— barbotó Mendoza.

Desde lejos se vislumbraba el avanzar ondulante y firme de una mujer hermosota: —Ahí viene Ana Soria, María santísima, qué mujer... Ave María, señor— corearon todos.

Poco antes de Navidad, la casa de Monopinta sufrió violenta conmoción. A media noche, sin esperar el cumplimiento exacto de las previsiones de la comadrona, doña Gabriela, Carmen Rosa empezó a sentir retortijones. Los dolores le iban y venían espasmódicamente: —Debe estar el bebé muy bajo.

Ella se quedaba tranquila, con la frente perlada de sudor. Llegó Torres y preocupado pidió: —Llamen a la profesora... Pronto.

—Ya está aquí.

—¿Y qué dice?.

—Que el bebé puede nacer de un momento a otro, cuestión de horas o minutos.

—Pero... nos faltan cosas.

—En mi tiempo —gritó la abuela— lo que más se necesitaba era tener al marido cerca y a Dios en el corazón.

—Amén, cerró Celia.

Los espasmos se seguían con inusitada vehemencia. Al fin, en la madrugada, uno más fuerte que los otros, y otro, y otro, y al final un chillido de gato constipado.

—¿Qué es?

—Una mujercita, está un poco morada. Y la señora Gabriela le dió unas palmadas en las nalgas para reanimarla. Carmen Rosa se había quedado muda e inmóvil, sudorosa y anhelante. Tenía los ojos cerrados, pero sonreía al oír las voces de la comadrona.

—Gracias a Dios— atinó a decir.

Los hijos vienen a ocupar un puesto que no siempre es el que más habrían deseado. La recién nacida apenas pudo estar al lado de su madre. Algo andaba mal. Llegó el médico: —Parece fiebre puerperal, debe haber habido desgarramiento. Preparen una palangana con agua hirviendo.

La fiebre no cedía... La niña fue alejada del pecho materno, henchido de leche.

—Hay que darle mamaderas de anís y después veremos— sentenció el médico.

Víctor no se movía de la cabecera de su mujer. La tía Clara cuidaba de Carmen Rosa y de la pequeñuela.

La noche del 26, concluída la Pascua, Carmen Rosa empezó a respirar penosamente. Trajeron el Santísimo de la Iglesia de San Marcelo.

El cura entró otra vez con la Sagrada Forma en el cáliz, a la vieja casa de Monopinta. Las beatas cantaban isócronamente. —Bendito, bendito sea Dios, los ángeles cantan y alaban al señor.

—Ego te absolvo in nomen Patrem, Filium et Spiritu Sancto.

Sólo se oía el inmenso y sordo rumor de los sollozos. Víctor Torres lloraba como un niño con la cabeza en la almohada, Carmen Rosa abrió los ojos, sonrió dificultosamente, y alcanzó con los dedos la cabeza de su único amor. Abrió suavemente la boca como un pájaro al cantar, y arrimó la cabeza al otro lado de la almohada. Víctor exhaló un terrible gemido y la abrazó con desesperación. Lloró, lloró como si él también acabara de nacer.

También se nace a la muerte con la muerte. Y entonces se nace para siempre. Amén.



## CAPITULO XVIII / EL PECADO DE LOS GRANDES

Lloramos muchos días, lloramos a lágrima viva. Sobre todo cuando la tía Clara cargaba a la huérfanita, digo, a la bebita porque no era huérfana del todo. Pobre Carmen Rosa. Me parece oír su risa, tan clara como exagerada. Sí, no exagero, era una risa abierta, una risa... qué digo, si estamos para hablar de lloros... Ay Dios, ¿cómo haré para creer que eres justo, Dios mío, cómo?

El abuelo Remigio no lloraba. Tenía los ojos húmedos sin llegar a las lágrimas. El bigote desigual dejaba filtrar una gota, ¿llanto? Acaso llanto acumulado.

—Remigio, yo sé lo que es perder a una nieta, claro que sí —decía la prima Narcisa—, es de no creerlo nunca.

Ese domingo Remigio no presidió la comida dominical de su casa, fue de visita donde sus parientes. Necesitaba desahogarse y no lo podría hacer en la casa.

—Allá están ahora mirando la silla vacía o el lugar vacío, no sé cómo se la habrán arreglado, Víctor no irá. Clara no puede hablar, sin sollozos. Y la niña que llora con vocecita de cristal. ¡Ay Dios, ¿cómo puede ser ésta la voluntad de Dios?

—Nunca habíamos visto a don Remigio tan apenado, nunca.

En ese momento entró el doctor Pastor. Hizo como si no se diera cuenta de las aflicciones de don Remigio, y anudó al acto una charla política.

El asesinato de Rafael Grau ha deshecho a Pardo. ¿Cómo puede concebirse que el hijo de Manuel Pardo, que le debió la Presidencia al padre de Rafael Grau, no revuelva cielo y tierra



para castigar a los asesinos? Todos saben quiénes son. Uno está preso, pero ¿y los demás? ¿Y el Prefecto? Rafael tiene mucha fuerza, qué digo, tenía mucha fuerza en el ejército. Pardo está liquidado. Los dos años que le faltan los va a sufrir como un purgatorio.

Don Remigio escuchaba sonándose la nariz sin estrépito, en silencio. No preguntó nada. Tenía los ojos como azorados, mirando hacia el vacío.

En la casa de Monopinta Leandro había arrinconado a Víctor para decirle: —Supongo cómo te sientes, pero no hay nada que hacer... yo también sé lo que estás pasando. Hace un año lo sufrí yo. No, no se consuela con nada, pero una de dos: o te matas o sigues viviendo, y vamos a dar una vuelta.

—Estoy de luto.

—Yo también. Pero necesitas airearte, respirar para servir a tu hija. Te ví salir anoche. Pero, vamos a dar una vuelta. Caminar hace bien.

Salieron. Por La Colmena se encaminaron a la Plaza de la Micheo, bordearon el centro, avanzaron por Pando y Divorciadas y se alejaron por Mascarón hacia Barrios Altos.

Les salió al paso un amigote un poco cargado de pisco: —Qué gusto verlo... perdón... debo el pésame, Torres, pero tenía que hablar contigo.

—Hazlo mañana, hoy es domingo y estoy paseando...

—Es que no sabes la grande. Leguía ha perdido todo su dinero en Londres. Estaba de habilitador del ejército del Zar y con eso de los bolcheviques que no reconocen la deuda de armamentos tiene que venirse. Ya nada tiene que hacer en Londres.

Víctor lo escuchaba en silencio. Leandro saltó picado: —Mira, pedazo de bruto, que no queremos que nos interrumpas. ¿No sabes lo que ha pasado?

—Ya pasó y lo siento, pero Leguía se viene. Nadie lo aguanta.

En el nuevo diario **El Tiempo** salían noticias alarmantes.

Un tal abate Faria publicaba unos artículos terribles; llevaban títulos de novela de Carolina Invernizzio: la Danza de los Millones... La orgía de Sangre... La noche Roja de los Civilistas... Leguía el Redentor... El Guano y la Bancarrota Fiscal.

—¿Quién es este Abate Faria que suelta tantas verdades, pero las dice como mentiras? —preguntó Leandro.

—Es un hombre feo y tuerto. Es hermano del bibliotecario Romero. Se vale de éste para copiar artículos viejos y los adereza contra Pardo y el Gobierno. Ya ves, es tan huachafo que usa como seudónimo el nombre de un personaje del Conde de Montecristo. Ahora se está metiendo con el Mariscal Riva Agüero y

con Torre Tagle. A los que no están con Leguía los llama **neogodos**.

—Te aseguro que Pepe Riva Agüero va a saltar— acertó a decir Torres en medio de su tribulación. Lo conozco desde que entramos a la Universidad. No es hombre que aguante pulgas.

—Pero como católico practicante, ¿qué va a hacer?

Todo Lima estaba pendiente del suceso. El doctor de la Riva Agüero, en sus rollizos y arrogantes treintaitrés— la edad de Cristo, según decían— se enfadó con los ataques contra su procérico bisabuelo y, sin más ni más, pasando por alto la menguada personalidad del Abate Faria redactor de los infundios y vejámenes, envió una carta insolente al director de **El Tiempo**, don Pedro Ruiz Bravo. La carta era un reto. Se nombraron los padrinos dentro de las reglas del Código del Marqués de Cabriñana, y se fijaron las condiciones de lo que se llamaba “un lance de honor”. Arma escogida: el sable. Sable a punta, filo y contra filo. Los adversarios se desnudaron el torso. Riva Agüero gordezuelo, rosado, bracicorto, con lentes gruesos y peinado el ralo cabello hacia la frente, miraba con desprecio a su rival: moreno, de estatura mediana, rasgos angulosos, pelo negro y duro, respirando tranquilidad. El director de combate ordenó el: en guardia. Riva Agüero empuñó el sable y empezó la operación con un rotundo “Hijo de puta, ahora verás quién es Riva Agüero”. Ruiz Bravo, sorprendido por tan poco caballeresco comienzo se limitó a sonreír. El director de combate se retiró dos pasos con su arma levantada, después de poner las puntas de los sables combatientes el uno con el otro. Después de observar la situación, pronunció el sacramental “Adelante”. Antes de que acabara de decirlo, Riva Agüero se precipitó sobre su contrincante, profiriendo todo género de denuestos, tajando el aire con increíble furia. Ruiz Bravo retrocedió varios pasos tratando de parar la lluvia y adelantando de cuando en cuando su hoja. La sangre brotó de ambos antebrazos. Los rostros sudorosos y la respiración agitada denunciaban el furor bélico de los dos. El director de combate ordenó parar la acción. Acudieron los médicos. Riva Agüero, muy poco marqués, seguía vomitando injurias. Los médicos vendaron las heridas. Se dispuso terminar el combate. Se firmó el Acta. El honor del bisabuelo, del biznieto y del periodista habían quedado a salvo.

El Presidente Pardo envió un edecán a su pariente Riva Agüero.

—Ya no hay respeto para nadie—, murmuró con ira la abuela.

Qué malos días. El abuelo Remigio de pronto, había caído en cama con un mal que nadie sabía. cuál era. —Parece cólico miserere, pero no es tanto el dolor —gruñó una de las viejucas del equipo senecto.

En efecto, don Remigio, que poco a poco había ido perdiendo su risa y su apetito, que ya había ido abandonando las delicias del chocolate con bizcocho y había renunciado a la copita del aromoso Copa de Oro por las tardes. Contribuyó acaso a esa languidez inesperada, aunque no intempestiva, la muerte de Machi, el viejo gato ronroneador, aficionado al chocolate y a los ratones. A la hora de almuerzo, el abuelo a veces decía entre dientes: —Machi, Machi,— y ponía el platito del té en el suelo con un mendrugo de pan empapado en chocolate, a manera de ofrenda funeraria.

Las noches eran pesadas. Víctor Torres solía visitar al abuelo, que, de pronto, un poco trascordado, le preguntaba: —¿Cómo está Carmen Rosa? Torres contestaba lleno de angustia: —Está bien, no ha podido venir por causa de la bebé.

La tía Clara salía sonándose las narices. Y hasta Carlos, el travieso Carlos, se llevaba la mano al lagrimal para rascarse una picadura invisible: la de la pena.

Se nos fue muriendo de a pocos don Remigio. De vez en cuando se quejaba de un dolor en el vientre. Luego se hacía sentar y quedaba mirando con los ojos grandotes, claros, el vacío. Una noche balbuceó: —¿Está la niña por abajo?

—No, la abuela está durmiendo.

—Entonces les voy a contar, pero no se lo digan... Y contó, contó que siendo muy joven tuvo una aventura en Lambayeque, a consecuencia de la cual le exigieron matrimonio inmediato. No hubo más remedio que acogerse a su hermano menor que era marino, y se embarcó en su velero. El buque iba a Hong Kong, probablemente en el negocio de comprar chinos. Durante sesenta días estuvieron entre cielos, mar y borrascas. Estaban en Macao cuando una noche se sintió el fugitivo presa de tremenda somnolencia. Y sin más ni más se quedó dormido. ¿Por cuánto tiempo? Sólo recordaba que de pronto, en medio de su sueño, oyó que el médico inglés anclado en el Puerto decía: —Creo que hay que enterrarlo. Ya está muerto.

El abuelo, contaba, que al oír al médico quería decirle: —No, no estoy muerto, usted es un animal—. Pero no se le movían los labios, ni las manos ni siquiera los párpados. Hasta que llegó otro médico. El residente, le abrió los párpados, le escrutó las pupilas, volvió a auscultarle el corazón y sentenció: —No, no está muerto. Lo que pasa es que se le ha pasado la mano con el opio, hay que esperar y reanimarlo.

Otra noche, en el momento de usar la solera para orinar, entabló un diálogo simplista con su órgano viril: —Orina, orina tonto, ya no sirves sino para esto.

Había cumplido los ochenta. Después de treintidós noches de angustiosa espera al fin llegó la última. Carlos y yo nos dimos cuenta, y pedimos que todos se acostaran y avisamos al médico. Este sentenció: “No pasa de hoy, vamos a inyectarle aceite alcanforado”. No pasó de esa noche.

El abuelo Remigio expiró antes del amanecer. Fue una agonia veloz, casi imperceptible. Se fue discretamente como había vivido, apenas con un suspiro. Carlos y yo nos hicimos la señal de la cruz y llamamos al médico, todo en silencio. No queríamos despertar a nadie. Luego, lo extendimos en el suelo para arreglar bien la cama. Lo vestimos, lo rasuramos; lo colocamos de nuevo en el lecho y lloramos largamente. El viejo tenía los ojos cerrados, le apretamos los párpados, y le pusimos una cruz en las manos entrelazadas sobre el pecho. Parecía sonreírnos de tan sereno que estaba. Al entierro vinieron los parientes. Entre los amigos, el doctor Riva Agüero, que ya no lo hacía como condiscípulo de Víctor Torres sino como profesor de San Marcos. Tenía un auto negro, enorme, marca Hispano-Suiza. Nos lo prestó para arrastrar el duelo.

Al regreso me eché a dormir. Desperté treinta horas después. Se había roto la unidad de tiempo y de la vida.

Si la vida se detuviera con la desaparición de un ser humano qué pocas dificultades habría, pero prosigue implacable.

La guerra Mundial tocaba a su fin. Lima se iba quedando desocupada de extranjeros jóvenes. Tres años antes se habían marchado los Fort; el señor Sante, que era rubio y mostachudo comerciantes del Bazar Pathé, al lado del Palais Concert; los Gailour; uno de los Carriquiry; el viejo Henry Garreaud; el chivo Fernando Lund; y los ingleses, los Wells, los Brown, los Block. Ahora habían sido los norteamericanos.

Ya el señor Pardo, que había suprimido democráticamente el título de Su Excelencia, no paseaba por el Centro a la hora del almuerzo. Un periódico festivo le caricaturizaba burlescamente. Y un semanario satírico, **El Mosquito**, lo befaba llamándolo “el loco manso de Santa Teresa”. Don José lo toleraba manteniendo su aplomo y su arrogancia. Su propio sobrino Riva Agüero lo criticaba y había un partido de jóvenes universitarios, acaudalados y diz con ribetes liberales, todo un Estado Mayor, pero sin ejército. El Partido Nacional Democrático.

Víctor y Leandro acudían ahora a jugar billar al Casino Español, casi todas las noches. Los dos viudos salían de sus respectivas casas, se llamaban por silbido y se encaminaban por La Col-



mena hasta la Carpa de Pathé y luego, Jirón de la Unión adelante, por Boza, Baquíjano, La Merced, Espaderos, Mercaderes y el Portal de Escribanos. Subían la angosta escalera del Casino, saludaban a los contertulios, se quitaban el saco, empuñaban los tacos, entizaban las puntas y empezaban a tratar de hacer carambolas. La conversación mezclada, recuerdos personales, perdidas ternuras del hogar, picardías de solteros, comentarios políticos. La pantalla verde sobre el paño también verde impregnaba la escena de un aire de garito. Era como filmar una película.

Una noche mientras Torres ensayaba una carambola de tres bandas, ante los risueños comentarios de Leandro, se escuchó un estrépito inesperado en la Plaza de Armas: —Viva, viva—.

—¡Revolución!

Se asomaron al balcón con ciertas precauciones. No, no había revolución. Solamente revuelo. Una hilera de coches y algunos automóviles, entre ellos un Path Finder, gigantesco, en cuyo asiento trasero se erguía un hombre rojizo y gordo, de unas trescientas libras de peso, cantaban a todo pulmón: "Per le spiaggi e per le vie di Trieste, suona e chiama de San Giusto la campana".

Y vivaban a Italia. Otros cantaban La Madelon y vivaban a Francia.

Y otros cantaban el Tipperary y vivaban a Inglaterra. Y hasta había algunos coches de los que partían vivas al Perú.

Algunos, tímidamente, entonaban el Somos libres.

—¿Qué pasa?

—¿Estamos en Carnaval?

—No, hombre, es el once de noviembre.

—Y...

—Se ha firmado la paz en Europa.

## CAPITULO XIX / RITORNA

### VINCITORE

Torres me abordó abruptamente: —Qué mal anda tu Universidad, nosotros no lo habríamos aguantado.

—¿De qué se trata? ¿Qué pasa?

—¿No has leído *El Comercio*?— Me extendió ante los ojos la primera página en donde, entre amargos comentarios, se daba noticia de la candidatura del presidente Leguía al rango de Maestro de la Juventud.

—¿Te das cuenta? Leguía es el único Presidente que nos sa-bleó a los sanmarquinos cuando protestamos por la prisión de Riva Agüero, hace apenas 7 años. Claro, tú eras un niño, pero sólo han pasado siete años y hay muchos que lo recuerdan. Es una vergüenza.

—¿Y quién es el opositor?

—¿No lo sabes? Es Manuel Vicente Villarán, un gran abogado y un gran maestro. . . pero es también civilista.

—¿Cómo vas a confundir a Leguía con Villarán? Villarán es un universitario y un caballero. Acuérdate cómo se jugó la vida acompañando a Leguía el 29 de mayo.

Fui a la Universidad. Los provincianos favorecían a Leguía. Publicaban un semanario a lo González Prada: se titulaba *Germinial*. Los limeños se dividían entre Villarán y la reelección de Javier Prado y Ugarteche. Yo decidí votar por el burro Pérez.

Pérez era, como hemos dicho, un mal profesor de Literatura Castellana, más famoso por su adhesión a los Pardo y por su proclividad a regalar medias a las coristas y tiples ligeras. Era un hombre gordo, acholado, con patillas cortas llamadas bizcotelas, de caminar lento. Se regodeaba en clase leyendo pasajes obscenos

o picantes de **La Celestina**, **El libro del Buen Amor** y **La Lozana Andaluza**. Encontré algún eco. Votar por el burro Pérez sería desacreditar el título de Maestro de la Juventud, ganáralo quien lo ganara. Pero triunfó Leguía.

La Federación de Estudiantes había caído en manos de universitarios leguístas encabezados por el futuro médico Felipe Chueca. Esa tarde el Palacio de la Exposición, donde funcionaba la Federación, estuvo colmada de alumnos. Treintitantos de los delegados renunciaron en protesta por la designación de Leguía: entre ellos el joven trujillano Haya de la Torre: mozo alto, espigado, de risa fácil, dientes amontonados, mentón agresivo y nariz curva. Leguía no es universiario... Esta es una elección política. No hay derecho para comprometer a la Universidad. Pero estaba comprometida.

—La cosa está que arde.

—¿Cuántos son los miuras? Son los bichos que cogen por la faja.

—Ya verá usted, ya verá. Esto está que arde...

En el Palacio de la Exposición, donde años atrás pronunciara González Prada un discurso inolvidable, el administrador, el manco Pedro García de la Arena, veterano de la Coalición en la que perdiera un brazo, atendía a los delegados.

—Lo que han hecho eligiendo a Leguía es una monstruosidad— clamaban los civilistas; pero los estudiantes provincianos anti-civilistas también estaban de acuerdo, salvo el Grupo Germinal que lo inspiraban José Antonio Encinas, estudiante algo mayor de lo ritual, José Benigno Ugarte, a quien apodaban Calaverón, y Carlos Doig y Lora, un grupo de radicales.

—Los bichos son rabiosos— dijo un estudiante seseando como solían hacerlo aficionados al toreo cuando se acercaba la temporada.

—Pues les aseguro que va a haber corrida grande, de esas como las de Beneficio de Bomba.

—¿Me quiere usted decir que veremos banderillas de gala, bien entrapadas?

—Ya las oirá usted... no las verá.

El grupo leguísta, aprovechando el desconcierto del civilismo pardista había copado los cargos directivos de la Federación de Estudiantes.

Torres informó a Leandro, que daba vueltas por el Paseo Colón husmeando en busca de novedades: —Ese flaco pálido es el doctor Chueca, hijo del viejo Chueca, el de las barbas y la jarana. Es delegado de Medicina y preside la Federación. Le van a dar un voto de censura.

El voto no prosperó. Sólo obtuvo treintidós pronunciamien-

tos que fueron los de los renunciantes. El joven Haya decía indignado: —Es el colmo que se elija Maestro de la Juventud a un hombre que nunca pisó la Universidad, que sableó a los estudiantes, que está censurado, aquí en esta placa a la entrada misma de último cuño. . . —Con todo, Chueca sacó adelante la proclamación de Leguía y los treintidós delegados quedaron al margen.

—La corrida ha sido de trapío. Ha habido toros de bandera.

—Calle, usted, adulón, lo que ha habido es un enjuague del demonio, pero de eso ni se entera el “Loco Manso de Santa Teresa”.

—El señor Pardo, dirá usted. . .

—Señor será para usted, para mí es un fracasado y está comprometido en el asesinato de Rafael Grau.

—¡Retire usted sus palabras!

—No las retiro.

—Entiéndase con mis padrinos, ésta es mi tarjeta, lo visitarán mañana.

—No me joda con duelos de bala sin pólvora, vamos a trompearnos si quiere.

—La corrida va a ser de las de beneficio.

—El toro es de bandera pero los matadores tienen pasta.

—¿A quién te refieres?

—A Haya de la Torre, Guzmán, a Elejalde. . . a charapa del Aguila.

—Veremos, dijo un ciego.

—Pues apúrate que ya empezó.

Los treintidós delegados renunciantes censuraron la elección de Leguía.

Torres se paseaba del brazo de Marcos García por el centro. García era un abogado próspero. Moreno, buen mozo, alegre, parecía el revés del taciturno Torres. Llegaron hasta la camisería García que vendía sus famosas camisas Anchor, vieron en la puerta de la juguetería de Pezet a Leandro, mirando como de costumbre, vespertinamente, a las buenas mozas.

—¿No te dije que mi Universidad no se corre? Ya viste, treintidós delegados han renunciado contra Leguía.

—Eso se llama torear por la cara —dijo Leandro que estaba atacado de crisis belmontina.

Esa temporada se había estrenado en Lima Juan Belmonte. Los aficionados temblaban de pánico cuando el mentonudo y algo cojitrancó “Terremoto”, se acercaba al toro y sujetándolo mate-



rialmente con la pierna contraria, enhebraba cuatro verónicas y terminaba con una media recortada que levantaba humo en los tendidos. Belmonte había revolucionado no sólo el toreo sino los usos de la gente para con los toreros. Se le veía acompañado por gente bien. El doctor Graña y su esposa, una Garland, Carlos Menchaca y su bella e italiana mujer, salían de paseo con el matador, acompañándoles una muchacha de ojos muy negros, tez rosada, no muy bella pero sí graciosa, de una familia de viejo abolengo limeño: Julia Cossío del Pomar.

—Suerte la de este bárbaro —comentó Leandro—, con lo que me gusta Julia. Y todavía estoy viudo. . .

El Presidente de la Federación de Estudiantes, pese a la deserción de los “treintidós de la fama”, se embarcó hacia Panamá, para recibir al ex-Presidente Leguía convertido en poderoso candidato y Maestro de la Juventud.

—¡Quién iba a decir que ese chiquito narigón, al que lo echaron a balazos podría regresar en gloria y majestad!

—Todavía hay mucho pan que rebanar. . .

—Por lo pronto la cuestión obrera anda muy revuelta.

—Pero, a favor de Leguía.

—No lo creo, es independiente. Y ya le están haciendo frente común los obreros y los estudiantes y eso no se había visto nunca.

En el Parque Neptuno, frente al Rey del Mar con sus tritones, servidos en una fuente llena de musgo, se levantaba una casuchita de ladrillos rojos en cuyo frontispicio se leía: “Biblioteca Ricardo Palma”. No eran más que unas cuantas piezas. Estaban constantemente colmadas de gente. Hombres bigotudos, de cuellos a menudo raídos, corbatas gruesas, de trajes descoloridos, hablaban con frenesí de cosas raras: que los mártires de Chicago, que las víctimas de Londres, que las huelgas de Chicama, que las matanzas de las salitreras, que el paro en Valparaíso, que la lección de Billinghamst, que cierto chileno Recavarren, que Justo Casaretto, que un tal Gutarra y un Barba, zapatero de la calle Monopinta. La policía no quitaba el ojo de aquel lugar. El más puntual y fiero era el “Mayor Malanoche” como llamaban al Comandante Gómez, miembro de “La Palizada”. Este usaba unos bigotes retorcidos como cola de alacrán, montados sobre unos labios carnosos, en un rostro color azafranado. Un trío de estudiantes iba y venía con los obreros que pregonaban la Jornada de Ocho horas. Los tres, por rara coincidencia, eran de Trujillo: Valentín Quesada, Bruno Bueno de la Fuente y Víctor Haya de la Torre. Se había establecido una singular fraternidad, entre ellos y los trabajadores.

Por mediados de enero del año del 18, el conflicto empezó a

ponerse al rojo vivo. El Comandante Malanoche increpó una tarde a los huelguistas. Sonrientes le respondieron: —No se caliente, Comandante, haga lo que haga no cederemos aunque nos metan sable y nos agarren a caballos.

—Veremos, valiente, —gruñó “Malanoche” y dirigiéndose a uno de los estudiantes le dijo: —Y usted, joven, que es al parecer culto, ¿de verdad está de parte de estos anarquistas?

Los diarios dudaban entre apoyar a los obreros o no. Dos se habían pronunciado resueltamente por la causa de los trabajadores. Los demás en contra. El Presidente Pardo, fiel a sus tradiciones gentilicias, estaba en contra.

Lima había empezado a cambiar. El Gobierno había iniciado los trabajos para unir Lima con Miraflores por una avenida asfaltada que partía de Santa Beatriz y el Paseo Colón. Se había abierto otra avenida entre San Miguel y el Callao, llamada Miramar. La puerta del Palais Concert seguía siendo el centro de Lima, mas ya no se veía a los mismos contertulios de antaño. Valdelomar frecuentaba poco sus puertas. José Carlos Mariátegui andaba en otros menesteres. Reynaldo Luza había regresado a París. Alfredo González Prada estaba en Buenos Aires. En cambio, en la puerta del bar, se juntaban al amanecer jóvenes más provincianos en torno de uno macilento, de mentón agresivo, pómulos salientes, ojos profundos y brillantes, sombrero de fieltro con ribetes de color distinto a la copa y bastón en mano. Acababa de publicar un libro muy comentado: **Los Heraldos Negros**. Se llamaba César Vallejo.

Ya no vivíamos en Monopinta. Rápidamente, las casitas de patio florecido en la esquina de Quilca se habían poblado de prostitutas polacas, algunas francesas, muchas chilenas y algunas nacionales. El producto nativo como siempre en retirada y sin ánimos. Torres pasaba y las miraba de reojo. Una rubia oxigenada de grandes tetas y batín a la rodilla se le acercó hasta sentirle el aliento y le invitó: —Ven aquí, riquito, ven aquí.

Torres púdicamente quitó la cara y siguió adelante, pero cuando estuvo a unos metros se volvió a contemplar a la ruina que había despreciado en anti-arqueológico impulso.

En la esquina vivía ya una portuguesa que solía asomarse de mañana rompiendo todos los cánones de la inmortal profesión. Tenía las carnes blancas, casi azulencas y los ojos gachos. Se perfumaba escandalosamente. A mediodía salía a la puerta para regar agua de ruda, que es la flor propicia al dinero ganado de cualquier manera. La calle olía, pues, a ruda, sexo, vino y pachulí. Había que mudarse.

Los comisionados para acompañar a Leguía desde Panamá

anunciaron el regreso del caudillo. Comenzaba el año 19. Rada-  
mes se aproximaba entre un broncíneo estrépito de trompetas al-  
quiladas a **Aída**: un redoble de cajones que respuntaba un ré-  
quiem a "Tirifilo".

—Se acabó la era de los neo-godos.

—El civilismo ha muerto.

—Los Pardo, los Barreda, los Laos, los Alvarez Calderón, los  
Lavalle, los Riva Agüero acabaron su reinado. El Perú decide por  
la Democracia.

—Yo, ese cuento ya lo he oído muchas veces.

—Esta vez será verdad.

—Pero lo que no ha oído usted, so zambo de mierda, es cómo  
suenan las costillas con una buena patada. . .

El zambo tomó distancia y luego, antes de apretar la carrera,  
gritó, como quien resucita a un emperador: —¡Viva Piérola, ca-  
rajo!

—A estos zambos no les quitarán el recuerdo de Piérola aun-  
que los asen. . .

Leandro filosofó meneando la cabeza: —Parece que eso se  
llama popularidad.

—Marcos García se quedó como quien ve visiones.— ¿Pero,  
tú, Víctor, tú crees todo eso?

—Sí, creo.

—Pero, por qué, explícame, si tú me has dicho siempre que  
los políticos son empresarios de mentiras.

—Eso y peores cosas te he dicho, pero esto es distinto. . . Vi-  
va la Patria nueva, Viva Leguía, Vivan Tacna, Arica y Tarapacá  
Peruanos. . .

—Víctor.

—Sí, vivan, y Viva la Patria Nueva, sin civilistas. ¡Abajo el  
civilismo!

Un señor muy circunspecto, observó: —Señor, aquí venimos  
a vivir, no a dar mueras.

—Pues a mí me da la gana de dar mueras a quien se me  
ocurra: ¡Muera el civilismo! ¡Muera Pardo!

Leguía había desaparecido tragado por la multitud que col-  
maba la casa de Pando. Un piquete de gendarmes con sus uni-  
formes adornados de verde, vigilaba en cada esquina. De la ca-  
sa del líder de la Patria Nueva salían con chaqué y levita nu-  
merosos y parsimoniosos representantes de la Patria Vieja.

—¿Los ves, Víctor, los ves?

—Los he visto siempre, pero ahora se han chasqueado, ésta  
sí que será una Patria Nueva.

—¡Viva Leguía! ¡Viva la Patria Nueva!

Un grupo de manifestantes que regresaba a sus cuartos de

condumio, con sus letreros plegados, miró con sorpresa a Torres en el paroxismo de su fervor anti-civilista.

—A ese flaco parece que se le pasó la mano con el pisco.

—Entonces hay que seguirle la cuerda, a ver qué da...

El grupo prorrumpió en un estrepitoso: ¡Viva la Patria Nueva!

Torres cogiendo a García de la solapa comentó: —No ves, Marcos, no ves que tengo razón, esta gente es del pueblo, tiene sentimientos.

El capataz del grupo, ya riendo por Bejarano, dispuso la próxima campaña: —Ahora hermanito, ahora nos vamos donde la Aguanta Rifles, al suspiro, y armamos una gran jarana en nombre de la Patria Nueva. Hay que pedirle a Karamanduka que escriba una marinera Patria Nueva. Se la cobramos luego a don Augusto... ¡Viva la Patria Nueva!

—Ya ves, Marcos, ya ves, qué sincero es el pueblo...

Empezaba a caer la noche. Un gallinazo de cabeza cenicienta picoteaba impasible el cadáver de un perro reventado por algún carruaje de los manifestantes. De una casa salió un enorme mastín y se lanzó sobre el gallinazo. El pajarraco levantó pesadamente el vuelo y se posó en el asta de una bandera. Desde ahí, rabioso, pero paciente, esperó que llegara la hora de concluir su interrumpida merienda.

Los vecinos del viejo barrio estaban entusiasmados. Leguía entraría a Lima por La Colmena. Rompiendo todos los moldes establecidos. El candidato desembarcaría de su buque, un paquebote inglés que lo traía desde Liverpool, en una falúa especialmente decorada y movida por doce remeros. Otros decían: —No, eso no, es anticuado... debe ser una lancha a motor. Pisaría la chaza de fleteros con sus gradas húmedas, pero esta vez alfombradas, y saldría saludando junto al Monumento a Miguel Grau, con lo que se rendiría homenaje al héroe e implícitamente a su asesinado hijo Rafael. Luego, lo llevarían en hombros hasta la estación del Ferrocarril Central. La locomotora estaría envuelta en banderas peruanas. Leguía iría en el primer vagón. Los demás estarían repletos con la comitiva. El tren, en vez de ingresar a Lima por Desamparados, haría un engarce en La Legua con los rieles remanentes de otro ramal ya sin uso, e iría a posarse humeante y resoplante cerca del Monumento 2 de Mayo, con su ángel de la Victoria aleteando en lo más alto de la columna. Allí le esperaría el Comité de Lima. Le pronunciarían todos los discursos que pudiera aguantar y lo meterían en un automóvil Hudson, sin capota, para que todos lo vieran bien, y se dieran



cuenta de que era el mismo hombrecito sonriente, aguerrido y audaz del 29 de mayo de 1909.

Como todo tribuno que se estima, Leguía llegó de saco plomo y sombrero de copa, cuello de pajarita, corbata oscura con una perla bajo el nudo. El bigote canoso, recortado, permitía ver la sonrisa mordiente destacando la picuda nariz. Peinaba como de costumbre con raya a un lado y dos pabellones sobre la frente. Miraba con curiosidad y hasta impertinencia a ambos lados de la Avenida de La Colmena. Al llegar a la esquina de la calle Muelle, levantó el sombrero hacia la casa del doctor Ricardo Flores, albacea de todos los caudillos políticos desde hacía treinta años.

En la Plaza de La Micheo, el cortejo entró por el Jirón de la Unión a la calle Boza y torció a Mantequería de Boza, en cuya esquina viró a Pando. La casa de Leguía de donde lo sacaran a tiros seis años antes, estaba llena de gente, y con sus rejas cubiertas de flores. Leguía miró largamente su vieja mansión. Descendió del automóvil y saludó uno por uno a sus servidores. Después pronunció un corto discurso: Venía a crear la Patria Nueva. A acabar con los rezagos de la plutocracia civilista. . . A moralizar el país. . . A recuperar Tacna, Arica y Tarapacá, a abaratar las subsistencias, a acabar con la explotación de los arrendamientos, a servir los ideales de la juventud, a fortalecer la defensa nacional, a apoyar a los trabajadores, a renovar el país, a salvarlo, a remodelarlo, a santificarlo y vestirlo, a desvestirlo, a enriquecerlo, a. . . ¡Viva la Patria Nueva!

—¡Qué viva...!

—¡Qué viva...!

El doctor Marcos García, que no soñaba aún en su brillante destino judicial, comentó al oído de Torres, que miraba sin alterar el gesto:

—Este se los gana a todos. Es un demagogo formidable.

—¿Y por qué no va a ser sincero? Eso de la Patria Nueva está muy bien. Estamos hartos de los señorones, de los cogotudos, de los civilistas.

Se terminó de imprimir en los Talleres  
de Empresa Editora Humboldt S. A.

Av. Nicolás Dueñas N° 638

Teléfono N° 24-3737

LIMA-PERU

Julio

1983



3 9001 01682 1814





En la octava década de su edad,  
Luis Alberto Sánchez es hoy una de las mentes  
más lúcidas y versátiles del Perú.  
Y uno de sus hombres más activos y fecundos.

Tanto, que resulta casi ubicuo.  
Aquí, por ejemplo, lo tenemos otra vez  
incursionando en los predios de la  
narrativa. Porque éste no es un ensayo  
histórico ni político, un estudio literario  
o una biografía, ni tampoco un libro de  
memorias, sino una novela.

Novela que es una reconstrucción  
de la Lima de principios de siglo, urbana, social,  
política, hecha a partir de la vida  
de una familia con la que el autor entrevera  
los recuerdos de su propia vida.

Primer libro de una trilogía que aspira  
a ser un retrato de nuestra sociedad en tres  
momentos de su evolución y dentro de la  
primera mitad del siglo, aquí se enfoca la etapa  
final de los "señores". Los breves años  
que preceden al momento en que  
los "burgueses" —tema del segundo volumen—  
ocuparán su lugar.

mosca azul EDITORES

